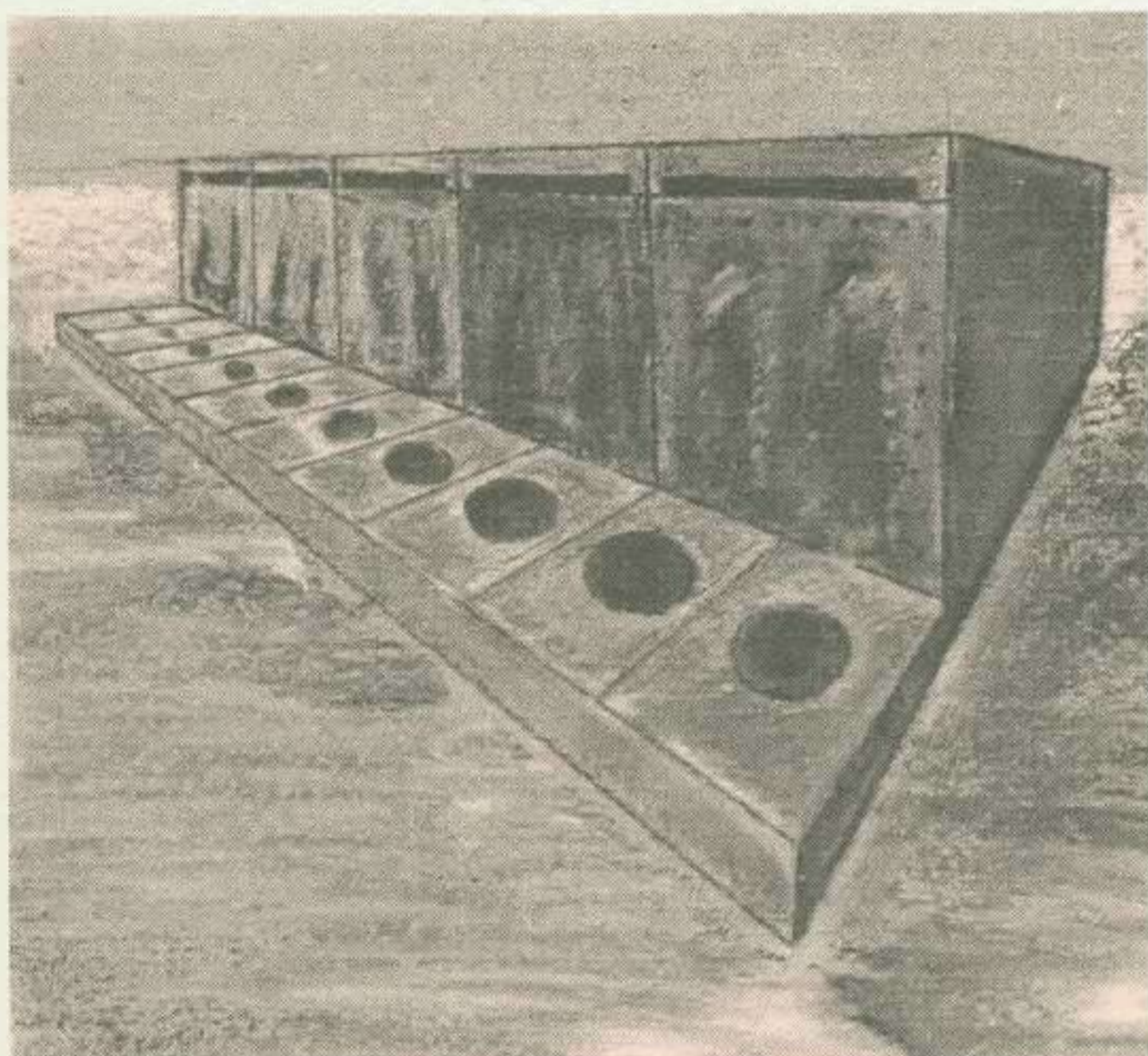


Cuadernos de 14 Alzate

Febrero 1991

Revista vasca de la cultura y las ideas



El n.º 14 de CUADERNOS DE ALZATE recoge las ponencias presentadas en las jornadas organizadas por la Fundación Alzate sobre «La izquierda en la construcción de Europa».

Ramón Jáuregui en «El papel de la izquierda en Europa» expone algunos de los interrogantes que debe plantearse la socialdemocracia ante los cambios en el mundo occidental. Profundizando en la crisis de la cultura de izquierda; **Ramón Vargas Machuca** en «Utopía racional: la ideología de la izquierda en la construcción de Europa» propone un modelo político basado en el talante reformista; **Ludolfo Paramio** en «La izquierda y la construcción de Europa» enfoca la cuestión a la luz de la actual coyuntura de crisis bélica.

Andrés de Blas en «Democracia y nacionalismo: unas difíciles relaciones»

analiza la diversidad de las relaciones entre ambas tendencias ideológicas en el presente siglo; **José Ramón Recalde** en «La vía federal» plantea la posibilidad de entender esta vía como forma de organización y profundización democrática. Finalmente, **Fernando Savater** en «Ética e izquierda» nos ofrece una reflexión filosófica sobre esta cuestión.

A continuación publicamos dos conferencias del ciclo, organizado también por la Fundación Alzate, «Rumanía hora cero»: en «La imposible coexistencia rumano-húngara»; **Jesús Pardo** expone las peculiaridades de Rumanía en cuanto a sus raíces, nacionalismo y problemática con Hungría; **Jorge Uscatescu** en «Rumanía: revolución hora cero» explica el proceso histórico que a lo largo del presente siglo ha llevado a Rumanía hasta la situación actual.

Además, este número incluye el estudio sociológico de **Ander Gurruchaga** sobre la sociedad vasca durante la transición democrática «Sociedad vasca: de la ambigüedad a la paradoja»; la reflexión de **Javier Otaola** «Historia y perspectiva: la altura de los tiempos» sobre las tesis de Fukuyama; y el estudio de **Elías Cedrun** «Julian Zugazagoitia en el cincuenta aniversario de su fusilamiento» sobre su obra literaria y política.

En la sección de Libros **Verónica González Somavilla** comenta la obra de Raúl Guerra Garrido «La carta» y **M.ª Jesús Cava** en «Un congreso sin sorpresas» hace un comentario del XVII Congreso Internacional de las Ciencias Históricas.

Cuadernos de 14 Alzate

Febrero 1991

Revista vasca de la cultura y las ideas

Director:

Jon Juaristi

Secretaria de Redacción:

Isabel Celaa

Presidente Consejo Dirección:

Manuel Escudero

Consejo de dirección:

Celestino del Arenal
Andrés de Blas
Javier Corcuera
Juan Manuel Eguiagaray
Juan Pablo Fusi
Javier Garayalde, «Erreka»
Sira García Casado
Fernando García de Cortázar
Juan Ignacio Makua
José Antonio Maturana
Manuel Ortuño Armas
Alberto Pérez Calvo
José Ramón Recalde
Juan José Solózabal

Maqueta y diagramación:

Macua & García-Ramos

INDICE

EL PAPEL DE LA IZQUIERDA EN EUROPA Ramón Jáuregui	3
UTOPIA RACIONAL: LA IDEOLOGIA DE LA IZQUIERDA EN LA CONSTRUCCION DE EUROPA Ramón Vargas Machuca	9
LA IZQUIERDA Y LA CONSTRUCCION DE EUROPA Ludolfo Paramio	17
DEMOCRACIA Y NACIONALISMO: UNAS DIFICILES RELACIONES Andrés de Blas	23
LA VIA FEDERAL José Ramón Recalde	33
ETICA E IZQUIERDA Fernando Savater	47
LA IMPOSIBLE COEXISTENCIA RUMANO-HUNGARA Jesús Pardo	60
RUMANIA: REVOLUCION HORA CERO Jorge Uscatescu	69
SOCIEDAD VASCA: DE LA AMBIGÜEDAD A LA PARADOJA Ander Gurruchaga	86
HISTORIA Y PERSPECTIVA: LA ALTURA DE LOS TIEMPOS Javier Otaola	98
JULIAN ZUGAZAGOITIA EN EL CINCUENTA ANIVERSARIO DE SU FUSILAMIENTO Elías Cedrún	103
LIBROS:	
A LA SOMBRA DE CAIN Verónica González Somavilla	118
UN CONGRESO SIN SORPRESAS M.ª Jesús Cava	120

PANEL DE ASESORES

Angel Amigo, Javier Angulo Urribarri, Joaquín Arango, Juan Aranzadi, Jesús Arpal, Carlos Alonso Zaldívar, Dionisio Blanco, María Cárdenas, Luis Castells, Aurora Elósegui, Emiliano Fernández de Pinedo, Miguel Angel García Herrera, Angel García Ronda, Francisco Javier Gómez Piñeiro, Marianne Heiberg, José Luis Hernández, Juan Carlos Jiménez de Aberastun, Juan José Laborda, Ignacio Latierro, Jesús Leguina Villa, José Miguel Larraya, Quico Mañero, José María Múgica, Marina Olabarría, Angel Ortiz Alfau, Pilar Pérez Fuentes, Luciano Rincón, Luis Rodríguez, Aizpeolea, Fernando Savater, Gregorio Sanjuán, Miguel Satrustegui, Carlos de la Serna, Sebastián Ubiria, Patxo Unzueta.

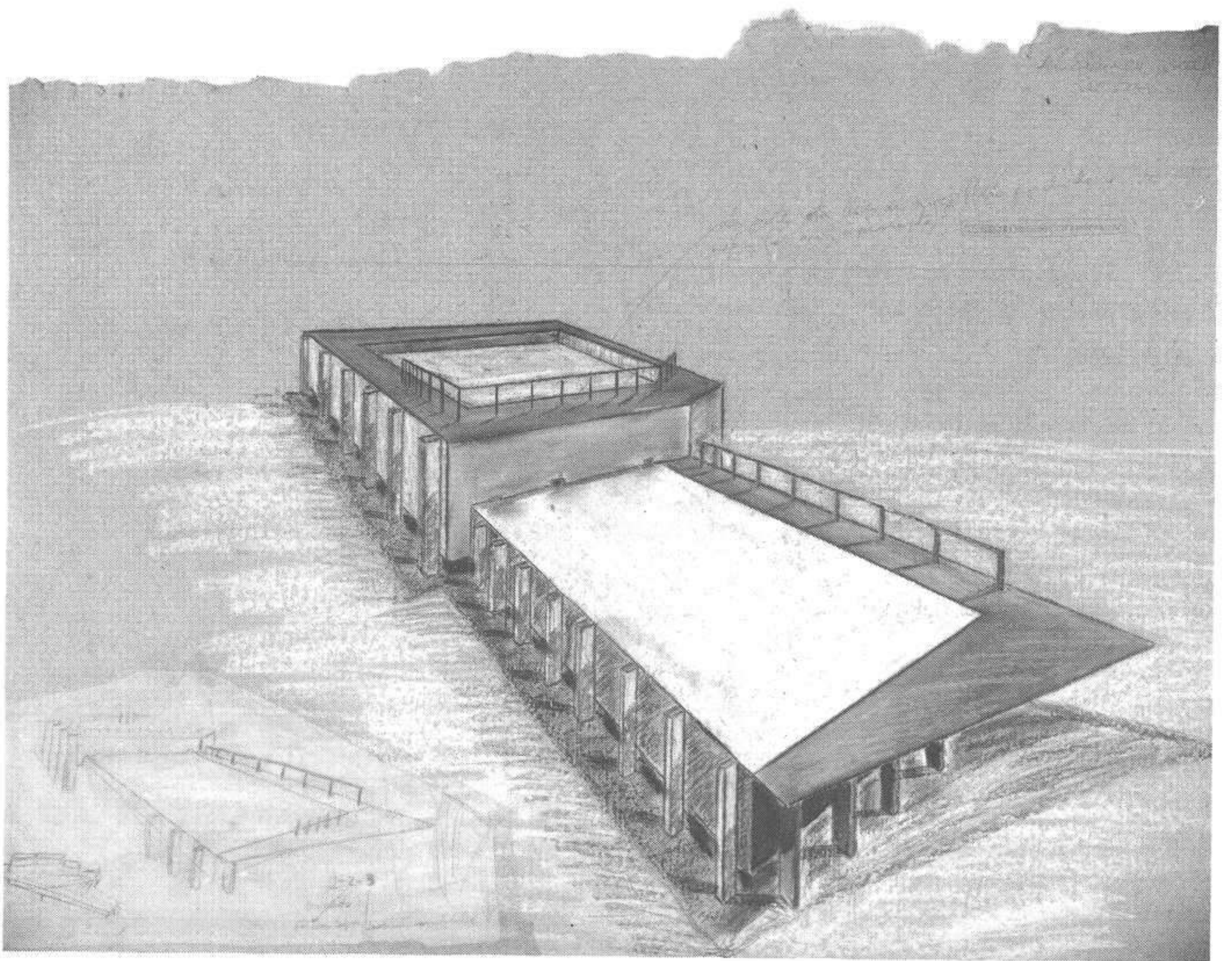
EDITA:
EDITORIAL PABLO IGLESIAS
FUNDACION ALZATE

CUADERNOS DE ALZATE
Colón de Larreategui, 16
48001 Bilbao
Tfno.: 424 16 53

Las opiniones aparecidas en los distintos artículos son responsabilidad de sus autores. CUADERNOS DE ALZATE no se identifica necesariamente con sus contenidos.

P.V.P.	_____	500 Pts.
Vía	ESPAÑA _____	1.750 Pts.
Aérea	EUROPA _____	3.125 Pts.
	AMERICA _____	3.875 Pts.
		(\$ 20 ⁰⁰)

Realización Gráfica:
Carácter, S.A.
D. L. M. 6685 - 1986



EL PAPEL DE LA IZQUIERDA EN EUROPA

Ramón Jáuregui

Reflexionar sobre la izquierda y sobre Europa es ahora una tarea fundamental, no sólo por razón de oportunidad sino también de contenido. Resulta cada vez más difícil encontrar el contexto adecuado para el debate en nuestro mundo, un mundo en el que hay muy poco tiempo para el pensamiento, una sociedad que no nos proporciona situaciones, encuentros ni oportunidades para el parlamento, para el debate, para la discusión, para el pensamiento. Una sociedad que está organizada cada vez más sobre la existencia de cantidades ingentes de información, si es que eso pudiera medirse; información que la gente recibe sin mayor capacidad analítica o crítica.

En los últimos meses se han producido dos acontecimientos de excepcional trascendencia para el presente y el futuro de un mundo que hemos conocido estable en los últimos cincuenta años: la unidad europea y el hundimiento del modelo comunista.

Estos dos hechos nos han planteado un marco absolutamente nuevo; las cosas están cambiando de una manera radical en función de estos dos acontecimientos, porque se ha desintegrado un mundo que conocíamos y considerábamos inamovible, y al reto que ya suponía para toda Europa el proceso unitario, se incorpora hoy la incertidumbre que plantea la crisis del comunismo y los problemas que de todo orden acompañan a ese hecho: crisis económica profunda en esos países, nacionalismos que ponen en cuestión la esencia de los Estados en momentos de crisis social profunda y un panorama de incertidumbre que sustituye al viejo orden y al equilibrio de antaño.

Naturalmente, todo esto no va a afectar solamente a los países del Este. También va a producir cambios sustanciales en el mundo occidental, y no se puede desechar o despachar el asunto con un optimismo simplista, pensando que el fin del modelo co-

munista se va a traducir solamente en una nueva o magnífica oportunidad para que la socialdemocracia amplíe su espacio electoral.

Es pronto aún para evaluar suficientemente los efectos expansivos que va a producir el hundimiento del modelo comunista en la ideología conservadora. Una primera aproximación es que si la primera resultante de la derrota del comunismo ha sido claramente la impresión de que el modelo vencedor ha sido el modelo capitalista, no lo podemos evaluar suficientemente porque será mayor la expresión de esa victoria en los próximos años. Este es el reto más importante desde la perspectiva de la izquierda, desde el socialismo democrático, concebido éste como el único sistema capaz de combinar la libertad del individuo con la seguridad y la solidaridad colectivas, frente al mercado sin trabas.

Si es verdad que la socialdemocracia europea recuperó cierta fuerza y cierto protagonismo, cierta iniciativa a mediados de los ochenta respecto a la crisis que sufrió frente al neoliberalismo, a finales de los setenta, fruto de la crisis económica que vivió el mundo, no es menos cierto que los nuevos acontecimientos nos han planteado nuevos retos a los que no sabemos responder suficientemente.

Si el socialismo democrático se plantea como única alternativa frente al hundimiento del modelo comunista, no debe de significar esto un ejercicio de autosatisfacción, en el sentido de que los socialistas pudiéramos vanagloriarnos de que la Historia haya dado la razón a nuestras posturas y haya sancionado errores ajenos. Sería un análisis equivocado y además injusto respecto a la aportación que el comunismo ha hecho a la historia de la humanidad. Tiene razón Norberto Bobbio cuando plantea que sería de necios alegrarnos de la derrota, porque «la democracia ha salido airosa del reto que le planteó el comunismo histórico, pero ¿con qué medios y con qué ideales se dispone a enfrentarse a los mismos problemas que dieron origen al desafío comunista?».

La postura de la izquierda

Las preguntas que se plantean desde la perspectiva de la izquierda son, por un lado, cómo debe practicarse una política de solidaridad y de redistribución, en una sociedad que percibimos cada vez más individualista, más consumista y más presidida por criterios de acumulación.

Por otra parte, tenemos ante nosotros el reto de que políticas de solidaridad y de redistribución planteadas en la práctica política, con éxito en los últimos treinta, cuarenta años en el Norte de Europa estén hoy, por qué no reconocerlo, incluso en revisión, cuando nuestro examen ante las urnas, como demócratas que somos los socialistas, nos plantea contradicciones de popularidad con esas políticas, si la cultura de nuestros países se está generando sobre otros valores que no admiten, por ejemplo, una política fiscal progresista para hacer una política de redistribución.

O cómo se plantea, por ejemplo, desde la perspectiva de la izquierda, que Suecia, modelo más significativo de esa política, tenga que rebajar los impuestos hoy, y cuestionar en gran parte una política orientada hacia la solidaridad social. Cómo llevar a la práctica en definitiva, en países como los nuestros, esas políticas de redistribución e igualdad, si los instrumentos económicos son cada vez más pequeños o las políticas fiscales, como antes señalaba, son impopulares.

Por ejemplo, una respuesta respecto al modelo de relación con los sindicatos que tiene la izquierda es que sería aceptable un cierto contrapoder que supusiera el fortalecimiento de los sindicatos o, si se quiere, una cierta sindicalización de la política, porque hay que reconocer algo tan obvio como que el fortalecimiento sindical en Europa, su conexión supranacional es muchísimo más débil a través de la C.E.S. o de la C.I.O.S.L., en relación con la comunicación, la interconexión de los poderes económicos o de las transnacionales.

Es necesario también preguntarse si es política de izquierdas poner cinturones de contención a la inmigración de centenares de miles de gentes que vienen de países pobres al mundo occidental.

O preguntarse cuál es el planteamiento de la izquierda ante esa impotencia que el mundo está expresando para buscar un equilibrio ecológico que no encuentra. Cada vez que se plantea en el terreno teórico esa dialéctica entre el desarrollo económico necesario para seguir manteniendo los niveles de bienestar, y el daño al medio ambiente que estamos produciendo al mismo tiempo, tenemos que ser conscientes de la necesidad de optar; que esa relación se tiene que ir produciendo más en favor de las medidas de prevención, o de medidas de contención al desarrollo económico, en virtud de un objetivo tan elemental como la supervivencia del planeta.

Cabría hacerse más planteamientos, de tanta actualidad como la previsible desaceleración, ojalá que enorme, en los gastos presupuestarios de defensa. Hay una política de izquierdas sobre cómo orientar en todos los países occidentales esos nuevos recursos, respecto, por ejemplo, a una política de solidaridad, o a una política económica distinta con la deuda del Tercer Mundo; existe algún tipo de pensamiento, de reflexión, de aportación, no solamente teórica, sino práctica, desde la Internacional Socialista a estos problemas.

La respuesta a algunos de estos interrogantes es una respuesta negativa, que no hace más que sacar, o poner en evidencia, la realidad de que no tenemos una respuesta suficiente, que no estamos elaborando con suficiente concreción nuestra política desde la perspectiva de la izquierda, como ante esa gran cuestión de nuestro tiempo que es cómo se construye Europa y quién lo hace, qué papel juegan las relaciones en esa construcción, qué significan los nacionalismos de las nuevas repúblicas, o del Este, en relación con lo que es la unidad europea y la construcción europea del futuro, porque aquí también hay más de un modelo, como se ha puesto de manifiesto en muchas reuniones entre *los doce* en los meses recientes.

Y la conclusión, casi a modo de provocación, es que no corren buenos tiempos para el reto de que la izquierda responda adecuadamente a estos nuevos problemas. No solamente porque la izquierda vive un cierto momento de desconcierto ante todos estos acontecimientos, también lo decía al principio, por la fuerza expansiva que puede tener la ideología conservadora, a raíz de estos últimos acontecimientos.

Y sin embargo, la realidad ofrece un panorama tan estimulante para la reflexión y para la militancia de la izquierda, como la que a finales del siglo pasado o a principios de éste contribuyó al nacimiento de los movimientos del internacionalismo y del proletariado más importantes. Basta asomarse al mundo que nos rodea para descubrir millones de subempleados en países occidentales; gente que está con empleos, no solamente eventuales, sino muy mal pagados, malviviendo en las periferias de las grandes ciudades, en trabajos de servicios fundamentalmente; todo ese subproletariado que, procedente de otras partes del mundo, hoy en día puebla los países occidentales.

La Europa de hoy ofrece imágenes que parecen extraídas de una novela de Dickens, cuando uno piensa en esos millones de trabajadores, por ejemplo turcos, que hay en Alemania; o yugoslavos o árabes, que hay en toda Europa, o cuando piensa en países con regímenes económicos de miseria en Latinoamérica y en otras partes del mundo.

Si no son esos móviles estímulos suficientes para nuestra reflexión y, desde luego, para nuestra militancia de izquierdas, sería difícil redefinir el papel de la izquierda en estos momentos; pero precisamente para eso estamos aquí, para reformular posibles significados que la política y el concepto de izquierdas puedan tener para la sociedad actual y sobre todo para la del siglo XXI.

Redefinir la izquierda es tarea de pensadores, de intelectuales, de trabajadores del conocimiento. A la política le queda la labor más pragmática, también más modesta, quizá más arriesgada, de actuar, de ejercer una praxis orientada por nuevas concepciones teóricas y por la vocación transformadora que siempre ha caracterizado al socialismo.

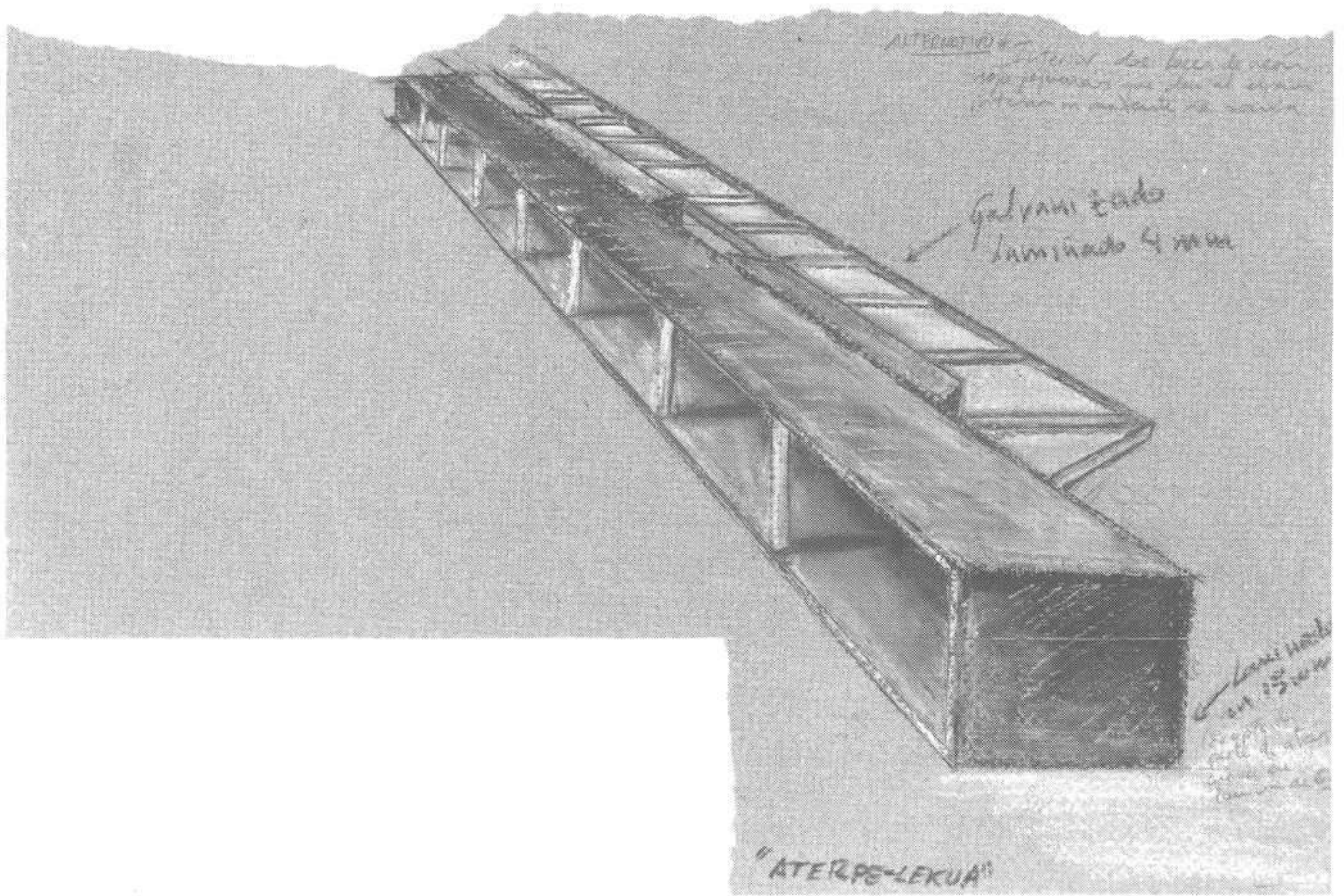
Ejercer la política desde la izquierda sigue siendo la obligación de responder en cada tiempo y en cada lugar a esos grandes principios que siempre nos animaron, que siempre animaron a la izquierda desde sus orígenes: la libertad, la democracia, la justicia, la igualdad y la solidaridad.

Libertad para ser libres, que respondiera Fernando de los Ríos, hace ya sesenta años a Lenin, democracia para que el pueblo sea soberano, para que sea dueño de su propio destino.

Pero yendo un poco más allá, pensar y vivir en izquierdas, reformular el concepto de la izquierda, probablemente sea hoy, más que nunca, empeñarse en la búsqueda de un sistema que refuerce la idea del reparto frente a la acumulación; la idea de la calidad frente a la de cantidad; la de valor de uso frente a la de valor

de cambio. Un nuevo sistema capaz de educar a los ciudadanos en la cooperación más que en la competencia; en la austeridad y no en el despilfarro; en la exigencia de un entorno no contaminado o en el principio de trabajar menos para trabajar todos. Solidaridad, también hacia fuera de nuestras fronteras, comprometiéndonos en el afianzamiento de un nuevo orden económico internacional, con el fin de que el diálogo Norte-Sur sea un auténtico vaso comunicante, capaz de nivelar las desigualdades más primarias, y de acometer los problemas más urgentes, como la angustiosa situación económica que se padece en esos países por la deuda externa.

Estos son, sin duda, los valores que tradicionalmente han animado a la izquierda y que hoy permanecen vigentes y siguen informando nuestras convicciones. La responsabilidad política que nos incumbe es la de hallar a la luz de la teoría diferentes ámbitos de aplicación, modelos diversos de ejercicio, nuevas tensiones dialécticas que permitan seguir aportando, ahora a Europa, una forma de concebir el mundo y la existencia de los hombres basada en valores diferentes. Porque esta es la tarea más urgente de la izquierda: proclamar, extender, convencer, dirigir a la sociedad hacia otros valores de conducta, hacia otras aspiraciones éticas, para que poco a poco sea cada vez más accesible la utopía.



Utopía Racional: LA IDEOLOGIA DE LA IZQUIERDA EN LA CONSTRUCCION DE EUROPA

Ramón Vargas-Machuca Ortega

Hace casi dos años escribí un libro, junto con Miguel Angel Quintanilla, titulado *La Utopía Racional*, en cuya introducción decíamos: *Las utopías son modelos de organización social que ejemplifican en su simplicidad los valores básicos que se proponen como guía para la configuración concreta de una sociedad. Una utopía será irracional si no es coherente o no es relevante para la realidad cuya transformación se propone. Y una utopía racional se puede convertir en irracional si, frente a los cambios experimentados por la realidad social, se mantiene dogmáticamente inalterada como mero elemento de identificación simbólica de un grupo.*

Partiendo de esta definición o descripción de lo que creemos, en resumen, es una utopía racional, y si la referimos a la tradición de izquierda como utopía racional, yo creo que hay que reconocer la crisis de dicha cultura de izquierda.

Creo que la izquierda, fundamentalmente como tradición, tiene tres componentes: Por una parte, es una tradición de pensamiento, es decir, aparece en los libros de historia del pensamiento, es una tradición con voluntad de ser una concepción del mundo. Por definirlo específicamente, la izquierda como pensamiento ha tenido la pretensión de ser una crítica social rigurosa, e incluso ha querido ser científica, y también ha tenido otra pretensión como pensamiento que es la de ser un proyecto de futuro, un proyecto de programa estratégico, un proyecto de idealización de una sociedad futura.

Reconocer la crisis de la tradición de izquierda como pensamiento es una obviedad, porque como crítica social ya no tiene rigor suficiente ni puede considerarse científico a su pensamiento. En cualquier caso, como conjunto, como paradigma, la tradición de izquierda como pensamiento tiene mucho de anacronismo. Y

no digamos como proyecto de futuro, puesto que no puede decirse que tenga ya la virtualidad de una prognosis racional, científicamente fundada, sino que en muchos casos el pensamiento de izquierda como visión de futuro acaba siendo una mala profecía. En cualquier caso, podríamos concluir esta alusión a la crisis de la tradición de izquierda como pensamiento reconociendo que ya no tenemos ciertas claves del mundo y de la historia.

Pero no sólo como pensamiento hay una crisis de la cultura de izquierdas, también la tradición de izquierda sufre una crisis como forma de acción política.

Yo creo que siempre la tradición de izquierdas ha padecido problemas de coherencia entre teoría y práctica. Cuando ha tenido éxitos prácticos, los ha llevado de una manera vergonzante, ese ha sido el sino del reformismo. Y cuando pierde la vergüenza, es decir, cuando se reconoce reformista no de un modo vergonzante, tiene problemas para mantener las realizaciones que consiguió cuando practicaba el reformismo de una manera exitosa, aunque doctrinalmente vergonzante.

Como cultura política, la izquierda ha sufrido una relación incongruente entre teoría y práctica, porque muchas veces ha sido una práctica sin teoría, otras veces una teoría sin práctica consecuente y, en ocasiones, una teoría y una práctica aberrante, aunque no sea este último el caso del socialismo democrático.

Si hay una crisis de la cultura de izquierdas como pensamiento y como acción política, también la hay como movimiento social, que era el otro componente que caracterizaba a la tradición de izquierdas. Yo creo que hoy en día, la izquierda convencional no es un movimiento social. Hoy los movimientos sociales están más allá de lo que es la izquierda convencional, son algo externo a la izquierda clásica.

La conclusión de este análisis es que, fundamentalmente, las transformaciones sociales en este siglo que acaba han ido por delante de las transformaciones políticas. Es decir, el siglo comenzó confiando mucho en la potencialidad transformadora de la política, y concluye aceptando que la revolución viene más por las transformaciones científico-técnicas y sociales que por las transformaciones políticas. Cuando se constata la realidad de la crisis de la izquierda como pensamiento, como cultura política y como movimiento, se suele caer en la perplejidad, en el desconcierto o en el pesimismo. Para quien quiera mantener una cierta fe, en estos tiempos de incertidumbre, en lo que representa la izquierda como cultura de emancipación, se trata de reaccionar y de saber cómo reaccionar. Para ello, la tarea fundamental, el reto, es cómo recomponemos la cultura de izquierdas, que hoy en día es lo mismo que decir la cultura del socialismo democrático, única referencia factible para la reconstrucción de un pensamiento progresista.

Por tanto, los retos, los desafíos o el núcleo de las preguntas, a las que una nueva estrategia de izquierda y un nuevo proyecto de utopía racional tienen que dar respuesta, son los si-

güentes: ¿Cómo recomponer los ideales de la ilustración y del racionalismo crítico para la ideología de izquierda? ¿Cómo recomponer la teoría marxista de la explotación? ¿Cómo transformarla en una teoría solvente de la dominación? ¿Cómo alcanzar una nueva concepción de la acción política y de la democracia representativa?

En segundo lugar, quiero indicar algunos caminos que, a mi juicio, es conveniente emprender para ese intento de recomponer la cultura de izquierda.

Creo que requiere ajustar cuentas con la herencia de la Ilustración para el pensamiento político. Y para ello, en primer lugar, hace falta volver a los orígenes. La Ilustración, en su forma política, tiene sus dos representaciones más expresivas en el liberalismo y el socialismo. A lo largo de la historia se ha producido una disociación entre liberalismo y socialismo, y esa disociación ha llevado a perversiones. El individualismo se ha transformado en una *ideología* del individualismo posesivo. Habría que recuperar otra forma de liberalismo, otra forma de individualismo. Por otra parte, el socialismo, la otra vertiente del pensamiento político que arranca de la Ilustración, se ha convertido, en muchos casos, en una ideología, en sentido peyorativo, de la colectivización, del jacobinismo, del dogmatismo, que ha terminado en muchas formas de tiranía o de dictadura.

Intentar una síntesis entre liberalismo y socialismo llevaría, por la parte del liberalismo, a recuperar el valor moral del principio de autonomía, de autoestima, de autorealización, la idea kantiana del hombre como fin, un conjunto de valores morales o de referencias éticas que están vinculados a lo más noble de la cultura moral del liberalismo. Y por la otra parte, recuperar lo más pausable de la tradición socialista, la idea de solidaridad, pero en un sentido realista, de solidaridad como cooperación, o de solidaridad como simpatía por el sufrimiento ajeno. Una síntesis de lo mejor de ambas tradiciones nos llevaría a la formulación de una utopía racional nueva en términos de igual libertad o de oportunidades iguales para todos. Por tanto, la primera tarea que habría que intentar es esa vuelta a los orígenes en la búsqueda de una síntesis entre liberalismo y socialismo.

En segundo lugar, la reconstrucción de la cultura de izquierda como utopía racional requiere una recomposición que sea sensible a los problemas y las tribulaciones de la razón práctica en la actualidad, de la herencia de la Ilustración, de la modernidad, en definitiva, a los problemas de una razón práctica acorde con la situación del pensamiento en nuestra época. ¿Y eso qué quiere decir? Eso quiere decir que la apelación a una razón práctica como guía de la acción, también de la acción política, significa hoy, en primer lugar, que se trata de una razón práctica no pretenciosa. Hay que aceptar el *minimalismo moral*, pero no como denuncia, sino aceptarlo como una exigencia de una racionalidad no dogmática. Hoy en día, eso es muy importante para la izquierda, porque es claro que no son posibles los grandes sistemas morales, ni tienen ningún sentido los grandes relatos de salvación, ni los ideales completos de vida buena. Hoy en día, no es posible univer-

salizar un ideal de vida buena, ni fundamentos últimos. Lo único que podemos hacer, desde un punto de vista moral, es razonar nuestras preferencias y justificar nuestras opciones. Desde un punto de vista académico, una razón práctica a la altura de nuestro tiempo sentiría reluctancia por el perfeccionismo moral y recelo frente a las pretensiones exageradas de toda forma de paternalismo moral. La ética, hoy en día, lo más que suministra es una cierta idea, una cierta figuración de las estructuras de lo justo público. Esto no significa que acabemos cayendo en el relativismo cultural o en el historicismo. Pero de alguna manera tenemos que ser conscientes de que la formulación de cualquier ideal moral de nuestro tiempo está también condicionada, o está referida, o está determinada por las condiciones materiales de constitución de ese punto de vista moral. Esto nos lo recuerda mucho la tradición moral del *neo-aristotelismo*. Aunque, por mínimo que sea, es imprescindible algún tipo de ideal moral que nos permita discriminar lo bueno de lo malo, o por lo menos distinguir lo que moralmente nos parece repugnante.

Hay otro dato importante, a la hora de intentar reconstruir una utopía racional desde el punto de vista de una cultura de izquierda, y es que no podemos abdicar, no podemos renunciar al ideal de emancipación que ha sido constitutivo de las tradiciones de izquierda. Ese talante, que distingue a una persona moralmente de izquierdas, es que no se conforma, no consiente con las injusticias; intuye lo que es injusto y siente ante eso un cierto sentimiento de rechazo.

La constatación de este minimalismo moral con el que hay que convivir nos lleva a una teoría de lo justo. Siempre hay una teoría de la justicia detrás de la formulación de cualquier utopía racional, de cualquier ideario político-moral. Pues bien, la teoría de lo justo, sobre la que se construye o puede construirse una utopía racional para la izquierda, se reduce a dos pilares fundamentales. En primer lugar, a una suerte de *procedimentalismo*: Lo único que podemos hacer es ponernos de acuerdo, establecer las reglas del juego para que los hombres en la discusión, a ser posible en condiciones de igualdad entre ellos, terminen definiendo qué consideran *justo* en un momento determinado y en unas condiciones determinadas. En segundo lugar, creo que no es sólo ese procedimentalismo lo que constituye la teoría de *lo justo* a la altura de nuestro tiempo, sino que también hay «una idea de bien moral». ¿Cuál es la idea de bien moral que ha ido siempre vinculada a todo pensamiento emancipador de izquierdas? Yo creo que es esa idea de la autonomía moral del individuo, la idea de la autorealización; es decir, la posibilidad de que cada individuo pueda hacer sus propios planes de vida, la idea de que cada hombre es un fin y no un medio para otro hombre, y la idea de imparcialidad: Cada hombre debe ser considerado igual que el otro y, a ser posible, con igualdad de oportunidades.

Esa es una idea del bien moral que, de alguna manera, permite construir pautas, tener criterios para discriminar qué capacidades, qué dimensiones de lo humano son relevantes y cuáles no, o qué resultados o consecuencias de una acción o de un plan de acción político-moral son moralmente relevantes. Esa idea de

bien, basada en el principio de autonomía o del hombre como fin, nos permite discriminar, de alguna manera, qué es lo bueno y lo malo. Pues bien, el pilar del procedimentalismo y el pilar de la idea moral de autonomía obligan a combatir formas de dominación o de explotación que obstaculizan una igualdad de condiciones, una igualdad de poder y una igualdad de oportunidades de vida.

Autonomía y procedimentalismo hacen que para la izquierda la idea matriz de su utopía racional termine desembocando en la democracia, un procedimiento justo o, por lo menos, expresión política de una forma justa de dirimir las diferencias, de decidir qué es lo bueno público. La democracia es una práctica virtuosa que produce hábitos y estructuras sociales determinadas, que termina creando o favoreciendo valores acordes con esos principios morales que, de alguna manera, son los nombres de nuestra conciencia moral. El desarrollo de la democracia como virtud, de la democracia como hábitos, y las estructuras que genera, de alguna manera va generando valores como el pluralismo, la distribución del poder, el control desde abajo, la tolerancia. Son los valores morales de nuestra conciencia moral contemporánea. La idea de libertad, de dignidad humana, de los derechos humanos, etc., se hacen vida en la práctica de la democracia.

Otro elemento interesante, a la hora de reconstruir una utopía racional, es la aceptación de una concepción moral realista. Ese realismo moral ha favorecido un cierto consenso universal sobre los valores que se consideran plausibles. Hoy en día, compartimos una memoria ética cuyos nombres expresaba hace un momento. Cuando hablamos de dignidad humana, de libertad, de igualdad, de derechos humanos y, al final, de democracia como expresión política de esos valores, no estamos sino reconociendo que esa memoria ética compartida es, sobre todo, la herencia ilustrada, la herencia democrática y republicana de la Ilustración.

A mí me parece que la apelación a esos valores donde todos nos reconocemos tiene dos peligros: El primero, el del *nominalismo*; así lo expresaba, saliendo del túnel de las dictaduras del Este, el Presidente Havel, refiriéndose a las palabras de igualdad, de solidaridad: Son palabras, palabras...; hemos sido sepultados en palabras. Hay ciertamente peligro de que estemos hablando de un modo equívoco cuando aludimos a la libertad, a la igualdad, a la solidaridad. Pues bien, cuando hablo de libertad me estoy refiriendo a la libertad política, es decir, a esa libertad que garantiza lo que llamamos igualdad formal. Pero también me estoy refiriendo a las tres acepciones de libertad a las que alude Gregorio Peces-Barba: La libertad liberal en primer lugar; también la libertad socialista, según la cual la igualdad es la condición de una libertad igualitaria, una libertad que puedan disfrutar todos, una libertad que es igualdad de oportunidades de vida y que ha tenido su arranque en la que se ha venido en llamar *los logros del Estado del bienestar*. Pero no sólo libertad liberal y libertad socialista, sino también libertad democrática, en el sentido de que la libertad, en su despliegue a través de la democracia, termina intentando una igualdad de poder a través de la participación de todos en cada vez más esferas de la vida social.

Promover una mayor libertad, desde la perspectiva de la reconstrucción de la utopía de izquierdas es, al menos, procurar armonizar libertad liberal, libertad socialista y libertad democrática.

Pero también tiene otro peligro ese consenso universal sobre los valores: El idealismo. Es decir, si al hablar de estos valores nos instalamos en una cierta forma de academicismo, esa apelación permanente a la ética termina en discusiones de seminario, y me parece estéril agotar la ética en un discurso sobre la ética.

Creo que la moral de hoy es menos ese discurso teórico sobre los grandes valores y más el despliegue de ese *sucedáneo*, de esos valores ideales que es la democracia formal y representativa.

Fundamentalmente creo que la ética y sus problemas, o son metáforas, o son problemas de escuelas, o son, como me parece, la única manera de definir hoy en día un ideal de protesta; la ética es una manera de decir que *cualquier realización política no produce todavía una satisfacción*. La ética es fundamentalmente un ideal de protesta, en tanto que, cualquiera que sea la realización de un programa político orientado por esos valores morales, produce una insatisfacción, un *todavía no*.

Creo que la ética, si no va vinculada a lo que podríamos llamar una filosofía política, que tiene fundamentalmente que resolver los dilemas de la acción real, si no va vinculada a una democracia, no ya ideal, sino real, si la ética se entretiene solamente en el análisis del consenso ideal y no mira el consenso fáctico, que es un consenso asimétrico, un consenso cargado de desigualdades, actuando fundamentalmente como acicate de la acción concreta, la ética permanecerá en su torre de marfil, impecable, implacable e impasible. Ese es el peligro del idealismo que yo denuncio.

Lo que verdaderamente nos debe interesar es el despliegue de la democracia como la forma, la expresión política e histórica de esos valores, de ese consenso en torno a la memoria ética a la que antes aludía. Pero una concepción moral realista también conlleva sostener una teoría de la justicia imperfecta, como condición de una utopía racional a la altura de nuestro tiempo.

El despliegue de la democracia como expresión política de esos valores consensuados produce un progreso moral allí donde se implanta. Pero este progreso moral, uno podría considerarlo, para entenderlo como tal progreso, análogo al que se produce en la ciencia. A mí me gusta mucho hacer esa analogía, porque cuando uno dice que hay progreso científico no significa que no haya errores; el progreso científico se produce por *ensayo y error*, el progreso científico, como dice Popper, avanza a tientas. Creo que la democracia, en esa analogía, es a la justicia, lo que el método científico es a la verdad. Vamos avanzando por tanteos, sabemos que cualquier producto, fruto del consenso democrático o consecuencia del procedimiento democrático, no tiene garantizado su condición de justo. Lo mismo que ningún resultado del

método científico tiene garantizado que sea verdadero. Pero lo que sí sabemos es que, si no se emplea el método científico, no hay desarrollo científico. Si no se emplea el procedimiento democrático no hay manera de avanzar hacia una sociedad más justa. No garantizamos la justicia de los resultados, pero no hay otra manera de avanzar, de progresar moralmente, sino a través del procedimiento democrático. De alguna manera, esa analogía, como ejemplo, entre progreso científico y progreso moral puede ser ilustrativa de la idea de que avanzamos, también en política, por ensayo y error, de que avanzamos dando rodeos, como decía Hegel, que avanzamos poco a poco.

Realismo moral y una teoría de la justicia imperfecta son necesarios para la reconstrucción de una utopía racional. Todos los problemas que ha tenido la izquierda reformista con el pensamiento, con los intelectuales o con la filosofía han venido fundamentalmente porque éstos se han instalado en una concepción de la justicia, en la que Justicia Absoluta era igual a Verdad Absoluta, es decir, en una concepción perfeccionista de la justicia.

La concepción de la justicia imperfecta como manera de progresar moralmente nos lleva directamente a la postulación del reformismo como talante, como virtud moral de la acción política. ¿Y qué incorpora el reformismo a la manera de ser o a la manera de estar en política?

En primer lugar, incorpora el principio de racionalidad a la acción política. Esto supone que la acción política tiene que reconciliarse con el conocimiento de la complejidad social frente a la demagogia y la frivolidad como respuesta a los problemas; es decir, supone la aceptación del rigor, de que las opciones políticas se producen en contextos de incertidumbre. Por otra parte, hay que comprender, valorar e instrumentar las exigencias de la lógica de la acción racional aplicada a la acción colectiva. En la práctica política se vive diariamente esta dificultad, la lucha permanente con la demagogia y la frivolidad, que es una forma de afrontar la respuesta a los problemas prescindiendo del análisis de la urdimbre de la realidad compleja.

Otro elemento del reformismo es el interés por acabar con esa ruptura entre ética y política. Ruptura que se produce por dos desviaciones: Por el exceso de verbalismo y el exceso de moralismo. Yo diría, junto a A. Heller, que no hay una esfera propiamente moral, la moral está empotrada en la política, la moral está empotrada, en definitiva, en el derecho, como tan expresivamente dice el propio Habermas. Es decir, el campo más importante de realización de la moral está en el derecho y está en la política. No vale, por tanto, el adagio *fiat iustitia, pereat mundus* (hágase la justicia y que se caiga el mundo); es el más inmoral de los adagios. Y tampoco vale el dilema Weberiano de una ética de las convicciones y una ética de las consecuencias. Nos importan mucho las consecuencias, pero examinadas a la luz de unas convicciones morales. No tiene sentido esa dicotomía entre ética de las convicciones y ética de las consecuencias. Hay que tener convicciones para aplicarlas obviamente a la evaluación de las consecuencias y de los resultados.

Otro elemento que acompaña también al talante reformista, como condición apremiante de ese intento de reconstrucción de una utopía racional, es la idea de intervención. En una sociedad como la actual, en la que, más que las palabras, son los gestos su expresión moral, el exceso de palabras confunde. Hoy en día son los gestos, son las intervenciones, los que, de alguna manera, definen el reformismo frente a lo que llamaríamos la inflación verbalista. En consecuencia, entiendo que no hay coartada hoy en día para no ser consecuentemente reformista. Actualmente no vale aquello de que el ideólogo debe contentarse con influir en las declaraciones de su propio partido y no en los comportamientos. Creo que el reformismo quiebra ese dualismo entre declaraciones y comportamientos. Hoy, como exigencia del reformismo y de una utopía racional reformista, hay que esforzarse para hacer que lo valioso sea posible. Creo que siendo consecuentemente reformista, nosotros de alguna manera podríamos ir eliminando males de nuestra vida pública. Hoy nos quejamos mucho de una opinión pública ciertamente envilecida como la que padecemos y, también, nos quejamos de una cultura política raquílica; pues bien, se me ocurre que si optimizamos o profundizamos nuestra práctica reformista, iremos diluyendo de alguna manera esas perversiones de nuestra vida pública a las que acabo de aludir.

Quiero terminar mi intervención: Creo que con estos principios, estos criterios, estas pautas de carácter político-moral, se puede hacer frente a esa crisis a que aludía al principio. Podemos recuperar un horizonte, nuevos argumentos y un ideario ciertamente menos pretencioso, pero también más universalizable, puesto que son más las personas, los ciudadanos, que pueden compartir con nosotros este ideal, esta nueva reconstrucción de la utopía racional. Algo de eso debería significar esa referencia constante al socialismo democrático como casa común de la izquierda. La casa común es, sobre todo, ese suelo común de una conciencia y una memoria ética y moral compartidas.

Por eso yo creo que, frente a una razón sin esperanza, que es la suerte del perplejo radical, frente a una esperanza sin razones, que es el destino del dogmático y el fundamentalista, creo que hay razones para una esperanza autocontenida. De este modo, puede empezar a presentarse hoy una utopía racional a la altura de nuestro tiempo. Por tanto, frente a los perplejos que lucen abiertamente su desesperanza, frente a los escépticos que alardean de su descreimiento total y de su desvergüenza pragmática, o frente a esa forma de cinismo que se oculta tras la disidencia verbal, merece la pena que nos aventuremos en alta mar, que arriesguemos, que optimicemos nuestras prácticas políticas de un modo congruente con ese modelo de utopía racional que aquí he intentado pergeñar. Yo creo que esa es una razonable vía para transitar por su reconstrucción.

LA IZQUIERDA Y LA CONSTRUCCION DE EUROPA

Ludolfo Paramio

Hace sólo dos años parecía muy simple responder a una pregunta sobre lo que podía y debía aportar la izquierda a la construcción de Europa. La derecha neoconservadora proponía un mercado sin regulación como único mecanismo estructurador de la sociedad civil, y eso suponía una democracia excluyente, marginadora de los perdedores en la competición capitalista, una ciudadanía limitada a los triunfadores: una sociedad escindida. Resultaba muy fácil, en consecuencia, contraponer ese modelo neoconservador con el modelo socialdemócrata de sociedad en el que, por el simple hecho de la ciudadanía, toda persona tiene también unas garantías sociales (derechos económicos) que le permiten no sólo sobrevivir con dignidad, sino tener acceso a la información y a los mecanismos de toma de decisiones.

En la posguerra se había generalizado en Europa el modelo socialdemócrata de sociedad, hasta el punto de que era el modelo latente en el propio proyecto de construcción europea. Resulta bastante comprensible la hostilidad de Thatcher a la *burocracia* de Bruselas, ya que las directivas de la Comunidad consagran y prolongan en buena medida ese modelo. Luego lo que se debía de señalar era que la continuidad del proyecto europeo exigía una defensa de ese concepto integral de ciudadanía, en oposición al modelo neoconservador de sociedad dual.

Hasta aquí todo era fácil: la Europa del futuro, la Europa por construir, debía ser socialdemócrata en sus valores para ser fiel a su origen histórico y para mostrar su contenido en cuanto proyecto de sociedad mundial: eficiencia económica con derechos de ciudadanía, libertad con solidaridad. Y entonces debía plantearse la apuesta: este modelo es generalizable, nada impide extenderlo al Este y al Sur. Europa hoy (no en sus orígenes imperialistas) no vive a costa de nadie, sino que se sustenta en su pro-

ductividad y en su amplio mercado interno, fruto a su vez de una sociedad integrada, razonablemente igualitaria, para cuya supervivencia no es necesaria la exclusión o la represión de amplios sectores sociales.

Este era un discurso dirigido hacia dos frentes: por una parte, hacia la derecha neoconservadora, que sostenía desde finales de los años ochenta que la única forma de evitar que haya perdedores es eliminar cualquier compensación al perdedor. Si se garantiza al que no triunfa una existencia decorosa, nadie se esforzará por triunfar, luego debemos eliminar cualquier mecanismo de seguridad social, decían. Pero por otra parte era un discurso dirigido contra la izquierda tercermundista (casi desaparecida, pero cuya inercia aún pesaba): los pobres de la tierra no nos salvarán, debemos ser los países que hemos llegado a combinar, mal o bien, prosperidad y justicia, los que intentemos cambiar el orden o desorden mundial ofreciendo un ejemplo de sociedad integrada y en desarrollo, y creando las condiciones de posibilidad para su generalización.

Volviendo al punto de partida, todo estaba muy claro, al menos en abstracto, a comienzos de 1989. La perestroika soviética era sólo una razón para el optimismo, no una fuente de problemas. Pero luego ha venido el terremoto. En primer lugar el del Este: la descomposición del bloque soviético y la gravísima crisis de la propia Unión Soviética. Y acto seguido la crisis del Golfo, con la invasión y anexión de Kuwait por Irak. Hoy vivimos ya al borde de una posible guerra mundial que, sabiendo lo lentas que son las imprentas, podría ser realidad cuando el lector viera estas líneas.

Nadie había imaginado que el abismo Norte/Sur se tradujera en el conflicto entre un régimen semiperiférico, como el de Irak, con el resto del mundo o, si se quiere, con el mundo próspero. Para la buena conciencia tercermundista los pobres de la tierra deberían alzarse algún día contra los privilegiados del Norte: hordas famélicas, con la razón de su lado, contra minorías acomodadas en el derroche y la miopía histórica. Pues no: es sólo un dictador, asesino y cruel, provinciano y megalómano, el que encarna hoy la amenaza del Sur contra el Norte.

Las cosas son siempre más complejas, y el impresentable dictador encarna la esperanza de los desheredados del mundo islámico y de los palestinos sin patria. Si se pone la suficiente voluntad y se tapa uno los ojos y la nariz se le puede tomar por el campeón de los pobres del mundo. Que la crisis la vayan a pagar los países del Cuarto Mundo, los más desheredados, o sus desdichados súbditos, que hoy agitan armas con un escalofriante e infantil patriotismo, no tiene mayor importancia. Siempre habrá algún alma bella que crea que cualquier arreglo garantiza ya la paz para nuestra generación.

Pero con un cierto pesimismo de la inteligencia cabe temer que no sea así, y que la espiral fatal de los años treinta se ha puesto en marcha de nuevo. Y es en esta coyuntura donde cabe preguntarse qué papel le corresponde a la izquierda en la cons-

trucción de Europa. La primera respuesta, la que se podría haber dado hace dos años, sigue siendo, pese a todo, válida: ante todo hay que consolidar un *modelo europeo de sociedad* que muestre al mundo que es posible combinar la libertad y la solidaridad, que se puede ser próspero sin marginaciones, sin explotar a los demás países ni excluir a una gran parte de la población.

Pero ahora todo es más difícil: del Este y del Magreb, también del Oriente próximo, han venido y van a venir inmigrantes, en medio de un clima de inseguridad interna en Europa y de un ambiente de hostilidad exterior. Y hay que decirlo sin paliativos ni ambigüedades: la afirmación del modelo socialdemócrata de sociedad exige ante todo evitar cualquier manifestación de racismo o xenofobia. Y estas manifestaciones van a estar al orden del día en los próximos años, incluso entre fuerzas sociales de las que solemos considerar de izquierda. Algunas lamentables y conocidas convergencias entre el PCF y la ultraderecha de Le Pen en Francia nos señalan el peligro: se puede estar a la vez por la paz con Irak y contra la inmigración. Hay un provincianismo populista que puede pasar por izquierda, o arraigar en el electorado de izquierda.

Eso define ya una apuesta para la izquierda en Europa: la sociedad que queremos construir es una sociedad integradora e integrada, una sociedad en la que el racismo no exista o no encuentre apoyos. Eso significa por una parte realismo (Europa no puede ser la balsa de salvación de todos los desheredados del mundo), y por otra voluntarismo: aquellos a quienes podemos dar entrada no pueden ser nuestra mano de obra barata, ni nuestro chivo expiatorio, ni un blanco de nuestras frustraciones. Europa no puede ser el refugio del mundo, pero debe ser una casa en la que se pueda vivir en pie de igualdad.

Una segunda apuesta viene de la dramática concreción de lo que hace sólo dos años podía ser una idea abstracta: cómo generalizar nuestro modelo de sociedad hacia el Este y el Sur. Ahora ya el Este no es una abstracción, una posibilidad: es un conjunto de países que necesitan créditos, inversiones, mercados. Ahora la consolidación de la democracia es una tarea inmediata que reclama apoyos políticos y económicos. La RFA tiene de momento la iniciativa por dos razones muy simples: la unidad alemana es para ella la culminación de una meta histórica, respaldada por el puro sentido común, y es la mayor potencia financiera de la Comunidad.

Pero eso, a su vez, presenta problemas. La izquierda debe apoyar la unidad alemana, pero no puede aceptar, sin riesgos, que la Europa central y oriental se convierta en el eje único de proyección de la potencia alemana. Creemos en una Europa integrada, y la posibilidad de una Comunidad escindida entre el eje Oeste/Este y el eje Norte/Sur no es aceptable. Debemos apoyar el desarrollo económico de los países del Este y la Unión Soviética, debemos hacer todo lo necesario para consolidar la transición a la democracia en estos países, pero a la vez debemos lograr que Europa tenga una proyección en otras áreas del mundo.

En primer lugar en el Mediterráneo. El conflicto del Golfo, sea cual sea su final, nos muestra que el balneario europeo está al borde de un abismo en el que la pobreza, el autoritarismo y el mesianismo, laico o religioso, se entremezclan de forma explosiva. Sin un programa de inversiones y acuerdos de seguridad conjunta, sin algo así como una Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo, los países europeos somos sólo eso (un balneario al borde del abismo). Ya no es cuestión de mala conciencia tercermundista, sino de racionalidad instrumental: o desarrollamos el norte de África, o logramos soluciones negociadas para Oriente próximo, o el modelo socialdemócrata de sociedad que durante cuarenta y cinco años ha encarnado Europa se verá arrastrado por un torbellino de integristas y racismos, por una espiral de irracionalidad catastrófica.

Esas son las urgencias inmediatas, pero los vectores que apuntan al futuro son aún más exigentes. Ser hoy de izquierdas en la Comunidad exige recordar no sólo que el Sur existe, sino que en el Sur está América Latina. La deuda externa y el cierre de los mercados del Norte mantienen hoy a los países semiindustrializados de América Latina en un extraño tiempo muerto, en el que no tienen expectativas claras sobre sus relaciones económicas, no saben si crecerán, no saben siquiera si la democracia podrá sobrevivir.

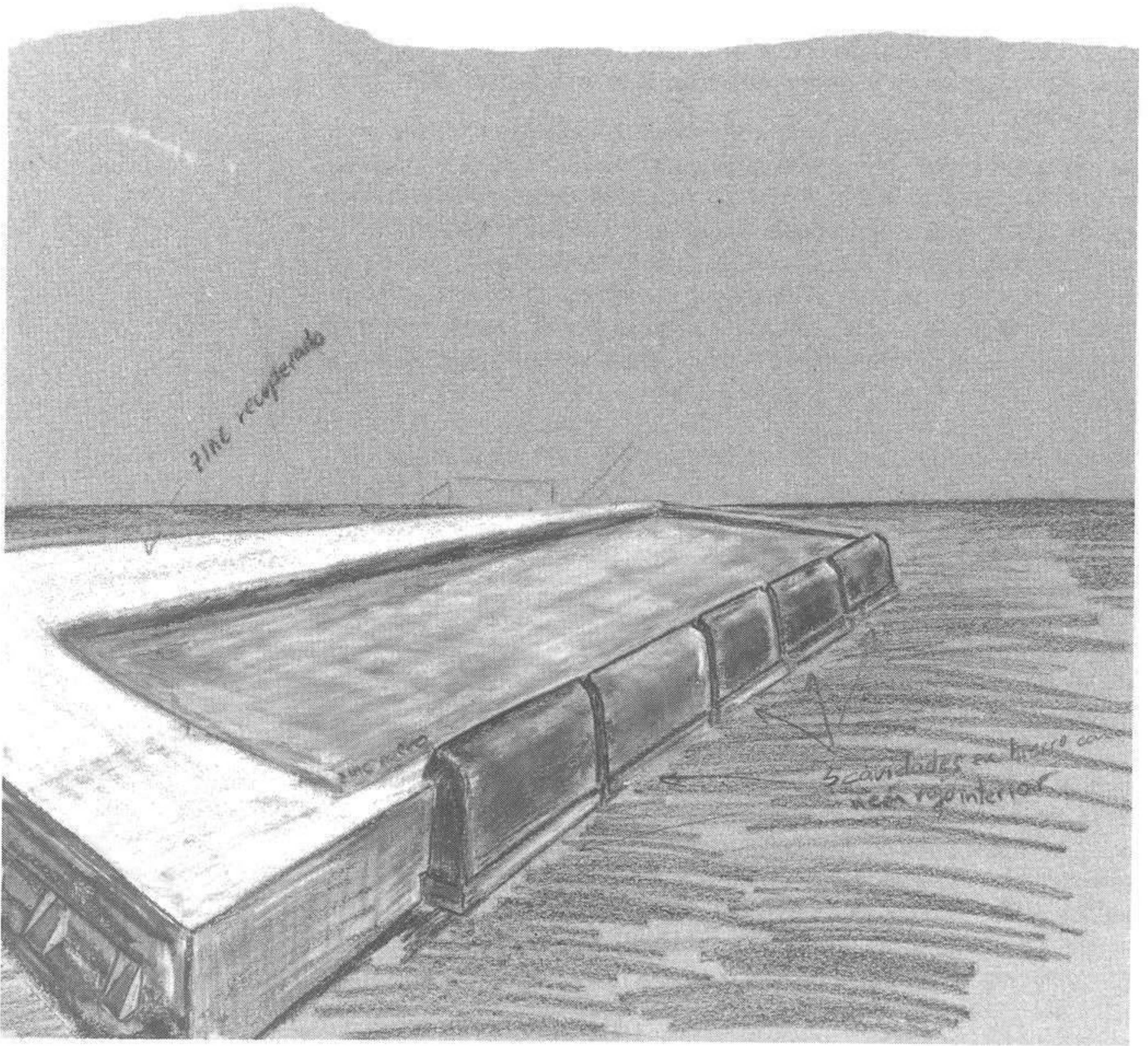
Conviene recordarlo: en los años setenta muchos dieron (dimos) por perdida la democracia en América Latina. Las dictaduras del Cono Sur parecían el anuncio de un futuro de autoritarismo y exclusión para medio continente. Cuando en la década siguiente se volvió a hacer posible la democracia, cuando de nuevo hubo libertad para las sociedades latinoamericanas, la izquierda de la falsa conciencia se puso a subrayar la imperfección de las nuevas democracias renacidas, se refugió en la fácil denuncia, y olvidó la necesidad de pasar a la acción positiva de exigir una nueva relación económica entre Norte y Sur.

¿Cuántos amigos de las madres de Plaza de Mayo se han movilizado para pedir inversiones y apoyo político a la democracia argentina? Ocupados en pedir más justicia para los militares genocidas, muchos han olvidado que la democracia no es la sociedad perfecta, sino el mecanismo con el que la sociedad se puede perfeccionar sin pagar un precio intolerable de sufrimiento e injusticia. Hoy, la izquierda democrática europea debe recordar a todos que las urgencias del Este, del Oriente próximo, del Mediterráneo, no pueden llevarnos a olvidar que la democracia se asienta en una mínima satisfacción de las necesidades materiales, y que América Latina, aunque las guerras y las dictaduras se apaguen, necesita nuestro apoyo, como uno de los centros del nuevo mundo multipolar, para ser democrática y civilizada, para ser lo que, queramos o no, debería ser: la primera proyección en el Sur del modelo europeo de sociedad.

Estas son unas líneas dictadas por la urgencia, y quizá por la rabia de admitir que los pueblos se dejan llevar más fácilmente por las inquietudes inmediatas o por los titulares de la prensa que por la reflexión. Pero creo que hoy más que nunca los viejos principios

del socialismo (libertad y solidaridad) son de plena actualidad para un mundo al borde de la guerra. Que no se puede ceder un solo paso ante el racismo y la xenofobia si queremos crear un modelo civilizado de sociedad.

Y que si la política internacional pasa a primer plano, como lo está haciendo, apoyar la democracia, el crecimiento económico y la paz en el Este, el Oriente próximo y el Mediterráneo, y en América Latina, son no ya cosas de sentido común, sino simples muestras de coherencia con un egoísmo lúcido: necesidades que son virtud inexcusable. Quienes hayan leído o visto lo bastante como para saber lo que se pagó por la mala paz de Versalles, o por la cobardía de Munich, podrán quizá entender la estrambótica mezcla de esperanza y desesperación que impregna este apresurado borrador.



DEMOCRACIA Y NACIONALISMO: UNAS DIFÍCILES RELACIONES

Andrés de Blas Guerrero

Al margen de la polémica entre *primordialistas* y *modernizadores* a la hora de dilucidar los orígenes del nacionalismo, hay pocas dudas acerca del hecho de que la revolución liberal inicial necesita la construcción de la idea de nación y del nacionalismo consiguiente para la justificación de sus propias realidades estatales. Cuando quiebran viejas instancias de legitimidad (de la religión a la fidelidad dinástica pasando por el alojamiento del todopoderoso vínculo de la tradición), la nación soberana tiene que pasar a un lugar preferente. Tanto el ejemplo norteamericano como el francés ilustran la búsqueda de un nacionalismo *ad hoc* capaz de garantizar la legitimidad de los nuevos Estados. El discurso rusoniano se da la mano con la movilización de un patriotismo de raíces greco-romanas —tan del gusto de la estética neoclásica— y con los primeros impulsos románticos en el diseño de la indispensable fidelidad a las nuevas patrias.

La importancia de esta primera visión liberal de la ideología nacionalista es un tema que levanta pocas discusiones: de H. Kohn y C. Hayes a E. Kedourie, por citar nombres especialmente significativos, no ha habido historiador del nacionalismo que haya dejado de subrayar esta evidencia. Tan arraigada estuvo la creencia en el emparejamiento entre liberalismo y nacionalismo que, cuando surge en Europa un nacionalismo de base cultural y dotado de una nueva sensibilidad política, el empeño del pensamiento liberal-democrático será seguir prestándole su apoyo, ignorando la inevitable complicación del cuadro inicial.

Hay razones de orden táctico que explican el empeño en no querer ver las diferencias entre el nacionalismo liberal-democrático y el nacionalismo cultural emergente. Más allá del hecho de que no siempre resulta fácil la distinción entre lo que P. Alter ha llamado nacionalismos de *Risorgimento* y nacionalismos *integralistas*, lo cierto es que el nacionalismo cultural, el nacionalismo or-

gánico que adelantan los planteamientos herderianos y que concretará después la reflexión predominante ante la cuestión del pensamiento germano, es estrictamente funcional en el enfrentamiento del liberalismo con los viejos Estados multinacionales. Austria-Hungría, las realidades imperiales zarista y otomana, podían caer en buena medida gracias al empuje de los nacionalismos culturales. No es extraño que éstos sean vistos como realidades progresistas por un mundo liberal que por otro lado, y como señalaba Ruggiero hace ya años, estaba dispuesto a prolongar la lógica de la autonomía individual a la autonomía de los pueblos.

Para una línea predominante en el grueso del liberalismo británico que iría de Bentham a J. Stuart Mill, hay una equiparación sustancial entre las visiones del nacionalismo liberal y el nacionalismo cultural. Es la misma actitud visible en las posiciones de Mazzini o en los escritos de Mancini, y en ella coincidirán teoría y práctica liberales hasta avanzado el siglo XIX. En el terreno de las ideas, creo que corresponde al influyente ensayo de Lord Acton, *Nacionalidad*, subrayar los riesgos y las contradicciones de esta equiparación. El que los Estados tengan que coincidir con los límites de una nacionalidad cultural no es solamente una propuesta revolucionaria, sin respaldo en la historia y en la realidad política del momento, sino una doctrina sumamente discutible, aliberal en su naturaleza y amenazante para una de las bases más significativas del orden liberal como es el pluralismo. La visión de Acton, llamada a tener profundas repercusiones en el pensamiento liberal-democrático, encontrará un inesperado apoyo en el propio nacionalismo cultural, dispuesto a reconocer su desinterés por un liberalismo que se está dispuesto a sacrificar a las más urgentes necesidades nacionales. Treitscke puede ser el exponente de un modo de ver las cosas que rompe con el viejo empeño armonizador del liberalismo entre la causa de la nación cultural y la causa de la libertad.

No voy a intentar seguir la pista de las relaciones entre nacionalismo y pensamiento liberal-democrático a lo largo de las últimas décadas del siglo pasado y el primer tercio del siglo XX, unas relaciones caracterizadas por la creciente distancia entre el nacionalismo de raíces liberales (el que puede venir representado por una tradición francesa que iría de Michelet a E. Renan) y el nacionalismo de los *nacionalistas* (el ilustrado, por seguir con el ejemplo francés, por hombres como M. Barrés y Ch. Maurras). Por el contrario, les propongo ahora dar un salto en el tiempo para tratar de ver el modo en que una lógica democrática, concretada a partir de 1945 en la visión de la socialdemocracia europea, ha reaccionado ante el problema nacional en occidente a partir de los años sesenta. El punto de partida es la constatación de la irritación y hasta la hostilidad hacia los efectos destructores atribuidos al nacionalismo y que tendrían su explicitación trágica en el período 1939-1945. Pasados los cincuenta se constata, sin embargo, que el nacionalismo no es un discurso político desaparecido de la escena europea. Tratando de resumir al máximo, se pueden identificar a partir de esos años cuatro tipos ideales de nacionalismo que exigen otras tantas respuestas del pensamiento democrático de izquierdas.

La breve descripción de aquéllos y de éstas será el tema que nos ocupe en lo que resta de conferencia.

El nacionalismo de la izquierda radical

Esta apuesta nacionalista, definida a lo largo de los años sesenta, es inseparable sin duda de una tradición comunista en el modo de ver el problema nacional. Permítanme que les tranquilice con la advertencia de que no voy a intentar una enésima aproximación a la visión del nacionalismo por los grandes autores marxistas. Tiene algo de ritual la referencia en estos casos al relativo desinterés en la cuestión de los precursores (Marx y Engels), al oportunismo de los grandes autores comunistas (Lenin, Stalin), al criticismo de la izquierda (R. Luxemburg) y a la aproximación más detenida de algunos de los grandes teóricos de la ortodoxia marxista de signo socialdemócrata (Bauer, Renner, Kautsky). Amén de ritual, lo cierto es que ésta es una lección del programa del estudio del nacionalismo que, con mejor o peor nota, todos los presentes tenemos seguramente aprobada. Y en todo caso, no nos podemos quejar del estado del estudio de esta cuestión, en el que destacan los trabajos de Bloom, Davis, Haupt, Lowy, Petrus, Bourdet, Rodinson, Carrere, Weill, etc., además de interesantes contribuciones españolas (desde la pionera de A. Nin a las de M. García Pelayo, J. R. Recalde, J. Solé, R. Ribó, T. Aubet y otros).

Quiero referirme en este momento únicamente a una izquierda radical europea que, a partir de esos años sesenta, vio en renovados o novedosos nacionalismos culturales la última oportunidad de un movimiento revolucionario traicionado, sucesivamente, por la socialdemocracia y por el movimiento eurocomunista. Habría que dar cuenta aquí del descubrimiento del colonialismo interior, tal como fue planteada la cuestión por Hetcher y Lafont; también interesaría en este momento considerar la paradójica defensa de la introspección etnicista como paso previo para el avance revolucionario, y que tan bien ilustró el conocido libro de T. Nairn. Y debería hacerse mención igualmente al nacionalismo surgido del tránsito del *imperio a la nación* (valga la fórmula como reconocimiento al pionero y valioso libro de R. Emerson), así como al curioso proceso de retroalimentación de los nacionalismos culturales occidentales de los sesenta y los setenta vía la reflexión surgida del proceso de descolonización. Teoría (el libro de Fanon especialmente, incluido el perverso prólogo de J. P. Sartre) y práctica (Argelia, Cuba, Vietnam), crearon las bases para que el izquierdismo nacionalista pudiera rehabilitar el discurso nacional de anteriores décadas occidentales gracias a la adaptación que había hecho de éste un tercer mundo en revolución.

Este tipo de nacionalismo no resultó especialmente problemático para el pensamiento democrático de izquierdas del momento. De hecho, el transcurso del tiempo evidenció la debilidad del maridaje entre nacionalismo y revolución en el mundo occidental. Aquellos movimientos nacionalistas que permanecieron atrapados por este discurso se vieron condenados a la irrelevancia o a la desaparición. Su significado quedó reducido a servir de impulso a otro tipo de nacionalismo moderado, el *nuevo naciona-*

lismo cultural al que luego me referiré, tal como evidencian con especial plasticidad los casos de Quebec o del País Vasco.

Acaso la excepción en cuanto a su irrelevancia venga dada por el caso español. Y no porque los nacionalismos radicales del País Vasco, Cataluña o Galicia hayan tenido o puedan tener un papel político significativo en términos directos (la relativa excepción vendría dada por el nacionalismo etarra en cuanto creador de las circunstancias que permitieron el triunfo posterior del nacionalismo moderado). Sino porque el discurso de la extrema izquierda radical ante el nacionalismo coincidió con una difícil transición política de la dictadura a la democracia que complicó la correspondiente elaboración doctrinal ante el tema de la izquierda democrática. Y en más de una ocasión, los límites de esa elaboración o la simple ausencia de reflexión se intentó salvar por esta izquierda democrática con un insincero y frívolo recurso al modo de ver las cosas por los sectores radicales. Pero salvada esta atipicidad española, puede decirse que el nacionalismo de la izquierda radical ha causado unos moderados quebraderos de cabeza al pensamiento democrático y progresista europeo.

Los nacionalismos de base estatal

No voy a incurrir en el riesgo de intentar resumir precipitadamente una de las más ricas discrepancias que atraviesa la historia del pensamiento político occidental desde sus orígenes a nuestros días: la actitud ante el poder político y su trasunto práctico más significativo, el Estado. Dejando a un lado los precedentes del pensamiento clásico y de la teoría política de la modernidad europea, intentaré, sin embargo, recurriendo a lo escrito por mí en otro lugar, resumir los puntos claves del modo de ver el hecho estatal desde el liberalismo y el socialismo.

La cosmovisión política liberal, en coherencia con un iusnaturalismo racionalista del que es heredera, estableció una inevitable distancia en relación al Estado. De la supremacía de la sociedad civil sobre el Estado se derivaba que las libertades civiles eran anteriores a la organización política; en realidad lo eran también a la propia sociedad, puesto que la libertad civil no es, desde esta perspectiva ideológica, sino adaptación de la libertad natural a las necesidades de una convivencia social. Lejos de cualquier pretensión invasora en esa esfera de libertad, el Estado debe ser un instrumento de intervención tasada que confíe en la capacidad de acción de los individuos y de su sociedad civil como instancias adecuadamente dotadas para la solución del grueso de los problemas sociales. El pensamiento liberal fue sumamente agudo en descubrir los aspectos opresivos, los componentes dictatoriales, incluso los elementos parasitarios, susceptibles de encubrirse en los pliegues del manto estatal. En autores como Burke, Bentham, Tocqueville, Acton o Renan pueden espigarse algunos de los juicios críticos más inteligentes que nunca se han escrito sobre el poder político y el Estado. No fue tan afortunado ese pensamiento en la valoración de los aspectos liberadores, racionalizadores, civilizadores en última instancia, que estaban potencialmente presentes en las realidades estatales. El caso es que la apuesta liberal lo fue por un

Estado mínimo, bandera que hoy parecen aspirar a reconquistar los herederos, acaso no del todo legítimos, de la compleja y rica visión de la cuestión que generó el liberalismo inicial.

No tiene demasiado sentido recurrir a la crítica radical de esta actitud liberal ante el Estado. Sin duda, es cierto que el *dejar hacer* a las libres fuerzas sociales encubría la defensa de unas muy concretas situaciones de privilegio, aunque no puede ignorarse la profunda fibra social de grandes pensadores liberales (las obras de J. Stuart Mill o el propio Acton pueden ser ilustraciones significativas). Pero más allá de los componentes hipócritas de esta actitud —pocos defectos cuadran tan acertadamente como la hipocresía con el entramado moral e ideológico de la sociedad liberal en su momento de esplendor—, lo cierto es que el papel secundario concedido al Estado pronto habrá de entrar en contradicción con las necesidades de una sociedad en expansión y con la agobiante urgencia de poner punto final a una *nación dividida* que no puede salir de su situación de conflicto social sino con el recurso a una franca dictadura antiliberal o con la ayuda del Estado. El grueso del mejor pensamiento liberal entenderá pronto la lección y se aprestará a una nueva lectura de los hechos estatales que se irán transformando de liberales en democráticos y de democráticos, no sin dolorosas conmociones, en Estados del Bienestar.

La tradición socialista, sino la tradición del movimiento obrero, sí entenderá desde muy pronto el papel racionalizador y liberador que podía corresponder al Estado. Puede parecer ésta una afirmación paradójica si se tiene en cuenta la actitud marxista ante el tema. Es cierto que Marx, Engels en mayor medida, insistirá en la condición del Estado como instrumento privilegiado al servicio de la clase dominante, y es innegable que ello habría de marcar decisivamente al movimiento comunista posterior y, de modo más matizado, al movimiento socialista. Pero ello no quiere decir que toda la reflexión socialista haga suyo el discurso marxista sobre el particular, ni que se obre en coherencia con lo que se dice que se piensa sobre el tema.

Una poderosa línea de reflexión socialista, tanto en Alemania (Lasalle) como en Francia (Blanc), discurre de muy distinto modo que el marxismo en relación al Estado. En conexión con una tradición socialista de raíces muy complejas y anteriores desde luego a la obra de Marx, estos autores siembran las bases de una actitud reformista que tiene poco que ver, en la práctica, con la propiciación de su disolución. A la socialdemocracia histórica no se le puede pedir que, de la noche a la mañana, ajuste sus palabras a sus actos, y durante mucho tiempo se mantendrá una fraseología marxista en relación al Estado negada cotidianamente en la acción política. No solamente Kautsky y los apóstoles de la ortodoxia teórica incurrirán en esta actitud. Dirigentes moderados en Francia, Bélgica, Alemania y España seguirán proclamando la condición del Estado como instrumento en manos de la burguesía, al mismo tiempo que se engolfarán en complicadas discusiones para diferenciar el ejercicio, la ocupación y la toma del poder. No hay que extrañarse, sin embargo, que dentro de la tradición socialdemócrata surjan las voces que quieran poner punto final a una retórica no siempre fácil de diferenciar de algo muy parecido a la es-

quizofrenia, y sigan a Bernstein en la defensa de una comprensión de la realidad estatal que andando el tiempo, a partir de 1945, hará suya la práctica totalidad del socialismo democrático occidental.

Por supuesto que sería posible la referencia a otra tradición de izquierdas empeñada en subrayar los aspectos opresivos y parasitarios de una realidad estatal susceptible de ser vista como el *sumo latrocinio* denunciado ya por S. Agustín. Pero lo cierto es que ante la ambivalencia consustancial al Estado, el grueso de la izquierda europea, con la socialdemocracia a la cabeza, prefirió subrayar el componente civilizador y pacificador de un artefacto político nacido en medio de las convulsiones bélicas intrínsecamente unidas a la desnuda lucha por el poder.

Les ruego que me disculpen este aparente abandono del hilo de la cuestión, pero es que me parece evidente que la apuesta a favor del Estado democrático arrastra la apuesta a favor de un nacionalismo liberal, de un patriotismo moderado, que asegure a ese Estado los mínimos de lealtad y solidaridad indispensables para su existencia. Podemos enredarnos en una discusión terminológica acerca de lo conveniente o inconveniente de los términos al uso para describir esta situación. Pero la realidad estatal termina manifestándose siempre como algo que rebasa los estrictos términos jurídicos y que necesita del cemento legimitador aportado por alguna suerte de patriotismo moderado, capaz de garantizar el equilibrio entre el estricto respeto a los derechos y libertades individuales y ese medido sentimiento de identificación requerido por la comunidad estatal. Los abusos de un patriotismo desbordado a lo largo de estos dos últimos siglos, no deben en todo caso llevarnos a la convicción de que solamente es posible un modelo chauvinista y conservador de entender la solidaridad estatal.

El reconocimiento de la funcionalidad y necesidad de un cierto patriotismo democrático no va más allá en todo caso de la necesidad de practicar la coherencia entre fines y medios. Pero resulta innegable la posibilidad de introducir una alteración en los fines (la existencia misma del Estado nacional) que arrastraría la correspondiente alteración de uno de sus medios (el nacionalismo democrático). En la medida que los Estados nacionales pueden dar paso a otras formas de organización política de base supranacional, es lógico prever la modificación de viejas solidaridades de ámbito estatal a favor de nuevas identificaciones con base en las organizaciones políticas emergentes. Una modificación que no hará sino reproducir el proceso de construcción de unos nacionalismos estatales levantados sobre el parcial sacrificio de viejas lealtades de signo localista.

Para terminar con la referencia a este tipo de nacionalismo y a su correspondiente percepción por el pensamiento político de izquierdas, puede ser oportuno recordar la conveniencia de la prudencia a la hora de propiciar su desaparición. Esta es una cuestión de tiempo y de medida que debe ir acompañada a la transformación de los viejos Estados nacionales europeos. La superación de éstos no parece, sin embargo, que vaya a producirse de modo inmediato en un marco europeo complicado en buena medida por

la emergencia de otros modelos de nacionalismo. Mientras los Estados permanezcan, sigue teniendo sentido respetar sus mínimos requisitos de supervivencia entre los que se encontraría algún tipo de solidaridad nacional de signo democrático y de carácter moderado, capaz de ser compatible, como antes señalaba, con la indispensable observancia de los derechos y libertades individuales y el respeto al pluralismo.

Los nuevos nacionalismos culturales

La instrumentalización del nacionalismo cultural por el comunismo, amorosamente mantenida por una izquierda radical convencida de los efectos beatíficos de cuanto manifieste capacidad destructiva del «statu quo», se encontró, a partir de finales de los sesenta, con el renacer o el surgimiento de los nacionalismos culturales occidentales. No eran los desenganchados de la historia, que tanta importancia pudieron tener en las primeras manifestaciones de los movimientos nacionalistas de este signo, los que estaban a la cabeza de la protesta. Ciertamente que lo viejo no resultaba ajeno a estos movimientos, sabedores del valor de lo sincrético en la defensa de su causa. Pero lo importante era ahora la capacidad de estos nacionalismos para conectar con nuevos agentes sociales, amplios sectores de las nuevas clases medias especialmente que, en adición a las viejas clientelas (inteligencias locales, gentes de Iglesia, oligarquías tradicionales en declive), podían convertirles en actores políticos importantes en el seno de sus Estados. Renegociar salidas a la crisis abierta en 1973, buscar posiciones de ventaja en momentos de crisis de la solidaridad estatal, alimentar las demandas al disfrute y administración de unos aparatos públicos en expansión, eran y son los terrenos favorables para el desarrollo de unos nacionalismos culturales modernos que, contra el empeño de sus detractores, han probado entender muy bien las alteraciones económicas, sociales e ideológicas de sus sociedades.

Reconocer estos cambios, hacer justicia a la realidad y no empeñarse en combatir fantasmas ideológicos que cada vez tienen menos importancia en este tipo de nacionalismos, no equivale por supuesto a la asunción de sus postulados. En cierta medida, una lectura más realista de este tipo de discurso nacionalista resulta al mismo tiempo una lectura de acento más crítico. Por poner un ejemplo español, resulta indudable que los componentes reaccionarios del nacionalismo sabiniano resultaban y resultan inasimilables para una conciencia liberal-democrática. Pero ello no supone para el espectador ponderado negar el reconocimiento a lo que en ese nacionalismo había de defensa de una realidad cultural seriamente amenazada. El que esa defensa estuviera entremezclada con la preocupación por mantener injustificables posiciones de privilegio en el orden político, ideológico o cultural no resta una cierta altura de miras a ese discurso nacionalista, altura de miras que no es tan fácil descubrir en el bien trabado conjunto de intereses amparados por los nuevos nacionalismos culturales.

El adecuado tratamiento de este tipo de nacionalismos pasa necesariamente, en primer lugar, por el reconocimiento de un

sincero pluralismo cultural que es consustancial a la perspectiva democrática. Pluralismo cultural, innecesario es decirlo, incompatible con posiciones de ventaja para nadie que han hecho imposibles las consecuencias de una historia compartida y libremente asumida. Y un pluralismo cultural que debe tener su manifestación en el terreno que le es propio, y no servir de pretexto para la lucha por el poder en el complejo campo de las realidades económico-sociales. En segundo lugar, parece razonable proceder a un reparto vertical del poder que satisfaga la demanda de autonomía política y administrativa que los nuevos nacionalismos culturales parcialmente expresan. Y en tercer y último lugar, resulta indispensable interesar a los sectores sociales que se expresan a través de estos renovados nacionalismos culturales en proyectos políticos de dimensión más amplia, tanto de carácter estatal como supraestatal. Porque es sumamente probable que la renuncia a proyectos de solidaridad con base en las naciones políticas esté creando al mismo tiempo los espacios indispensables para una respuesta nacional menos coherente, en mi opinión, con las aspiraciones democráticas de signo progresista.

La cuestión nacional en el centro y este de Europa

En el centro y este de Europa se están viviendo hoy dos conflictos nacionales de notable envergadura. El primero tiene que ver con la lógica de unos nacionalismos culturales dispuestos a utilizar en su provecho el viejo principio de las nacionalidades remozado ahora por la supuesta legitimidad democrática de una auto-determinación presentada como un derecho incuestionable de los pueblos. El segundo conflicto tiene como protagonista al nacionalismo de los Estados surgidos de la crisis de los imperios. Uno de los efectos más perniciosos del imperialismo soviético ha sido su predisposición a impedir formas de cooperación desarrolladas entre los Estados incluidos en su zona de influencia. El modelo de relaciones bilaterales en que una de las partes era siempre la Unión Soviética ha hecho que esos Estados permanezcan en un estadio de la historia europea ya sobrepasado en occidente como consecuencia de la densificación de las relaciones internacionales de todo orden. De modo y manera que al ya de por sí explosivo panorama derivable de una activación de las nacionalidades culturales que no han conseguido formas de realización política satisfactorias, se une el riesgo de unos nacionalismos estatales anclados parcialmente en una lógica internacional propia de etapas históricas ya superadas.

Puesto que esta conferencia se está prolongando en exceso, me permitirán el empleo de un cierto esquematismo en la descripción del modo de ver este tipo de nacionalismos desde la que considero más congruente perspectiva democrática de signo progresista, la cuestión clave es, una vez más, la constatación de las dificultades teóricas y prácticas del principio de las nacionalidades y del llamado derecho de auto-determinación aplicados a un escenario caracterizado por la complejidad nacional y cultural. El desarrollo de ese principio y ese supuesto derecho en la Europa del centro y del este solamente ha sido posible desde la elaboración de un compromiso cínico (resultado de la primera guerra mundial),

la aplicación de la fuerza (defensa por Hitler del derecho de autodeterminación para el pueblo alemán) y los desastres de una segunda guerra mundial prolongados por el imperialismo soviético y su esquizofrénico modo de entender el problema nacional. Los horrores que vivió esta parte de Europa de 1939 a 1946 (genocidio del pueblo judío, deportaciones masivas, la expulsión de población alemana de territorios en que había vivido pacíficamente durante siglos) apenas simplificaron el panorama. Y hoy, como ayer, se pueden constatar las insalvables dificultades que rodean el intento de solución de un problema a través de expedientes que evidencian su capacidad para generalizar y animar aquello que teóricamente desean eliminar: la frustración nacional.

En contraposición a las pretensiones del discurso cultural-nacionalista, hay que insistir en la capacidad de los Estados democráticos para generar en su seno los procesos de reparto vertical del poder capaces de satisfacer las legítimas demandas de autonomía que puedan ser a su vez garantía de pluralismo cultural. Un nuevo proceso de balcanización no solamente abriría el camino a situaciones de riesgo en el panorama internacional, sino que sería, muy probablemente, pretexto para nuevas situaciones de opresión cultural. Los nuevos caminos de integración que tienen que abrirse en Europa, corrigiendo en parte la futura Europa de los Doce, deberían ser un argumento complementario en favor de la moderación de los renovados nacionalismos de los países del centro y el este de Europa.

Mi opinión es que la causa de la democracia tiene poco que ganar con los actuales procesos de auténtica recreación de la historia que están viviendo los países bálticos, o con las tensiones secesionistas en otros puntos de la Unión Soviética. La eventual descomposición de Estados marcadamente plurinacionales como Yugoslavia o Checoslovaquia, las tensiones étnicas en Rumanía y Bulgaria, los conflictos nacionales que enfrentan a Hungría con Rumanía o a Bulgaria con Yugoslavia, son circunstancias que difícilmente pueden generar sociedades más libres, justas y prósperas. Mi diagnóstico, y discúlpennme lo que puede haber de grandilocuente en el término, es que el nacionalismo cultural del centro y este de Europa puede empeorar las cosas en la región. Y que los intereses de una izquierda democrática no pasan por la crispación de esos nacionalismos, sino por la utilización al máximo de sus posibilidades de los efectos conciliadores y mediadores del pluralismo democrático.

Hasta aquí el objetivo de mi exposición. Me temo que he intentado abarcar demasiado, vistas las dificultades intrínsecas de la empresa y mis propias limitaciones. Les pido disculpas por ello, aunque tengo la esperanza de haber justificado con mis palabras el título de esta conferencia. Muchas gracias.

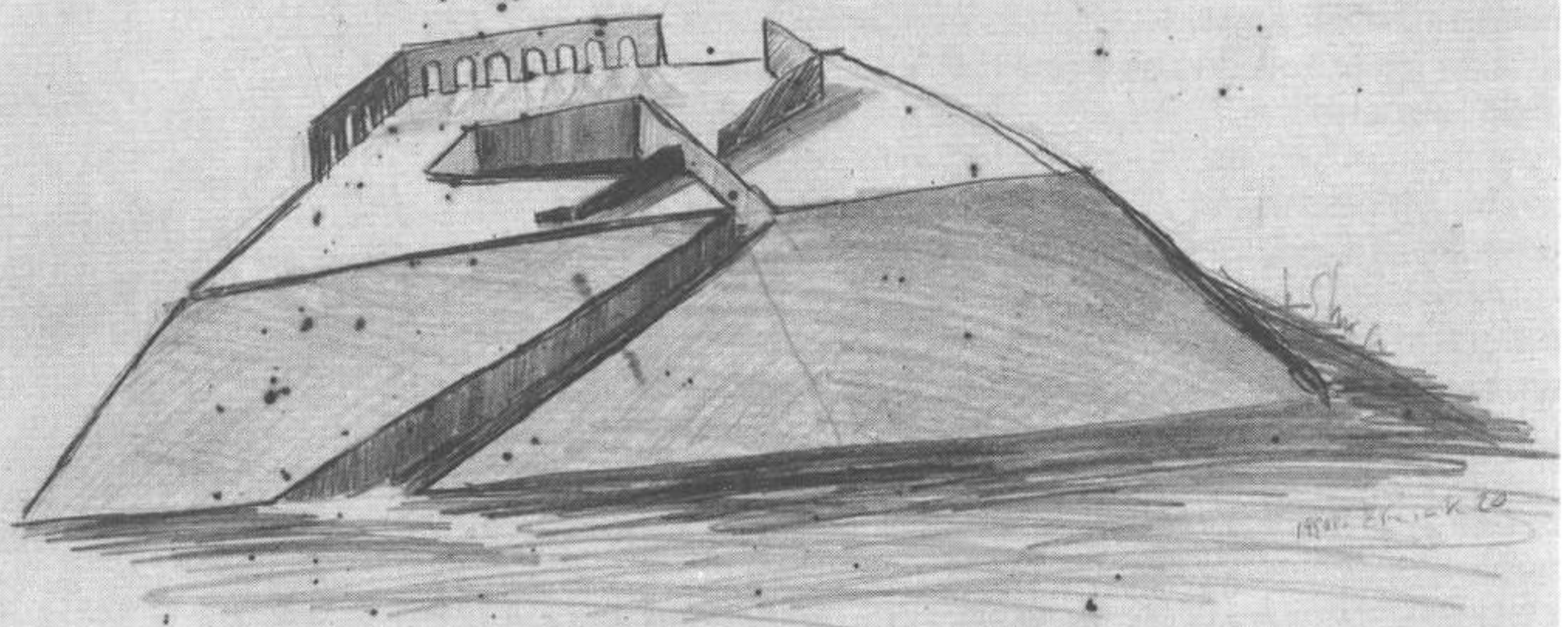
- * INFORMAZIOA
- * DEBATES
- * PROZEDURAK
- * TEKNIKAK
- * MATERIALAK
- * EROSTEKO TOKIAK

- ① Hurbilketa - Eskaintza
- ② Proposamen konkretuak
- ③ Bakarka eta taldekatu lanak

- Erauzketaak
- Argitarapenak - Aldizkariak
- Katalojoak
- Erauzketak
- DIA POSITIBAK
- ITB. proiektuak etx.

① CONTENIDOS EDUCATIVOS

②



1981. Eneko E.

LA VIA FEDERAL

José Ramón Recalde

I

El federalismo es una realidad política cuya condición queda oculta a veces por el problema jurídico que suscita. Aun dejando de lado el alcance global de modelo de organización de vida, que está presente en todo un campo de la doctrina —aquella que intenta organizar la sociedad entera de acuerdo con el *principio federativo*— y circunscribiéndonos a su manifestación como sistema de organización del poder, el federalismo pretende un modo de convivencia específico, distinto del de un poder concentrado, que sirva para solucionar problemas de convivencia.

Del pensamiento contractualista clásico deriva la idea del paso, desde un *estado de naturaleza* prejurídico, en el que están inmersos los individuos, a un *estado de sociedad*, al que se incorporan los ciudadanos, como miembros del Estado y relacionados por el Derecho. Pero la regla jurídica puede establecerse también entre sociedades parciales. Podríamos decir así que, en el establecimiento de una Constitución democrática federal, está sobreentendida la renovación de dos pactos: el *pactum* de ciudadanos o renovación del contrato social, y el *foedus* de pueblos, o establecimiento de una regla de convivencia entre colectividades.

Pese a la naturaleza política de estas cuestiones, ocurre que el problema jurídico resulta de inmediato suscitado porque, aunque el concepto de federación no sea jurídico, la solución federal supone precisamente la búsqueda del campo del Derecho para la solución de un conflicto. Esto resulta claro en los casos clásicos de proyectos federales unificadores, esto es, en aquéllos que propugnan la construcción de una federación de donde antes existían estados separados. La solución federal se propone para vencer la condición de *estado de naturaleza* y para conseguir el paso al

(1) Kant, M., *La Paz Perpetua*. Buenos Aires, 1948. Espasa-Calpe, pp. 109-110.

estado de sociedad, esto es, a la organización jurídica de la convivencia.

Para Kant (1) no hay otro orden justo que el orden de la autonomía individual, pero su logro es el resultado de un camino de perfección, para el que es imprescindible la regla jurídica. Esta reflexión cabe aplicarla también a la sociedad internacional. Los estados viven en una situación presocial, que es lo mismo que decir prejurídica; viven en el *estado de naturaleza*. Por el contrario, el proyecto de paz perpetua consiste en el tránsito del *estado de naturaleza* al *estado de sociedad* o *estado jurídico*. La federación, por lo tanto, siendo como es una pretensión política —nada menos que la versión en la sociedad internacional de lo que es la legitimidad del poder en la sociedad interindividual— es concretamente la pretensión política de introducir el Derecho como orden superador del *estado de naturaleza*. A pesar del vínculo directo que Kant declara con el pensamiento de Rousseau, en su proyecto de paz perpetua más parece estar presente su preocupación por huir del *estado de naturaleza* de Hobbes. No se trataría, en efecto, de superar la realidad decaída de un anterior estado natural armónico; es el *estado de guerra* el que el orden jurídico debe abolir.

La insistencia política en construir el federalismo como orden jurídico es evidente también en los *Padres Fundadores* de los Estados Unidos. Si para Kant la formación de la Federación exigía el establecimiento de una Constitución expresa, en el caso de los Estados Unidos éste es también el punto de partida. *Estatuimos y sancionamos esta Constitución. ¿Para qué? Para establecer la justicia, afianzar la tranquilidad interior, proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar para nosotros mismos y para nuestros descendientes los beneficios de la libertad*. Puede entenderse que todos estos objetivos suponen la superación de la situación hobbesiana en su segundo rostro. Kant había insistido en el primero —estado de guerra—; los *Padres Fundadores* insisten en el segundo: estado de desvalimiento y de carencia. Pero hay antes un primer objetivo, que no es propiamente un fin, sino un medio, referido directamente al sujeto de la frase: *Nosotros, el Pueblo de los Estados Unidos, a fin de formar una nación más perfecta...* Se trata, por tanto, de formar una nación y, para ello, la Constitución es sancionada por el pueblo de cada uno de los Estados que se federan. No es el pueblo de la nación el que actúa, puesto que la nación no está todavía formada, sino que es la Constitución la que la forma: quien actúa es el pueblo de cada uno de los estados (2). Pero, desde luego, la Constitución federal se establece para que resulte de ella una sola nación. Superar el estado de desvalimiento, formando para ello una nación, es el objetivo político; la federación es el ámbito: el marco jurídico o nuevo sistema. Otro problema, posterior, será el de ir descubriendo una naturaleza jurídica precisa a esta realidad federal.

También en el caso de la federación alemana la idea política es la determinante, tanto se la enfoque desde la tradición alemana de pervivencia de la personalidad de los miembros de la Unión, de la recuperación de la nación alemana, a partir de las unidades te-

(2) Debe recordarse que el pacto federal no se formulaba desde el pueblo de la Unión. El preámbulo de la redacción inicial decía: *Nosotros, el pueblo de los estados de New Hampshire, Massachusetts...*; pero, como los delegados no sabían si los trece estados estaban dispuestos a ratificar la Constitución hubo que cambiar esa redacción.

territoriales, cuando el Reich se había hundido, o del sentimiento de defensa por parte de las potencias vencedoras, que se creía mejor garantizado con la solución política del reparto de poderes entre un ámbito central y otros territoriales. Es, en última instancia, la búsqueda de una legitimidad del poder, mediante la compensación entre ámbitos diversos, lo que justifica la opción política federal.

También la Constitución española nace con la doble pretensión política de renovar el pacto social y de solucionar el conflicto de convivencia entre los pueblos. El momento en que se promulga, tras el fin de la Dictadura, hacen particularmente significativas ambas opciones: no sólo se trata de encauzar la vía democrática sino que también se pretende solucionar el viejo conflicto nacional.

En todos los casos, la regla federal funciona para resolver conflictos de convivencia. En los procesos de centralización federal estos conflictos se expresan, bien como una situación de rivalidad, bien como una situación de carencia y desvalimiento: la unión está para asegurar la paz y el progreso. En los procesos de descentralización los conflictos son la consecuencia de una crisis de convivencia sobrevenida; la descentralización del poder se plantea para establecer la armonía en donde el germen de la desunión se había instalado.

No debemos olvidar, sin embargo, que la vía federal supone la adopción de una forma estatal que se acomoda mal con la solución centralizadora del poder, seguida en la formación de los estados modernos. En éstos, la concentración del poder ha sido dogma teórico y principio de acción práctico. Cuando se opta por la regla federal se está aceptando que el Estado distribuya sus centros de poder; si el conflicto de convivencia puede explicarse por referencia a Hobbes, la solución del conflicto acepta como bueno un grado de inestabilidad que resulta heterodoxo para cualquier contractualista y que solamente puede compensarse con un incremento en el principio exigido de lealtad, que resulta imprescindible para el mantenimiento del orden federal. Esta lealtad se expresa, bien en la decisión de *formar una nación*, como ocurre en el caso de los Estados Unidos, o bien en la de *preservar su unidad nacional y política*, como dice la Constitución alemana. Hoy el principio de fidelidad tiene contenido jurídico-positivo en los sistemas federales constitucionales. Pero su soporte es metajurídico. Es la necesaria expresión del modo como un sistema político de convivencia desde la diversidad debe ser mantenido. Todo sistema federal se sostiene sobre la exigencia a las partes que lo componen de un deber de lealtad añadido, que se traduce en conceptos como los de cooperación, coordinación y fidelidad. No hay posibilidad de que funcione un sistema federal sin que la idea de fidelidad a la Unión forme un elemento indispensable de la Constitución que se afirma, sin necesidad de que sea texto expreso, como pieza estructural de la misma.

Precisamente cuando se apuesta por la consolidación de un Estado que, además de un polo central de poder, tenga otros polos de poder descentralizados, es más necesario que exista cooperación y lealtad entre todos ellos. Este principio constitucional no

necesita estar expreso en el texto constitucional porque pertenece a la naturaleza política misma de las formas federales de Estado.

La fórmula estatal descentralizadora del poder no está, sin embargo, únicamente justificada como solución a un problema de convivencia. También, en un Estado moderno, se va imponiendo como realización práctica de la democracia, mediante el principio de la aproximación de la administración al administrado. Si bien en un momento el Estado centralizado pudo revelarse en Europa como la fórmula idónea para superar órdenes históricos de privilegio y para introducir los derechos individuales del ciudadano, hoy uno de los argumentos del Estado federal es el de que es posible —y deseable— el ejercicio del poder en ámbitos más cercanos al ciudadano. Las razones históricas dejaron de existir en la ampliación de la Unión americana, cuando se fueron incorporando nuevos estados, pero la funcionalidad de la Federación se ha mantenido. Y esta razón de la funcionalidad de una administración cercana al administrado es la que lleva hoy a Bothe a defender tanto el sistema federal alemán como su vía de desarrollo a través de la dinámica de un federalismo de ejecución (3).

Si el objetivo de la convivencia armónica exigía como principio federal el de una fidelidad incluso incrementada con respecto de la exigible en un Estado unitario, la federación, entendida como poder acercado a los grupos parciales, exige el principio de igualdad. En este caso hay que resolver la tensión entre singularidad, principio que deriva de la autonomía en la administración y básica equidad en el disfrute de los derechos económicos, sociales y culturales. Al igual que el de fidelidad, el de solidaridad tiene una expresión jurídico-positiva, pero su justificación es metajurídica. Es un principio político básico en un orden de ciudadanos, que se expresa en dos direcciones: la necesidad de compaginar la diversidad con una regulación sustancialmente igual de los derechos individuales; la necesidad de compaginar la autonomía con la aplicación de la solidaridad entre las distintas partes del Estado.

II

La realidad política federal es imprecisa cuando se intenta concretar en una naturaleza jurídica unívoca.

Durante bastantes años, políticos, teóricos de la política y juristas parecían encontrar un punto de referencia común que sirviera para distinguir el orden internacional, la federación y el Estado unitario. Esta referencia común era la soberanía. Pero progresivamente este concepto se ha hecho más inaprehensible, tanto desde el punto de vista jurídico como social. *¿Quién ejercita realmente el poder estatal decisivo, el autócrata, su ministro, su banquero, su ayudante de cámara o su amante?* Y a esta pregunta que se hace H. Heller y que afirma que no tiene respuesta posible, opone la única pregunta *precisa y practicable*: *¿A quién corresponde jurídicamente el poder estatal?* (4). Pero la respuesta pierde corporeidad. Es el Estado, como unidad de ordenación, *el poder de ordenación territorial supremo y exclusivo*, lo que quiere decir, el titular de la soberanía.

(3) Bothe, M., *Federalismo y Autonomía Regional*. *Revista de Derecho Constitucional*, n.º 8, mayo-agosto 1983.

(4) H. Heller, *Teoría del Estado*. México, 1974. Fondo de Cultura Económica, pp. 261 y ss.

Volcado ahora el concepto sobre el problema federal, la soberanía, no solamente pierde corporeidad sino que parece difuminarse. Cerrando el viejo debate que pretende distinguir, por apelación a la soberanía, la Confederación, la Federación y el Estado unitario (5) Kelsen y la Escuela de Viena —Kunz y Verdross— formalizan el concepto de Federación como competencia sobre la competencia, lo que, con respecto del orden internacional, e incluso de la Confederación, se traducirá en que, para que las normas internacionales puedan obligar a los ciudadanos, deben ser recibidas por el Estado; con respecto del orden interno, en que la Constitución es, en última instancia, el depositario definitivo de la soberanía. Pero la idea de la *Kompetenz-Kompetenz* se difumina si el orden internacional adquiere obligatoriedad directa, cosa que ocurre, no solamente en los pactos supranacionales, como es el caso de la Comunidad Europea, sino también cuando la misma ONU, u otros organismos, tienen normas de aplicación directa (6). La soberanía se desmenuza y, por tanto, la diferencia entre orden internacional, Confederación, Federación y Estado descentralizado se convierte en meramente cuantitativa.

Evidentemente, lo que ha ocurrido no es que el concepto histórico y político de Federación haya perdido sentido, sino que es el concepto de soberanía el que lo ha perdido, tanto desde el punto de vista político como jurídico.

Para intentar captar la idea de Federación, o de federalismo, nos podemos acercar al problema de dos modos.

El primero consistiría en seleccionar un modelo de Estado, al que el común de los mortales concede la condición de federal, y comparar con sus rasgos los del Estado sobre cuyo carácter federal tenemos dudas. Se comprende que, según este modo de razonar, la condición de federal no deriva de una naturaleza jurídica específica, sino de la atribución previa de tal condición al modelo elegido. El gran modelo ha sido el de los Estados Unidos. Así, a la batalla por descubrir la *naturaleza federal* oponía Wheare la observación de que no se podía elaborar una teoría de la Federación que no tuviera como básica referencia la federación de los Estados Unidos. Pero tras este juicio late la idea de que debe prescindirse propiamente de una indagación de la naturaleza jurídica y limitarse simplemente al análisis de los modelos de referencia. No otra cosa pretende Wheare cuando distingue entre *principio federal* y federación (7). Pero el problema se complica cuando, para abstraer rasgos comunes, presentamos otros modelos. No son federales —dicen los teóricos— todos los Estados que a sí mismos se dan tal nombre. Pero, ¿cuáles han de ser los rasgos para que un Estado sea verdaderamente federal y otro falsamente federal? Algunos dicen: por de pronto, el sistema federal es una forma de Estado de Derecho, no aplicable sin ambigüedad a los de constitución no democrática. Pero, aún reducido el concepto a los Estados de Derecho, tampoco nos valdrían ejemplos en los que, de hecho, la calidad y la cantidad de competencias sea demasiado baja o demasiado escasa. Pero ¿qué decir si introducimos como referencia otro modelo *indudable*, como es el de la República Federal Alemana? ¿Cuáles son los rasgos propios de *lo federal* cuando hay tanta diferencia entre los rasgos más típicos de ambos modelos?

(5) Para una exposición general del debate: Mouskheli, M., *Teoría jurídica del Estado federal*. Madrid, 1931. M. Aguilar.

(6) La discusión se desarrolla entre los años 1925 y 1952: Kelsen, H., *Teoría General del Estado*. Barcelona, 1934. Labor (en alemán, en 1925).

Kunz, J. L., *Une nouvelle théorie de l'Etat Fédéral*. Paris, 1930. R.D.I.L.C.

Kelsen, H., *Principles of International Law*. Nueva York, 1952. Rinehart and C^o.

Kunz, J. L., *Supranational organs*. The American Journal of International Law, octubre 1952.

(7) Wheare, *Federal Government*. Oxford University Press, 1947.

La otra vía de razonamiento es más propia de una teoría jurídica conceptual. Consideremos el género común —el Estado compuesto— y busquemos el rasgo específico al que podremos llamar federal. Probablemente el rasgo más significativo, como para pensar que en él está la *naturaleza federal*, es la base constitucional de la Federación, esto es, que las competencias autonómicas no se sostengan en las centrales, sino que unas y otras se basen en la Constitución. Sin embargo, también estos principios formales son imprecisos, pues precisamente por su condición meramente cuantitativa, nos dan, a lo sumo, el carácter federal de la competencia o, si queremos utilizar otra terminología, la naturaleza o principio federal.

Pero una cosa es la naturaleza o principio federal de las competencias y otra los Estados federales. Según el criterio formal adoptado, el Estado de las autonomías español tiene una distribución de competencias de naturaleza federal, puesto que éstas se sostienen en la Constitución. Pero para saber si estamos ante un Estado federal hace falta que existan además dosis o cantidades de competencias suficientes. Y este criterio no es jurídico, sino político, y nos remite, de nuevo, a la comparación con modelos generalmente admitidos como federales. Cuando, en efecto, Carl Schmitt reprochaba a Laband y a la dogmática jurídica alemana el que, cuando se trataba de determinar la naturaleza de la Federación o de la Confederación, convirtieran en tipos ideales lo que no era otra cosa que la generalización de casos concretos, seguramente incurría él en el mismo defecto. El reproche se sostenía en que era la distinción entre la Confederación germánica de 1815 y el Reich alemán de 1871 lo que servía para elaborar *fórmulas esquemáticas y cómodas*. Pero, si bien resultaba un razonamiento incorrecto la generalización de un tipo jurídico a partir de una figura, o de una serie de figuras históricas, entra la duda de hasta qué punto no cae él en el mismo vicio cuando excluye de su concepto de federación a algunos tipos indudables. Así, cuando califica a los Estados Unidos como *Estado federal sin fundamentos federales* (8).

(8) Schmitt, C., *Teoría de la Constitución*. Madrid, 1982, pp. 348 y 368.

Para poder decir de modo propio que nos hallamos ante Estados homologables a modelos reconocidos como federales hemos de referirnos, no sólo a la naturaleza federal de las competencias, sino también a la cantidad de competencias distribuidas entre poderes centrales y territoriales: al *quantum* de ordenamiento y al *quantum* de materias reservadas o transferidas. Y, en última instancia, la calificación de suficiente cantidad de federalización será una conclusión política, y no jurídica.

Si nos referimos al *quantum* de ordenamiento, rasgos federales de un modelo máximo ideal son la capacidad de legislar en el campo de las propias competencias, el tener una norma constitucional propia (aunque sometida a la Constitución federal), la autonomía constitucional o facultad de reforma de la constitución del miembro, la cláusula de reserva de competencias no atribuidas expresamente a la Federación, la formación de la voluntad general global por representación de los miembros en una cámara legislativa de la Federación, un poder judicial propio y un Tribunal con competencia para resolver los conflictos competenciales entre el Estado federal y sus miembros.

Por lo que hace referencia al *quantum* de materias sobre las que ejercen su competencia los miembros de una Federación máxima ideal, los campos abiertos a la distribución de competencias pueden ser los administrativos, económicos, de regulación de servicios públicos, etc.; los civiles, los mercantiles y los penales.

Como la Federación no es sólo un modelo de descentralización, sino también de centralización y de coordinación, el modelo máximo es un simple tipo ideal, mientras que las federaciones concretas son prudentes realidades en las que se introducen importantes factores de corrección, como son: el predominio del Derecho de la Unión; la extensión de las competencias legislativas centrales a cambio de las ejecutivas de los miembros territoriales; la ampliación del campo competencial de la Unión, en virtud del principio de los *poderes implícitos*, sobre todo en materia económica; la aceptación de los principios constitucionales de lealtad y de cooperación.

Hablar de vía federalizante en España querría decir que, partiendo del principio federal sobre el que se sostiene la Constitución española, y de un *quantum* federativo determinado se estima oportuno ampliar en alguna dirección el *quantum* federativo.

III

El Estado español de las autonomías sigue los principios políticos de los Estados federales, como fórmula de convivencia y como aproximación de la administración al administrado.

La aceptación y defensa del sistema autonómico en España podría deducirse del hecho de que la autonomía es una pretensión legítima de una parte importante de la población y, por consiguiente, de que es imprescindible atender a esta reivindicación si queremos solucionar problemas históricos que han impedido la armonía social. Pero esta aceptación de la autonomía no termina de explicar nuestro sistema político.

En efecto, este primer argumento nos llevaría a la conclusión de que, aunque no fuéramos autonomistas, la idea de un sistema democrático pluralista y la busca de la armonía social nos llevaría a defender la autonomía. Esto es cierto, pero sólo parcialmente.

De todos modos, es cierto que España ha arrastrado un problema nacional, como consecuencia de la debilidad y atraso en el proceso de formación del Estado nacional y de las reivindicaciones, primero de orden foralista y tradicional y luego nacionalistas. El centralismo impuesto de los años del franquismo, lejos de solucionar el conflicto, lo exacerbó. El Estado de las autonomías, surgido de la Constitución y de los Estatutos, ha supuesto un paso definitivo para superar los enfrentamientos.

Pero no podemos entender el orden autonómico como una concesión a los nacionalismos, sino como una solución que responde a nuestro proyecto. Por el contrario, si no se supera la limi-

tación de la perspectiva nacionalista, será difícil, por una parte, que el Estado de las autonomías resulte afirmado; por otra parte, que pueda ser profundizado.

En efecto, si el orden constitucional (Constitución y Estatuto) puede, en cierto modo, ser entendido como un pacto, no lo es como pacto que funda al Estado español, más que desde una perspectiva nacionalista. Por el contrario, el Estado español tiene una existencia histórica y el orden constitucional consiste, simplemente, en darle un refrendo de legitimidad como orden político común, que no se pone en cuestión.

La perspectiva nacionalista, al limitar el concepto del Estado al de simple lugar de acuerdo de las únicas realidades sociales, que serían las naciones autonómicas, no acaba de pacificar el conflicto histórico. La busca de una mayor autonomía es así, para el nacionalismo, no la de un orden óptimo de distribución de competencias centrales y autonómicas, sino una batalla constante por niveles superiores de autogobierno.

Pero el Estado autonómico es un proyecto democrático y no sólo el reconocimiento del derecho que otros tienen a su realización.

Esto sucede, en primer lugar, con respecto de las nacionalidades históricas. Una nacionalidad se puede manifestar como conciencia de identidad cultural y como voluntad de autogobierno. En estos dos sentidos se expresan de modo claro tanto los catalanes como los vascos. La solución autonómica es, por lo tanto, una solución al problema político, que consiste en que la identidad cultural se asegure un mejor desarrollo con un régimen autonómico, el cual, por otra parte, es claramente reivindicado por la población.

En las otras comunidades, o bien el grado de identidad cultural es menor, o bien ha sido menor la reivindicación de autogobierno. No obstante, se ha optado por la generalización del Estado autonómico, en virtud de la tesis que lleva hoy a considerar que una democracia moderna está en condiciones de abandonar los centralismos jacobinos y de acercarse a los diversos centros locales y regionales de decisión política.

Tras esta opción, nos tenemos que enfrentar a dos problemas distintos en la afirmación de nuestro sistema autonómico. Con respecto de las nacionalidades históricas, mostrando que la contrapartida necesaria de la autonomía es el mantenimiento de la lealtad al pacto político, hasta el punto de que la profundización en la vía autonómica no debe ser propiciada para resolver un problema nacional sino que, por el contrario, sólo en la medida en que el problema nacional esté encauzado por medio de la fórmula autonómica se pueden abrir las vías de su posterior desarrollo. Con respecto de la generalización del sistema autonómico, resolviendo la apuesta de su operatividad técnica; haber introducido un sistema notablemente federalizado, en regiones sin gran tradición autonómica, es algo que se justifica por la tendencia normal hacia un trato uniforme para todas las comunidades y por la convicción democrática, que lleva a acercar el poder y la administración a los administrados. Pero implica problemas operativos que hay que resolver.

De aquí que, si la Federación es una fórmula de Estado que, por sí, responde a una específica necesidad política de convivencia y, para ello, abre un abanico amplio de reparto de poderes y de competencias, la respuesta a la pregunta de si esta descentralización debe ser o no ampliada en el caso español deberá ser también política. Esto es lo que nos permitirá esquivar el riesgo de posibles soluciones arbitristas.

El punto de partida de nuestro análisis tendría que ser que nuestro sistema —de naturaleza federal y con un *quantum* concreto de organización y de competencias— es el que ha resultado de la constitución de nuestra realidad democrática, de lo que podemos llamar la constitución material que, desde el punto de vista de nuestra realidad autonómica, está formada básicamente por la Constitución y los estatutos de autonomía. En este sistema está la base de lo que podemos llamar la legitimidad de las reglas de juego establecidas.

Con respecto de estas reglas de juego establecidas las actitudes que pueden mantenerse son tres: hacer que funcionen, promover su desarrollo o cambiarlas.

La diferencia entre la primera y la segunda de estas actitudes es imprecisa. Si tenemos en cuenta que la relación entre poderes centrales y autonómicos tendrá siempre una cierta inestabilidad y que el Derecho, como forma de mantener y de garantizar el orden social, deberá adaptarse al cambio, la diferencia entre hacer que funcione el sistema y promover su desarrollo será cuestión de actitudes. En principio podríamos decir que la función adaptativa está atribuida más bien al Tribunal Constitucional, como árbitro en la judicialización de los conflictos. Por el contrario, la función transformadora la tendrían que asumir los partidos políticos, mediante el empleo de fórmulas de concertación. Esto no significa ni que la función transformadora esté siempre en la línea del desarrollo de los poderes autonómicos, ni que el Tribunal Constitucional esté excluido del refrendo de estas corrientes. Pero sí quiere decir que una eventual actitud de desarrollo de los poderes autonómicos quedaría con vía más abierta, si los poderes políticos resolvieran sus conflictos renunciando a una excesiva judicialización de los mismos (9).

De todos modos, cualquier posición que afecte a las reglas de juego existentes —sea por desarrollo de las mismas o por cambio constitucional— deberá justificarse por el principio de razón suficiente. En otro caso, las reglas de juego deberán ser cumplidas, esto es, simplemente aplicadas y adaptadas.

¿Cuál será la razón suficiente para modificar las reglas del juego de modo que se incremente su *quantum* federal? La respuesta está en el cumplimiento positivo de las cuatro razones de opción política federal a las que antes nos hemos referido.

Que las reglas transformadas resuelvan mejor los problemas de convivencia y refuercen, por tanto, el principio de lealtad; que acerquen la democracia al ciudadano; que garanticen el principio de solidaridad; que supongan una administración más funcional.

(9) La renuncia a utilizar la vía jurisdiccional para resolver los conflictos competenciales, cuando es expresión de un acto nacionalista de enfrentamiento a una pieza central del sistema, es, por el contrario, absolutamente insolidaria. El espíritu de colaboración nos deberá llevar a la busca del acuerdo para resolver los conflictos sobrevenidos, pero está claro que el respeto al orden competencial no nos puede imponer la renuncia a la jurisdicción del Tribunal Constitucional, ni por razones de prepotencia centralista, ni por razones de conflictividad nacionalista.

Por eso, el desarrollo en sentido federal del pacto autonómico podrá ser pretendido desde el nacionalismo pero, como hemos dicho, si no va acompañado de un incremento de la lealtad al proyecto común contiene en su seno una contraindicación. Y, por lo que respecta a los problemas constitucionales concretos, ni los problemas de conflictos de intereses y de competencias, ni los de actuación conjunta, ni los de incremento de las competencias de las comunidades, pueden resolverse de modo eficaz favoreciendo la idea del campo propio e insolidario sino, por el contrario, mediante la cooperación y la coordinación.

Por poner dos ejemplos particularmente significativos, nos podemos referir a la modificación del Reglamento del Senado y a la concreción de la relación entre bases y leyes de desarrollo.

Sin perjuicio de una reflexión más concreta sobre el problema del Senado, a la que haremos referencia más adelante, está claro que la creciente adaptación de esta cámara a la función que debe cumplir de representación de las comunidades pasa, por lo menos, por una reforma de su Reglamento e, incluso, por un acuerdo en cuanto a las posiciones que deben asumir los senadores nombrados por las cámaras territoriales. Solamente mediante la colaboración entre partidos e instituciones autonómicas se podrá ir a cambios reglamentarios aceptados con suficiente consenso, que hagan que sea residual la función jurisdiccional del Tribunal Constitucional.

La relación entre normas básicas y desarrollo de las mismas debe también, en la medida de lo posible, resolverse por acuerdo, sin que el Tribunal de garantías resulte tan implicado en el tema como lo ha estado hasta ahora. En efecto, como el llenar el contenido de lo básico es siempre, hasta cierto punto, un acto de creación política, no parece que esta función deba estar atribuida preferentemente al Tribunal sino a las Cortes; al Tribunal le tiene que caber únicamente la competencia para señalar el abuso en el que el poder central o el autonómico hayan podido incurrir en la materia. Pero, como la creación del campo de lo básico en los poderes centrales es algo que afecta necesariamente al campo del desarrollo de los poderes autonómicos, parece lógico que las líneas de división sean resultado de una colaboración entre ambos poderes.

Queda por considerar el tema de la eventual reforma del bloque constitucional-estatutario. Si, en principio, tal reforma es posible, porque nuestro orden constitucional así lo prevé, del mismo modo que lo prevé cualquier otra constitución, la toma de posición en relación con este tema debe ser adoptada, no desde su viabilidad jurídica sino desde su oportunidad política.

En este sentido, las tensiones que podrían surgir de un proyecto de reforma constitucional que afectara al Título VIII, o de una reforma de los Estatutos de autonomía aprobados por el artículo 151 de la CE, hacen desaconsejable la medida. No podemos olvidar que la conflictividad nacionalista está contraindicada para la estabilidad constitucional. Reabrir el debate constitucional sobre el tema supondría, tanto reabrir la tesis del nacionalismo centralista,

como poner en cuestión las reglas del juego aceptadas al aceptar la Constitución y los Estatutos. No resulta prudente que el conflicto se reproduzca cuando hace todavía pocos meses, sin reforma constitucional en perspectiva, y aunque con acatamiento a la Constitución, se han permitido, sin embargo, los Parlamentos catalán y vasco pronunciarse por un derecho de autodeterminación como cuestión abierta.

En nuestro sistema autonómico se produce una deficiencia que tiene una trascendencia superior a otras, puesto que afecta a la organización del conjunto del sistema y, por lo tanto, al principio fundamental de lealtad. Me refiero a la composición y funciones del Senado.

El Senado debe ser la cámara de representación del pueblo de las Comunidades, del mismo modo que el Congreso es la cámara de representación del pueblo del Estado. Esta función es necesaria precisamente para evitar que los partidos que tienen una poderosa presencia en alguna Comunidad, pero no en el Estado, puedan deducir que su responsabilidad por la marcha del país, como conjunto, no existe. Esto se corregiría si el sistema de representación provincial cediera ante el de representación autonómica; si los senadores de cada autonomía tuvieran una actuación política más conjuntada y si el Senado tuviera más competencias en relación con la aprobación de leyes que afectaran al orden competencial.

Hay un debate abierto sobre si estos objetivos pueden cumplirse solamente por pacto y reforma del Reglamento del Senado o si es preciso la reforma constitucional.

Sin entrar demasiado en esta discusión habría que decir que una reforma del Senado que no requiera la reforma constitucional es, por una parte, menos trascendente y efectiva pero, por otra, más viable. No nos cabe, por lo tanto, como primera actitud, otra que no sea aprobar el intento, aun cuando seamos conscientes de sus limitaciones.

Sin embargo, si queremos imaginar un Senado de las comunidades cuyos miembros fueran designados por los parlamentos o por los gobiernos autonómicos; con representación compensada entre los principios de una representación mínima igual por autonomía y una proporcionalidad de acuerdo con el número de ciudadanos; con necesaria intervención en la aprobación de las leyes de trascendencia autonómica; esto es, un Senado al modo de Bundesrat alemán, hay que ir pensando en la reforma constitucional. No parece que, planteando esta reforma a medio y no a corto plazo, y con acuerdo previo de los grupos políticos, sus efectos negativos fueran a ser tan evidentes como si la reforma afectara al Título VIII.

La incorporación de las comunidades a las responsabilidades globales del Estado no se limitan a la reforma del Senado. Hay tareas comunes que deben realizarse a través de órganos mixtos y hay la necesidad de generalizar y vitalizar organismos de cooperación, como pueden ser las conferencias de Consejeros.

Puede pensarse también en la oportunidad de crear una conferencia gubernamental de las Comunidades autónomas, como interlocutor ordinario frente al poder central.

Un aspecto a considerar es el de si el desarrollo estatutario implica una igualación de las competencias de las distintas autonomías o si, por el contrario, nuestro sistema autónómico exige el respeto a la diversidad.

Desde una actitud de racionalismo federal se ha pensado en que la federación exige la uniformización en la distribución de competencias. Esta actitud tiene una cierta carga de dogmatismo pues, en principio, nada impide la existencia de federaciones desiguales en su interior. No parece, en efecto, que la organización provincial en Cataluña tenga que tener el mismo diseño que la organización de Euskadi, por territorios históricos.

Desde una posición nacionalista, por el contrario, se recela de la armonización porque afectaría al principio de singularidad de ciertas autonomías. Tampoco parece ésta una objeción válida, pues nada impide que, con un campo relativamente uniforme de competencias centrales y autonómicas, las autonomías organicen singularmente su campo específico.

Si el problema lo planteamos desde lo que ha sido la creación constitucional del Estado de las autonomías está claro que, siendo la asunción de competencias una facultad en cada autonomía, la desigualdad se produciría cuando ciertas autonomías asumieran competencias que otras comunidades no asumieran. Pero tampoco es éste el problema, pues está claro que lo que estamos diciendo no es si esta asunción diferente es posible, sino si, por el contrario, es o no deseable que se busque una cierta uniformidad.

El problema se suscita ahora que, habiendo transcurrido el período de rodaje que la Constitución impuso a los Estatutos de ciertas autonomías, se piensa si procede uniformizar la situación.

Pues bien, el problema es antes técnico que político. En favor de la uniformidad existe la incongruencia del mantenimiento de una estructura administrativa desigual del Estado, según tuviera que desplegarse en unas zonas y en otras no, con su corolario de normas de distinto ámbito —bases o desarrollo— según se trate de una zona u otra.

El argumento en contra sería el de si las comunidades con escasos ímpetu y tradición autonómicos tienen garantía de desarrollo de aparatos administrativos propios.

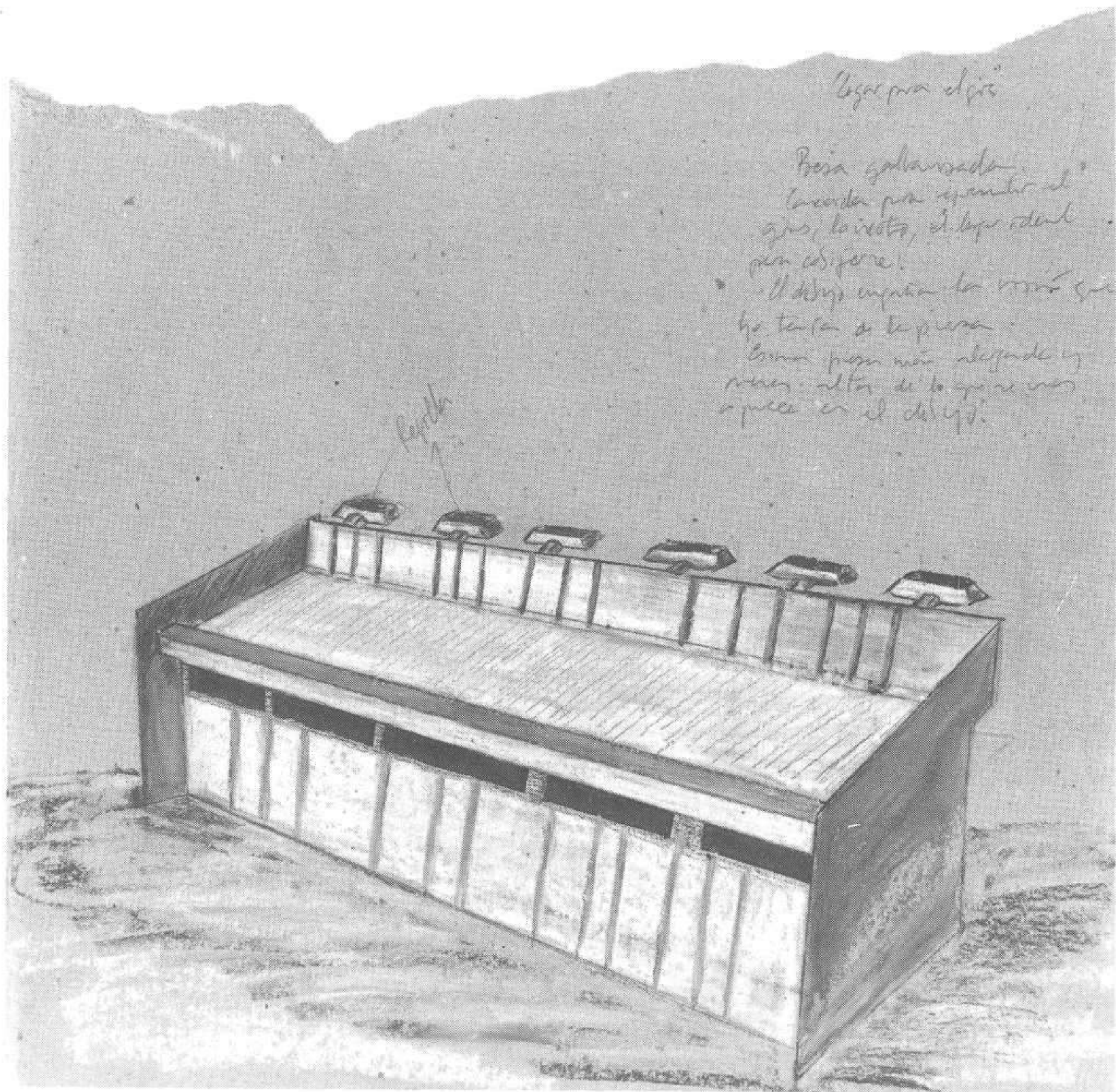
Está claro, de todos modos, que el futuro va a ir en favor de un desarrollo armónico, si tenemos en cuenta la creciente voluntad política de autonomía. En este sentido, hay que ir venciendo el argumento de que la creación de ciertas autonomías tiene un carácter de artificialidad que no tiene el de otras. También en la formación de los Estados Unidos, frente al carácter *natural* de ciertos estados —los que fundaron la Unión— está el *artificial*

de otros —Colorado, Nebraska, etc.— que se fueron creando en la medida en que la frontera avanzó hacia el Oeste. O en la República Federal Alemana hay que distinguir la condición *natural* de ciertos Länder frente a la administrativa de otros.

Un último punto, aunque trascendental, es el que deriva de un modelo autonómico de desarrollo administrativo.

De todos es sabido que el concepto moderno de federación se sostiene, además de por los principios de lealtad y de cooperación, por el desarrollo de lo que se ha llamado federalismo de ejecución. Consiste éste en que el principio de lealtad y el de colaboración se proyectan, al mismo tiempo que en una potenciación de la planificación y de las bases legislativas comunes, en la no duplicación del aparato administrativo.

La tendencia hacia un futuro autonómico va en este sentido. Desde luego, no parece razonable que vayamos desde ahora, irresponsablemente, a una modificación precipitada de la administración. Pero, por el contrario, el camino abierto deberá ser éste: no tiene por qué duplicarse la administración y, si hay confianza en el futuro autonómico de España, y fidelidad al orden común, son las administraciones comunitarias, y las locales, quienes deben ejercer el grueso del servicio administrativo.



Lugar para el giro

Pesa galvanizada
Cuerda para sujetar el
giro, la roseta, el tipo ideal
para cas. forre!
El dibujo muestra la forma que
he tomado de la pieza.
Como peso más adelante y
más alto de lo que se ve
a pie en el dibujo.

Cuerda

ETICA E IZQUIERDA

Fernando Savater

Este artículo es una transcripción de la conferencia dictada por el profesor Savater en las Jornadas sobre «La Izquierda en la Construcción de Europa»

Obligadamente mi ponencia tiene que ser algo teórica, porque ya sabéis que los filósofos somos especialistas en generalidades, que es lo peor que se puede ser. Entonces será más bien de tipo general. Quizá también a veces piensa uno que en la política hay un exceso de estar pegados al terreno, de que las querellas a corto plazo dominan excesivamente cosas más amplias. Entonces a veces es bueno hacer un ejercicio de distanciamiento aunque sea lúdico, por pasar un rato y oxigenar un poco la mente.

Se me ha propuesto hablar de *Ética e Izquierda*. En primer lugar, confieso que lo que es ética no puedo decir que no lo sepa, no porque lo sepa muy bien sino porque como me pagan por enseñar todos los años un curso sobre eso, si digo que no lo sé, pues voy a crear ante mi Ministro de Educación un clima que me pueden poner mañana en la calle. Entonces lo de la ética voy a dar por supuesto que sí lo sé y luego os diré lo que creo que sí sé de eso.

Voy a empezar diciendo que, como no tengo la menor obligación de saberlo, pues no sé muy bien qué es la izquierda. ¿Qué es eso de izquierda?, o ¿qué se sigue llamando izquierda?

Sabemos, evidentemente, que el nombre viene de unos movimientos históricos determinados, y está ligado a unas concepciones históricas determinadas, tiene una tradición determinada, y que no vamos a inventar aquí como es natural.

De todas formas, si nos quitáramos un poco de encima eso, es decir, aparte ya de que los girondinos se sentaran a un lado y los jacobinos en otro en la convención francesa, y de que haya habido señores como Marx y como Bakunin, y como la primera internacional, y la segunda, etc.; aparte de todo eso, ¿qué podría ser una visión, digamos de izquierda, por oposición a otra visión

más bien conservadora, reforzadora de las instancias más establecidas, más prepotentes, etc.? Yo creo que describiéndose, un poco impresionistamente, la visión, la postura, la actitud de izquierdas, sería algo así como una visión en parte pesimista y en parte activa. Es decir, considerando que la vida en colectividad, la vida de los humanos tal como vivimos, produce siempre una cierta oxidación más o menos nefasta de la camaradería humana. Todos los órdenes sociales, políticos, e incluso bien pensados, bien planeados de entrada, van produciendo con el rodaje del tiempo una especie de oxidación de la camaradería, de la complicidad, de la proximidad de los hombres unos con otros. Es decir, siempre hay un momento en que en los órdenes sociales se maltrata a alguien. El orden social va estableciendo su unidad, su equilibrio en detrimento de alguien, o con maltrato de alguien. Y esto es una cosa que en sí misma no se corrige, que en sí misma más bien tiende a aumentar, salvo una convulsión sangrienta, enorme, que normalmente lo que hace es cambiar los males, incluso empeorándolos, pero que corrige simplemente por cauterización feroz de la situación, y a veces produciendo otros males mayores.

En sí mismo, esto es una derivación de todos los grupos sociales. Es decir, no hay grupo social inocente, no hay comunidad en la cual a uno, antes o después, no le pese la sociedad de los demás, y se produce siempre esa especie de deterioro. Y en ese sentido digo que es una actitud pesimista al contemplar que realmente las sociedades humanas se va creando siempre, digamos que empiezan, y se va creando siempre esa oxidación, esa acumulación de mal, de maltrato, que termina por preocupar. En eso digo que es pesimista, es decir, *materialista*. Porque claro, a pesar de que esas palabras no suenen ahora muy de moda, y más o menos todo el mundo sea cura, o quiera serlo, o lo haya sido, o guarde nostalgias; hay que reconocer que la izquierda ha estado ligada a una cosa que se llamaba el materialismo, que es una negación de esa teleología espiritualista del mundo, etc. Y todos los materialistas son pesimistas. El materialismo encierra una dosis de pesimismo. Es decir, no puede uno ser muy optimista sabiendo que no hay más cera que la que arde. De otra forma es el tema del realista, que por ejemplo Horkheimer refirió también a la tradición de Schopenhauer, el primer gran materialista filosófico en occidente, introdujo esa dimensión de pesimismo que luego la escuela de Frankfurt que a través de Horkheimer recogió también. Hasta aquí esa parte de pesimismo.

Ahora, frente a esa convicción de que las sociedades van creando un plus de maltrato de determinados grupos sociales, una oxidación de la camaradería, está la idea, la opinión de que el grupo o lo que ocupa el espacio público en una sociedad, puede corregir transitoriamente esos males. Que esos males, aunque sea inevitable que haya males y que haya esa disposición hacia el maltrato institucional en todas las sociedades, ninguna de esas disposiciones al maltrato en sí mismo es irremediable. Y que hay una posibilidad de remediar, de racionalizar, de superar, aunque sea transitoriamente, esas situaciones que se han creado. Que, naturalmente una vez remediadas, con el tiempo vuelven a crearse otras

que vuelven a exigir una corrección posterior. Pero hay la posibilidad que desde lo que llamamos lo público, el Estado, el Gobierno, se corrijan esas disposiciones hacia el mal, hacia la oxidación maligna que tienen los grupos sociales.

Por eso os decía que hay, me parece, en la postura de izquierdas, que como veis no pretende corresponder con una tradición histórica, sino simplemente como una especie de disposición de ánimo, por una parte, el pesimismo radicado en la materialidad de las cosas de que la comunidad humana nunca es inocente, de que siempre está basada en víctimas, en chivos expiatorios, de que todos los órdenes sociales se edifican guardando, como hacían los antiguos arquitectos y constructores de ciudades premedievales, que mataban a alguien, o a algún niño, o a algún adolescente, y lo enterraban en los cimientos de la ciudad para que la edificación de la ciudad creciese bien. En alguna forma, en todos nuestros edificios sociales hay niños y adolescentes, y mujeres y muchas otras cosas, enterrados en esos cimientos para que el resto crezca.

Por otra parte, una vez sabido esto, los males concretos, y las concretas formas de maltrato, pueden llegarse a corregir, de una manera transitoria, pero razonable por una intervención de aquellos que ocupan el espacio público, Estado, Gobierno, lo que se quiera. De ahí que yo decía que es una disposición *pesimista* y *activa*. *Pesimista*, por un lado, en cuanto que supone que una intervención es posible, positiva, aunque esa vigilancia nunca puede ceder, nunca llegaremos a estar en una disposición en la cual uno pueda decir: *bueno, ya está, ya hemos llegado*.

Esta disposición pesimista y activa, contrasta con dos tipos de actitudes que no me parecen de izquierdas, o que me parecen perversiones de una actitud de izquierda.

Yo realmente no creo, salvo en el uso demasiado generoso de la palabra, que haya utopías. Me parece que la disposición racional es la de temer a la utopía, más que a desearla. En el fondo la palabra utopía viene de una concepción que es la de Tomás Moro, que era más parecido a un infierno que a otra cosa. Las utopías son desgraciadamente realizables, como decía Huxley, en el prólogo de *Un mundo feliz: Nuestro siglo sabe que desgraciadamente la utopía puede realizarse*. Y afortunadamente vamos teniendo una disposición distinta, aunque por supuesto ya sé que hay otro uso distinto, más positivo, pero me parece que la palabra *utopía* en cuanto a lo que encierra es un estado tal que ya no se necesitaría más, es decir, un estado que no iría generando esta oxidación digna que me parece que todos los órdenes sociales generan, sino que ya de por sí se instalaría en una relación de complicidad y camaradería permanente y duradera; y en cuanto exige eso y no otra cosa, y en cuanto está dispuesto a llegar a eso de manera constructivista y coactiva, como hemos visto en otras utopías, a mí me parece que ahí, por pecado de optimismo, de idealismo, de no materialismo, de milenarismo religioso, las utopías que han tenido esa dimensión, me parece que no son de izquierdas en el sentido en el que yo, por lo menos, guardaría la palabra.

Los que tienen este optimismo, este utopismo, en este sentido, creen que hay un orden enfáticamente bueno, creen que hay un orden en el cual las cosas son como deben ser, hasta tal punto que no generarán lo que no debe ser nunca, y esto ya no es una postura de izquierdas.

Por otra parte, hay otra postura que tampoco es de izquierdas, que es el inmovilista, o el que piensa que no hay nada que hacer, que el orden humano es un orden totalmente entregado a los azares de las cosas, del mercado, de la naturaleza y que entonces ningún grupo puede voluntariamente intervenir para intentar que las cosas o los males se resuelvan transitoriamente. Hay que aceptarlo todo con una resignación desesperada, como diría Cioran, que hace que uno asuma lo que hay y espera simplemente a que no venga nada peor.

Frente a estas formas de utopismo, o inmovilismo, yo hablaría de ese pesimismo activo que proponía como característico de la izquierda. Esto en el terreno político y como yo veo una disposición de izquierdas, por eso es absurdo preguntarse si se puede ser de izquierdas, naturalmente, incluso en épocas pasadas en las que no existía la izquierda propiamente histórica, se puede hablar de actitudes que corresponden a esta imagen de izquierda, y por supuesto, aunque desaparezcan los rastros de lo que hoy llamamos comunismo, socialismo, etc., puede haber esta actitud de considerar todo el dolor y la tragedia de lo colectivo. Los griegos, por ejemplo, insistían en esta dimensión trágica de lo colectivo, y de ahí hicieron su Arte de la Tragedia. En la tragedia constantemente se está utilizando la expresión para el personaje trágico, se está utilizando el coro, que forma vagamente el pueblo, la colectividad, diciéndole constantemente al protagonista trágico: *Tú que no oyes, tú que nunca escuchas, tú que quieres saberlo todo...*, es decir, que el personaje trágico entra en escena con una idea y la mantiene hasta el final, no oye a nadie, no escucha a nadie, no cede ante nadie, no hace transacciones, no pacta. Y eso es lo que tiene de exaltante ante el espectador, que opina que así había que ser, basta ya de transiciones, pactos, etc., yo quiero enterrar a mi hermano, a mí no me cuenten ustedes cosas, yo no he nacido para el odio sino para el amor, y no tengo nada más que un hermano, y no me interesa todo lo demás; y el otro que no, y... La tragedia no es la tragedia de personas que tienen razón y personas que no tienen razón, como hoy vemos la vida política; la visión política del mundo es gente que tiene razón y gente que no tiene razón. Los griegos, un poco más inteligentes, lo veían como gentes todas ellas con razón, y eso es lo malo; que Antígona tiene razón y Creonte tiene razón, y eso es lo trágico. El problema es que ninguno tiene más que razón, no tienen razones. Es decir, no tienen razones para intercambiar con otros, no están dispuestos a escuchar, a oír al otro, a transaccionar. De ahí que Sófocles, el más democrático, en el sentido estricto de los clásicos griegos, basa todas sus tragedias en personajes que no quieren oír, y cuya tragedia es que no quieren oír, que no quieren escuchar, que no quieren intercambiar razones; es decir, que no se someten a la humillación de tener que oír a los demás, que es precisamente la postura democrática.

Esta dimensión dramática, trágica, etc., hay que aceptarla como irrenunciable y como a la larga va creando una cierta herida en los vivientes en colectividad, y no hay que suponer nunca que una colectividad será una especie de fuente de placer permanente, constante, sino esa dimensión de dolor de lo colectivo, de que lo colectivo nunca satisfará del todo el ideal humano más que en el fanático o en el loco, o en el que se haya anulado a sí mismo, pero que en el individuo que conserve individualidad nunca la colectividad será un placer sensorial, y nunca le pasará, como decía malignamente el Sade de Peter Weiss en el *Marat Sade* cuando Sade dice el por qué la gente se ha decepcionado y está tan dolorida con la Revolución Francesa: *Claro, porque es que la gente creía que la Revolución iba a resolver sus problemas*, no los problemas políticos sino sus problemas. Es decir, el pescador que se pasaba los días tirando la caña al río y sólo sacaba de vez en cuando una bota vieja, pues pensaba que iba a pescar un hermoso barbo. Y el que estaba casado con una señora de doscientos kilos con bigote, suponía que estaría un día casado con una mujer maravillosa. Y el poeta que luchaba porque le saliese un verso y no le salían más que rimas, creía que se convertiría en Homero. Y vino la Revolución y el mal pescador siguió sin pescar, el casado con la señora gorda siguió con la señora gorda, el mal poeta cada vez hizo peores versos, y entonces todo el mundo dijo: *nos ha traicionado la Revolución*.

Claro, porque se han puesto en el terreno de la política cosas que realmente no se van a poder resolver nunca, en el plano político. O sea, que hay que guardar un poco la dimensión trágica, irreconciliable, que hay en la política. Pero, por otra parte, está la disposición activa, es decir, lo colectivo en cuanto a colectivo, la representación de lo colectivo en cuanto a representación de lo colectivo, se puede intervenir y se puede remediar, no hay ningún mal estrictamente irremediable. ¿Es irremediable que haya males? No es irremediable que haya tal, o cual, o tal otro mal; esos todos pueden intentar resolverse. Y la intervención de lo colectivo para aumentar la justicia, para aumentar la riqueza, para mejorar la protección de los débiles, etc., no es ociosa, sino que son cosas que nunca podrán ceder en su vigilancia pero que pueden hacerse con determinada utilidad.

Dejando así, más o menos esbozado, lo que yo entendía por izquierda, que sería esta disposición que os decía, ahora habría que buscar lo que entendemos por «ética». Claro, la ética es un plano diferente al de la política, es decir, uno por razones éticas puede colaborar en determinadas políticas, intervenir en política, hacer determinadas políticas, aprobar determinadas políticas, desaprobando determinadas políticas. Pero la ética es otra cosa distinta de la política. Uno puede ser un excelente político y no ser ético, uno puede hacer políticas que a uno le parezcan muy útiles y muy convenientes, y no hacerlas por razones éticas —¡ni falta que hace!—, lo mismo que uno puede ser un excelente piloto de avión y aterrizar muy bien el avión y no hacerlo por razones éticas; pues posiblemente por el deseo de lucro, o de ascender en la compañía; yo naturalmente prefiero que el piloto de mi avión sea un tipo lleno de codicia que quiera deslumbrar a sus superiores con sus excelentes aterrizajes y por lo tanto se prepare día y noche

para manejar bien el avión, por las razones más viles, que un magnífico padre de familia adicto a todo tipo de ejercicios espirituales pero que como es miope cada vez que intenta aterrizar se pega con la torre.

Evidentemente son dos cosas diferentes, la ética tiene una dimensión que no sustituye ni tampoco puede ser sustituida por la dimensión política. La ética tiene una dimensión de instrumento y de símbolo para el individuo. Es un instrumento en el sentido de que se supone que es una reflexión para ayudar a vivir mejor, para ayudar para que la vida sea más buena; en el fondo, la ética no es más que el arte de darse buena vida. Aunque suene poco ético, la persona moral es la única que se da buena vida, ese es el único objetivo que tiene la moral y la ética, entonces en este sentido es un instrumento.

Por otra parte también es un símbolo, es un símbolo porque la ética permite que la vida tenga una unidad para quien la vive. O sea, nuestra vida tiene la rutina y la dispersión de lo cotidiano. Son mil actividades, ahora trabajo en la oficina, mañana estoy con mi familia, mañana estudio, pasado estoy de vacaciones, tengo un amor, tengo una curiosidad literaria o artística, y la vida se disgrega en un mundo de dispersiones, de impresiones, etc.; carece de unidad, espera su unidad que venga desde fuera, que venga desde la mirada de los otros, desde la mirada del Estado que reparte títulos..., en cambio, para la persona ética la vida tiene una unidad desde dentro; es decir, es un símbolo de la unidad de la vida como obra de arte de cada una de las personas que la vive. En ese sentido, la vida además de instrumento para vivir mejor es un símbolo de la unidad que la vida tiene para el sujeto que la vive, y que la dispersión es la dispersión de la división del trabajo, o de la división del mundo en que vivimos, pero el símbolo de unidad que para cada uno de nosotros tiene la vida es también lo que procura la ética. La ética procura ser a la vez instrumento y símbolo de una vida plena.

La ética es un punto de vista individual, es decir, nadie es ético por otro, no se puede imponer la ética desde fuera, nadie puede sustituir a otro en sus decisiones éticas. La ética, evidentemente, se relaciona con lo colectivo en el sentido de que es la decisión que yo tomo de cómo voy a vivir lo colectivo, pero no es una institución colectiva de cómo tengo yo que vivir; si es una institución colectiva de cómo tengo yo que vivir puede tener mucha utilidad política, pero no es ética. La ética es una decisión de cada cual de cómo vivir, y nadie puede sustituirla. Es imposible que la ética caiga en lo de aquel amigo mío pro-chino que tenía yo en la Facultad, en las épocas guerreras, que decía de vez en cuando: *¡Mira!, te voy a hacer una autocrítica*. Y yo le decía: *No hombre, no. Si me la haces tú ya no es una autocrítica*. Es decir, es capacidad de hacer autocríticas al vecino, la moral no sirve para eso, la ética no es un arma arrojadiza, no es un instrumento que sirve para juzgar a los demás. Todo el que vive la moral como un instrumento para juzgar a los otros, y está siempre haciendo la moral al vecino, no entiende que la moral sólo se aplica a la libertad, y sólo conocemos un sujeto libre cada uno de nosotros, que somos cada uno de nosotros mismos. Yo no sé quién ni por

qué hace las cosas más que un sujeto del que tengo voz y voto y que soy yo, por tanto al único ser al que veo actuar en la libertad es a mí mismo, por lo tanto ahí es donde está la ética. A los demás los veo actuar como resultado de otras opciones que supongo libres por extensión de la mía, pero nada más. Por supuesto, yo tomo precauciones para que las cosas sean como yo quiero que sean. La política es el arte, no de que las personas sean como deben de ser, sino que se comporten como es más prudente o más útil que se tienen que comportar. La Política se preocupa de los resultados y de que la gente, sea por lo que sea, por miedo, por coacción, por engaño, etc., hagan más o menos lo que tienen que hacer. La ética, en cambio, pide que lo hagan libremente. Ahí, digamos hay el hiato, más o menos irreversible entre la ética, que nos toma a los hombres tal y como somos hechos, es decir, uno a uno, como si fuéramos de artesanía, y la política, el derecho, que nos toma a todos en conjunto, como grupo, como colectividad, como suma de efectos.

¿Dónde puede chocar la postura ética y la postura de izquierda política?

Por la tendencia fundamentalmente al paternalismo que puede tener una actitud de izquierda. Es decir, la actitud de izquierda corre el peligro de convertirse en una caución para el paternalismo. Para el *yo sé lo que te conviene mejor que tú, te va a doler, y a mí me duele más que a ti, o la letra con sangre entra*. Es decir, el hombre de izquierdas ve el Estado como algo que debe defender a cada uno de los demás y de sí mismo; y el problema es que también hay que defenderle del propio Estado. En cambio la tendencia a defender a uno, de uno mismo, a protegerle de uno mismo, puede llevar a todo tipo de perversiones, desde el punto de vista ético, aunque luego políticamente pueden resultar mejores.

La idea de *yo sé mejor lo que te conviene que tú, yo lo haré quieras o no porque te va a ir bien*, esta disposición paternalista, que no es exclusiva de la izquierda, probablemente la hay siempre en actitudes gubernamentales excesivas, muchas veces es reclamada, porque el paternalismo se corresponde al infantilismo; es decir, se crea una demanda infantil —quiero que me maltraten, que me cuiden, que me laven, que me lleven, que me traigan, etc.—, esa especie de infantilismo de la sociedad moderna en que las personas se quejan de lo que carecen, y cuando se lo dan se quejan de que no era del color que querían, o del peso que querían, o que no tiene todas las clavijas que ellos habían pedido, o que ya no lo quieren porque se han aburrido antes de recibirlo; esa especie de infantilismo está predispuesto por el paternalismo estatal. La idea de que uno puede adelantarse al deseo del otro hace que el otro ya no tenga más deseo que aquél que se le adelanta, que aquél que le viene desde fuera adelantado por la situación, por el grupo, etc.

Se cae de esta idea de la ética como algo edificante, que se utiliza mucho, tanto por los políticos, cuando dicen: *voy a hacer esto por razones éticas*, ¡oiga, hágalo usted por razones políticas!, o es que ¿no hay otras razones más que las éticas para

hacer las cosas? Las razones políticas son tan estimables, y las razones jurídicas, y las razones del sentido común, y el señor que en el avión dice: *voy a intentar aterrizar en la pista porque yo soy un hombre muy moral y no me gusta estrellarme*, ¡no, oiga, mire usted, hay otras razones aparte de las morales! O sea, que las morales están muy bien en su nivel, pero no son sustituto de todas las demás razones. Entonces se crea esta especie de pugna un poco idiota entre los políticos tratando de explicar lo morales que son y por otra parte los críticos diciendo que ya no hay moral y no hay ética en los hombres políticos. En estas predicaciones que oímos parece que sólo los políticos carecen de ética, y en cambio los catedráticos de universidad y los periodistas todos vamos para santos por definición. Ese mecanismo de infantilización de la ética, del tú más, etc., viene precisamente por la visión de un paternalismo ético, de una especie de ética que quiere sustituir al deseo, que quiere convertirse en lo que se adelanta al deseo, o en lo que lo sustituye en cada individuo.

Así, por ejemplo, ocurre con los derechos. Los derechos en una sociedad paternalista tienden a convertirse en obligaciones, o sea, lo que ha sido una conquista para conseguirse como derecho, poco a poco se va convirtiendo en una obligación. Por ejemplo, el derecho a la vida y la protección de la vida se convierte según una sorprendente disposición del Tribunal Constitucional respecto a la alimentación de los Grapo, en la obligación de vivir. Lo que es un derecho, la protección de la vida, es decir, ayudar a las personas a que defiendan y protejan su vida en la medida en que naturalmente quieren hacerlo, que venía a resolver el problema de personas que eran privadas de su vida de la manera que no querían, de pronto se convierte en una obligación. El Derecho a vivir se convierte en obligación de vivir, el Derecho a votar se convierte en obligación de votar, el Derecho a estar sindicado se convierte en obligación de estar sindicado, y el Derecho de recibir educación se convierte en obligación de recibir educación.

Hay esa idea de que todo lo que son Derechos, es decir, lo que ha venido a resolver problemas concretos, males concretos, de pronto, desde el punto de vista paternalista se convierte en obligaciones, o si nó no cuente usted conmigo; tiene usted que pasar por la obligación, por renunciar a su derecho y admitir el mío colectivo o si nó no me pida usted nada, bueno, ni siquiera le doy esa opción de que no me pida usted nada; su propia presencia significa que usted acata lo que yo le estoy diciendo.

Esto constantemente remite a problemas en la vida cotidiana, por ejemplo, la forma en que hoy enfocamos algunas de las palabras más ilustres. Por ejemplo, la palabra solidaridad, una palabra insigne, importante; pero, claro, uno puede ir creando instituciones de apoyo, de ayuda, etc., pero ninguna institución puede sustituir la solidaridad en cada una de las personas, es decir, la solidaridad como virtud. El hecho de que yo sea solidario o no, no tiene nada que ver con el Estado; hay personas muy solidarias en estados atrozmente insolidarios, y estados que orgánicamente han creado una especie de complicidad forzosa entre sus miembros, y los individuos pueden vivir de la manera más anónima, más separada de los otros.

Y sin embargo, se dice que hay poca solidaridad en la sociedad en que vivimos, pero, ¿cuál es el significado exacto de esta afirmación?, ¿hay alguien que le impida a uno ser solidario?, o ¿quiere usted que haya alguien que le sustituya en la obligación de la solidaridad? La mayoría de la gente que dice que cada vez hay más insolidaridad, lo que quiere decir es que no hemos logrado una institución pública que me dispense a mí de no tener que preocuparme de los otros. Desde luego, no existe tal institución, la solidaridad es un problema de cada uno, y ninguna institución pública puede dispensarle a nadie de ser solidario, desde el punto de vista ético. Naturalmente, puede haber instituciones que ayuden, obvien, que a la mayoría le parezcan útiles, en ese sentido; pero la idea de que pueden sustituir la voluntad de alejamiento de los otros, o de proximidad racional a los otros, eso no existe. Todo esto explica la desviación que se produce en algunas palabras, que llenan la boca y que en la práctica son más discutibles. Supongo que por esa dimensión materialista, que yo señalaba antes, de la izquierda, ésta ante todo, es desmitificadora, puesto que va buscando la crítica de los mitos, incluso de sus propios mitos.

Hoy, por ejemplo, en Europa se utiliza la palabra solidaridad, las llamadas a la solidaridad, en casos como la inmigración del tercer mundo en Europa, como antes se utilizaba la palabra caridad. Los comentarios que tenemos sobre las deudas, etc., la idea de que la Historia tiene moviola, que puede reconstruirse, de que las llagas pasadas pueden volver a cerrarse, etc., es Espiritualismo, es Cristianismo, nada más; pero no es izquierda. Lo que hay que afrontar son las situaciones tal como son realmente hoy; y entonces, claro que hay una solidaridad racional activa con los pueblos del tercer mundo, que viene fundamentalmente a consentir en ayudar a los pueblos a que se libren de los «calígulas» de turno que los gobiernan, de la pobreza en la que han sido sumidos, de las deudas que les han creado exteriormente los bancos mundiales y que les tienen sometidos a esta imposibilidad de que la gente pueda vivir en su casa sin exilarse, sin tener que arrastrarse ante mundos ajenos. Ojalá que un día los seres humanos podamos viajar hacia otras latitudes, mezclarnos con otras personas y conocer otras costumbres, sin necesidad de ir movidos exclusivamente por una necesidad más imperiosa y más vil. Ahora, convertir una especie de visión de la solidaridad, abierta sin comillas, esperando que Europa se convierta en la *sala de espera* del paraíso de todos los seres humanos del mundo y que mientras no se ayuda a los seres humanos donde se les tiene que ayudar, que simplemente se les vaya acumulando en Europa para que se vayan generando todos los conflictos, las xenofobias que irremediablemente se generan, no es racional. El lamento de que el mundo es malo, de que hay poca solidaridad, todo esto pertenece a una visión cristianoide, pero no es una visión de solidaridad racional, es decir, una solidaridad que tenga una inspiración material.

La tolerancia no es la virtud europea, debido a que ha sido un continente muy mezclado, muy conflictivo, donde había muchas ideas nuevas. Ha habido un desequilibrio entre los proyectos radicales de novedad y la resistencia de la sociedad vieja frente a ellos. Las sociedades más cruzadas, más mestizas, y más móviles, son las que conocen mayores intolerancias porque son las

que están más zarandeadas por circunstancias conflictivas. Desde Nerón, pasando por la cristiandad antiprotestante, antiilustrada, Europa no es un ejemplo de tolerancia. Pero más o menos se va consiguiendo un ideal de tolerancia como lucha contra unas condiciones existentes previas. Pero no es una tolerancia sin requisitos, la tolerancia va unida a una disposición determinada, democrática, que nace en un momento determinado y que tiene unos requisitos determinados. Es decir, para ser tolerado hay que aceptar un bloque de cosas, dentro de las cuales va la tolerancia, la igualdad democrática, la racionalización de las costumbres, la renuncia a la propia intolerancia, o a la propia violencia respecto a otros; todo eso es lo que justifica el que la tolerancia se puede extender. Si uno simplemente pide tolerancia para uno mismo, pero no se compromete con las demás cosas que hacen posible la tolerancia, se crean las circunstancias pintorescas que hoy se viven, en algunas ocasiones, en Europa.

Obviamente, para que se pueda aplicar la tolerancia, lo primero que hay que decir es que no es verdad que todas las opiniones sean respetables. No todas las opiniones son respetables, son las personas las respetables, no las opiniones. Las opiniones pueden ser ridículas, estúpidas, equivocadas, etc., y uno tiene obligación de decirlo. Uno no debe de ser encarcelado por creer en la inmortalidad del cangrejo, ni torturado, ni privado de sus derechos, ni marginado. Ahora, francamente, si me preguntan sobre la inmortalidad del cangrejo puedo negarla con todo detalle y toda crudeza. Y quien dice: *el que hiere mis ideas me hiere a mí*, no está entrando en el juego de la tolerancia. Quien considera que es lo mismo pegarle una patada que meterse con sus ideas, no está preparado para la tolerancia. Entonces hay que, institucionalmente, demostrar que la tolerancia no es respetar la idea en cuanto a idea sino la persona que la mantiene en cuanto la mantiene. Que nadie tiene derecho a identificarse con sus ideas, que la persona que forma un solo cuerpo con sus ideas y que considera que cuando se hiere su idea se le hiere a él, y que por tanto él tiene derecho a herir a la persona directamente, esa persona no está en el juego de la tolerancia; y no puede haber tolerancia allá donde no se acepte un desapego de cada individuo respecto a sus ideas suficiente para que el insulto a la idea no se convierta inmediatamente en ofensa, ataque, herida, etc., al individuo.

Todo eso son cosas obvias, pero hay una especie de temor edificante a decirlo y la confusión subsiguiente en el mundo en que nos movemos. O la falacia de la legitimación histórica, la idea de que la Historia en sí misma legitima cosas; ahora se está viendo en Centroeuropa, es decir, gente que dice que tienen razones históricas para ocupar aquella parte de Checoslovaquia, de donde nos echaron, volver a Hungría, de donde también nos echaron, etc.

Evidentemente, la Historia es ese altar donde fueron inmoladas todas las dignidades, todas las virtudes de los hombres que dijo Hegel, que también advirtió que la Filosofía nunca debe ser edificante. Entonces, ya se nos dijo lo que era la Historia. La idea de que la Historia en sí misma justifica algo, sólo justifica al vencedor, lo que hay, el resultado. La historia entre el invasor y el invadido no elige. Si nosotros vamos a sentir simpatía por el in-

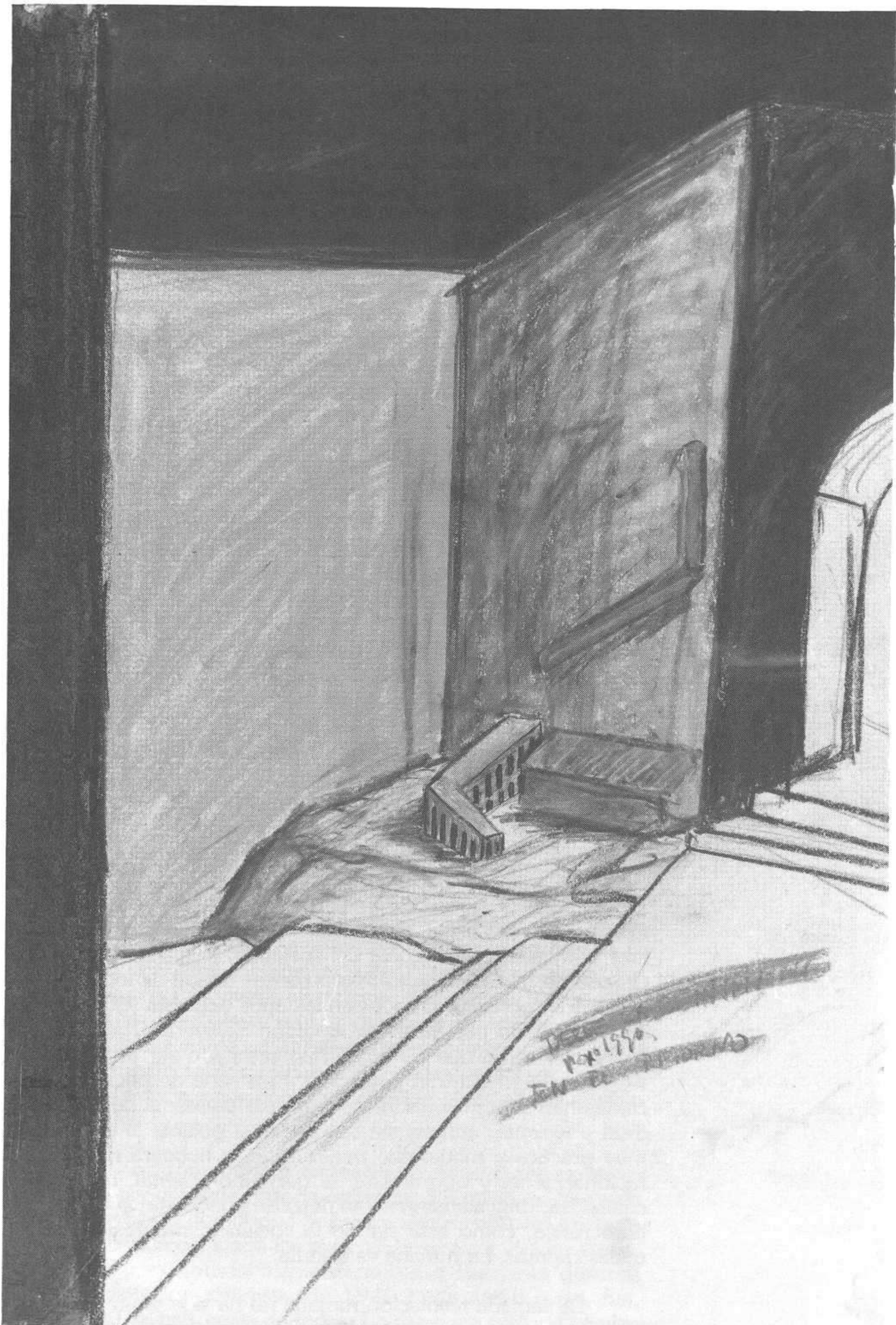
vadido frente al invasor, lo haremos por razones no históricas, por razones históricas será simplemente el invasor, si es el que gana, el que sale adelante, si no, será rechazado y se acabó.

Crear que uno dice que para estar bien con la justificación histórica, volvamos a comienzos del siglo XVII; donde todo era bueno, siglo que estaba hecho de otras injusticias anteriores, y la moviola podía volverse hacia atrás, a ver hacia dónde llegamos, al siglo XIII, al XII hasta la época de los dinosaurios. Siempre la idea de que en algún punto las cosas no estaban sometidas al tiempo, sino que eran tal y como debían ser; y que posteriormente entramos en el tiempo, en la degradación y en la pérdida que supone la Historia. Otra idea, como véis, relacionada con la mitología cristiana.

Hubo un momento en que las cosas eran como debían ser, y luego fuimos cayendo. La idea de recuperar el momento histórico, en el cual las cosas eran como debían ser, sea a final de la II Guerra Mundial, sea al final del Imperio Austro-Húngaro, sea en el siglo XVII; o esa historia tan maravillosa del mundo de Euskadi, que contaba Santi Potros, en su tribunal, cómo ya desde el principio existía una conspiración en la que entraba Julio César, Carlo Magno, la Revolución Francesa, los Visigodos, etc., para atacar al pueblo vasco, que estaba desde el principio siempre igual, es decir, no había cambiado, los demás estaban desde fuera dando la lata. Esa idea, el enemigo de Santi Potros ahí no era ni Julio César ni Carlo Magno, era Carlos Darwin, porque es una teoría que es la proyección del creacionismo de las especies antidarwinistas en política, entonces deben de creer que el pueblo vasco había nacido ya completo. Pero esta es una idea, que si leéis un informe muy interesante que hizo Bernard Henri Levi, en una revista que ha salido hace poco en París, hizo una visita por todos los Países del Este, Centroeuropa más bien, porque en Rusia prácticamente no estuvo, y no estuvo en China, en Asia, hablando con intelectuales, recogiendo protestas, etc. La visión que se le daba, el esquema del pueblo oprimido que había sido traicionado por los demás, en el cual la modernidad no hizo más que humillar los altos ideales, pero ellos siguieron conservándolos; ese esquema dice que se aplica a todos los pueblos, todos contaban lo mismo, incluso los serbios lo contaban de los croatas, los croatas de su vecinos, cada uno de ellos repetía el mismo esquema del otro, y todos esperaban el momento en que la historia se reconstituyese en su integridad primera, cuando las cosas eran como debieran ser.

Lo exponía un poco para indicar posibles roces que pueden haber entre una visión ética, es decir, una visión que lo que pretende es reforzar la autonomía, la libertad y la responsabilidad del individuo, y una visión política de izquierda que pueda atender al paternalismo, a la idea de la sustitución del deseo del individuo, por un deseo colectivo encarnado por unos gestores privilegiados. Ahí me parece que puede haber un choque posible que puede empezar siendo una cosa buena, un intento de remediar los males de los individuos y puede que a la vez vaya derivando a peor, porque hay una tendencia, la teoría de *la montaña rusa*, que anecdóticamente corresponde a la señora que para bajar del Monte Igueldo le dicen que se baja en el funicular y se confunde y se monta en la

montaña rusa. Esta persona lo que estaba experimentando realmente es el intento de la reforma histórica, es decir, uno se cree que se sube en el funicular y se sube a la montaña rusa. La mayoría de las reformas que se han intentado hacer, la idea de que en el momento que uno intenta sustituir generosamente las disposiciones del vecino y hacer algo sensato, por ejemplo cosas como el feminismo, como la ecología, como las reformas sindicales, etc., todas las cosas que empezaron tan sensatamente y tan a reformar males concretos y como van derivando hacia la sustitución de la religión, la locura, la obsesión, la exageración, la egolatría, etc. Hay una tendencia al aumento de la estupidez en todas las actividades humanas. La izquierda, pienso, que debería estar siempre atenta en su constructivismo social a esa derivación hacia la demencia, hacia lo peor que tienen las instituciones mejores. Por muy política que quiera ser una persona ética, por muy cerca que quiera uno ponerse desde el punto de vista de la ética en la política, siempre hay una distancia, un decir no del todo. Y de la misma forma el político no puede adoptar del todo, y quizás no deba adoptar del todo la postura ética, porque la postura ética se refiere a una dimensión diferente. Muchas gracias.



LA IMPOSIBLE COEXISTENCIA RUMANO-HUNGARA

Jesús Pardo

En primer lugar, la caída del sistema que nadie esperaba tan súbita y tan completa. En Rumanía, como consecuencia tardía del reguero de pólvora iniciado por la Unión Soviética. Y más que consecuencia, posiblemente iniciativa: no está aún muy clara la medida en que Moscú fue el impulso soberano de la caída de Ceausescu. El llamado Comité de Salvación Nacional estaba listo en las sombras, y su jefe visible, Illiescu, era amigo de Gorbachev, que le salvó en un par de ocasiones de las iras del dictador rumano. Tampoco está muy clara la medida en que Moscú incitó al ejército a oponerse a Ceausescu, ni su parte en el arbitrario juicio y condena que acabó con el fusilamiento de éste y de su esposa. Es evidente que al cometer acto tan temerario como reclamar públicamente la devolución de Moldavia soviética, desgajada de Rumanía por Stalin después de que ésta lo recuperara con la caída del zarismo, Moscú no podía mantenerse inactivo, y la fuerza de Moscú sobre su esfera de influencia se ha visto con bastante claridad en la transformación casi súbita de todos los regímenes satélites a imitación e instancia del soviético, lo que ha permitido incluso el desmantelamiento más o menos radical de los sistemas socialistas burocráticos creados en los años cuarenta sobre el modelo del implantado por Stalin en la Unión Soviética. Todos ellos, por lo menos en Europa Oriental, han resultado ser artificiales y sin ningún arraigo entre la población. Esta serie de pequeñas revoluciones han sido muy distintas, según los países: la polaca, muy radical y violenta, aunque sin sangre, muy polaca; la checoslovaca, muy práctica y moderada, muy checa; la húngara muy húngara: racional, lenta y oportunista; la germano-oriental, muy casera y cuidadosa, muy alemana en su detallismo legalista; la búlgara, muy burocrática, como está siendo la soviética, muy eslava en resumidas cuentas. La rumana es distinta.

La llamada revolución rumana no ha sido tan revolucionaria: ha habido mucha propaganda, y el remolino popular fue mucho

menor de lo que se dijo en un principio, como también fueron muchas menos las víctimas. Todo ha dado la impresión de haber sido muy preparado, excepto, posiblemente la tenaz resistencia de la *Securitate*, con la que sin duda no se contaba. Dicen los que deben saberlo que Ceausescu creyó hasta el último momento que iba a ser salvado por sus fieles, y que cuando repetía ante el tribunal que le juzgó y que, al parecer, se componía de tres hombres, uno, probablemente, ruso bilingüe de ruso y rumano, repetía constantemente, acercándose el reloj a la boca, que él sólo declararía ante la gran asamblea nacional y ante la clase obrera: el reloj podría ser un transmisor, y esa frase una consigna convenida. Todo esto, sin duda, acabará aclarándose. Lo que está claro es que el marxismo no ha acabado con el nacionalismo ni en Europa Oriental ni en la URSS, como estamos viéndolo palpablemente, a pesar de su idea fija de que, con el fin del capitalismo, el nacionalismo perdería su causa motriz. Europa Oriental y la Unión Soviética son ahora más nacionalistas que nunca; los reformistas soviéticos son en su mayoría paneslavistas. Todo esto puede tener nefastas consecuencias para la paz mundial.

Rumanía es un país nacionalista y lo ha sido todo a lo largo de su corta historia como país unificado. Los rumanos salieron de la primera guerra mundial, como los polacos y los húngaros, convencidos de su derecho a convertir su tierra en tierra de rumanos. En su idioma, y en su mente, la palabra *nacionalidad* se confunde con *ciudadanía*, y todo habitante de Rumanía debe ser, a su modo de ver, un rumano, cuando la realidad es muy otra: más de dos millones de húngaros, y bastantes alemanes, además de judíos y gitanos en buen número.

En el poco tiempo que llevan de relativa libertad política los rumanos, ya han brotado en el país síntomas, recogidos por la prensa mundial, de antisemitismo. La literatura rumana está llena de alusiones a judíos y gitanos. El *pogrom* de Iasi, achacado por historiadores cortesanos de Ceausescu a los Einsatzgruppen alemanes, fue en realidad obra de rumanos, y es una de las matanzas de judíos más aterradoras de la segunda guerra mundial fuera de las que ocurrieron sistemáticamente en los campos de concentración. Por otra parte, Antonescu se mostró comedido en su interpretación de las órdenes alemanas de persecución antisemita y, dentro de sus limitados medios y de las circunstancias con que tenía que lidiar, no se puede decir que se portara mal con los judíos rumanos. De Ceausescu se dice que en cierta ocasión prohibió toda mención de un hallazgo arqueológico: una sinagoga en un campamento militar romano, por temor a que se pudiese aprovechar la noticia para poner en duda la latinidad del pueblo rumano.

El nacionalismo rumano exacerbado tiene razones históricas: durante sus siglos de historia desunida, los rumanos han sido siempre sometidos y humillados por sus vecinos: primero los húngaros, luego los turcos, luego los austro-húngaros, luego los rusos, han ocupado y explotado insolentemente a Rumanía durante siglos. La explotación stalinista, de 1945 hasta 1960 o así, fue, probablemente, la más corta de todas. La memoria histórica de los rumanos nos les da pie a mostrar mucha generosidad con sus ve-

cinos, y la agresividad de la política nacionalista de Ceausescu tiene, si no justificación, sí explicación en una larga historia de tropelías y en un duro presente de despojos. Se habla rumano a todo lo largo de la periferia rumana: los rusos tienen Moldavia, los búlgaros parte de la Dobrudja, los yugoslavos parte del Banato. Hungría, un ribete de Transilvania, pero de Hungría hablaremos luego más largo y más tendido.

En lo que va de siglo Rumanía ha sufrido dos despojos mortales: el que le impuso Alemania en 1944, quitándole casi toda Transilvania y parte de la Dobrudja a cambio de efímeras compensaciones en territorio ruso, y el que le impuso la Rusia soviética al recuperar Moldavia contra toda justicia y basándose únicamente en su posesión anterior por parte de los zares.

No puede sorprender mucho, por lo tanto, que un país que ha sido títere de todos sus vecinos reaccione violentamente en cuanto se ve dueño de la casi totalidad de su territorio. Puede parecer injustificable, pero no incomprensible, y si consigo dejar bien en claro este punto, creo que ya habré hecho algo por un país tan mal conocido y tan injustamente tratado como es Rumanía, cuyos habitantes, indudablemente, se merecen mejor historia de la que han tenido.

Como contrapeso a este palpable nacionalismo exacerbado, racismo incluso en alguna ocasión, que informa la historia de Rumanía, hay que mencionar el hecho, muy poco tenido en cuenta, de que Rumanía no es un país latino, sino románico; esto ya lo apuntó Ramón de Rasterra en su estupendo libro *La Obra de Trajau* y lo mismo cabe decir de las demás provincias de la romanidad occidental como España o Francia, aunque, evidentemente, en menor medida que en el caso rumano.

Rumanía es un país eslavo-bizantino de cultura y formación política, y latino de idioma. El vocabulario estructural del idioma rumano, con la única excepción de la palabra cien, *suta*, de origen posiblemente eslavo, es latina, y su estructura sintáctica, con alguna excepción, por ejemplo: el uso del subjuntivo, que puede ser de influencia húngara y grecomoderna, también es latina. El vocabulario rumano es latino en un 60 % aproximadamente, con gran cantidad de galicismos; otro 60 % es de origen mayoritariamente eslavo, y luego húngaro, turco, germánico moderno y otros. El resultado da aproximadamente un 120 % de vocabulario, y esta anomalía es explicable por el gran número de casi sinónimos que tiene el idioma: es decir, parejas de palabras, generalmente latina y eslava, para gran número de significados: así, *veac* y *secol*, siglo; *popór* y *neam*, pueblo; *vie* y *podgorie*, viña y muchísimos más. Hay palabras, como el concepto *ciudad*, que tienen hasta cinco o seis términos, cada uno de un origen idiomático distinto.

Esta base lingüística indudablemente latina no se corresponde con un carácter nacional latino. En absoluto. El rumano moderno es un híbrido de eslavo y bizantino, con una capa de esmalte turco. Lleva el turbante en reserva y la puñalada trapera siempre a mano. Es el más complicado de los europeos orientales.

El más dúctil y sagaz, y posiblemente el más nacionalista, junto con polacos y húngaros, sobre todo los primeros.

Recordemos que, de toda la romanidad, o *Romanía*, como se llamaba en latín clásico tardío al ámbito romano, el rumano es el que menos tiempo pasó bajo la influencia directa de Roma: entre Trajano, conquistador de Dacia, y Aureliano *Manus ad Ferrum*, el que la abandonó, pasaron unos ciento cincuenta años, no siempre de control romano total, es decir, demasiado poco tiempo para romanizar a una población autóctona que, aunque indoeuropea, pertenecía a un grupo lingüístico distinto del latín: el grupo *satem*, por oposición al grupo *centum*, al que pertenece el latín. Antes de la conquista de Dacia por Trajano la población dacia al norte del Danubio ya estaba, con seguridad casi completa, enteramente romanizada, y esto es ya mucho, pero cabe pensar que en la retirada romana gran parte de la población pudiente, la más romanizada, se fuera con las legiones al refugio, más seguro, de Moesia o Iliria, o incluso a Italia.

Este es un punto de extraordinaria importancia para el análisis de las relaciones húngaro-rumanas, y de él hablaremos a continuación. Es preciso subrayar que de todas las provincias latinas del imperio romano Rumanía es, histórica y socialmente, la menos latina, aunque, paradójicamente, la más latina desde el punto de vista lingüístico. Esta paradoja es, en cierto modo, simbólica de Rumanía: una paradoja viva y tangible, un verdadero enigma histórico, como dijo el gran historiador francés Ferdinand Lot después de estudiar a fondo su historia y su cultura.

Rumanía ha sufrido por causa de tres locos egregios: Carol II, Mihai Antonescu y Nicolae Ceausescu. El primero pervirtió por completo todos los valores políticos, reduciéndolos al dinero y a su goce inmediato, con lo que preparó el terreno de manera ideal a la dictadura militar y a su consecuencia inevitable: la toma del poder por los comunistas, inaugurando así uno de los períodos más negros de una historia como la rumana, rica en períodos negros.

El segundo gobernó honradamente según sus luces, que no eran muchas. En todo momento estuvo convencido de que él era el jefe de Rumanía, cuando su régimen estaba teledirigido por la Alemania nazi. Antonescu recibió órdenes de Hitler y cuando pensó ir a decirle que la alianza germano-rumana se había acabado era demasiado tarde y las órdenes ahora llegaban de Stalin, con quien Antonescu, a pesar de todo su optimismo, no podía negociar. Condenado a muerte, Antonescu hizo, según parece, un viaje a Moscú, llamado por Stalin, que quería conocerle, y volvió a Rumanía para ser ejecutado; en el momento de disparar, el cámara que iba a filmar la ejecución resultó no tener película, y hubo que aplazar las descargas hasta que se la trajeran, hecho lo cual el pelotón disparó y Antonescu murió con la misma dignidad con que había vivido, probablemente tan alejado a la realidad como durante su breve período de pseudogobierno de un país sin futuro.

Nicolae Ceausescu inició su período de gobierno con gran flexibilidad y una cierta dosis de liberalismo, inaugurando un pe-

río de relativa independencia en política exterior para el que su antecesor, Gheorghiu-Dej, había preparado el terreno, y que, según algunos, estaba pactado con Briesniev, que así podía señalar a Rumanía como ejemplo claro de independencia política dentro del bloque soviético. Además, esta independencia estaba basada en una estricta ortodoxia interna que quitaba a los rusos los pretextos de intervención que les dio Dúbcek. Ceausescu se fue volviendo inflexible y arbitrario con el uso indiscutido del poder, al contrario que Janos Kádár en Hungría, y acabó palpablemente enajenado, decidido a borrar la cultura y las tradiciones de Rumanía por medio de un plan de «sistematización» de aldeas, es decir, convertir el campo rumano en una serie de centros agro-industriales previa destrucción de las aldeas y sus monumentos centenarios y su folclore; es curioso que este plan retrógrado, desacreditado ya por la práctica en la Unión Soviética, se iniciara con aldeas húngaras transilvanas, lo que le da un indudable matiz nacionalista e incluso racista. También cerca de Bucarest se echaron abajo algunas aldeas, construyendo en su lugar feos bloques de pisos, muchas veces con retretes y baños y restaurantes comunales en la planta baja so pretexto de que ésa era *la manera moderna de vivir en el campo*.

La paradoja viva que es Rumanía se refleja, por tanto, en paradojas humanas en su centro mismo. Un país que, en buena lógica histórica, no debiera existir, cuya lengua deslumbrantemente latina es como un faro en medio del mar eslavo y ugrofínico, hablada por una población híbrida de diez razas en la que el ingrediente latino, si lo hay, es ínfimo, rodeado de enemigos que le han humillado, diezmado, explotado y esclavizado durante siglos, parece lógico que sea gobernado, en momentos clave de su historia, por gente totalmente ajena a la realidad y al buen sentido.

La historia rumana está presidida por dos obsesiones: los turcos y los húngaros. La primera es un odio platónico, la segunda un odio físico. En el idioma rumano ha quedado un dicho: ¿Es que vienen los turcos?, usado para preguntar a alguien por qué tiene tanta prisa. Pero no es sólo Rumanía, es toda Europa Oriental territorio de obsesiones: Hungría y Bulgaria son visceralmente anti-turcas, sobre todo la primera; Polonia y Checoslovaquia, sobre todo también la primera, antirusas; Rusia, antichina... Ante esto, la obsesión húngara contra Rumanía y rumana contra Hungría parecen poca cosa. Alguien calculó que de cada diez húngaros quince son antirumanos, y de cada diez rumanos veinte son antihúngaros.

Todo el viejo rencor rumano a las humillaciones centenarias se concentra en la pasión antihúngara por la larga colonización: mil años, a que los húngaros sometieron a Transilvania, desde el siglo diez, con su llegada a Europa y su afincamiento en la antigua Pannonia romana, hasta el siglo veinte, cuando el tratado de Versalles desmembró a la Hungría de siempre, quitándole Croacia, y otros territorios actualmente yugoslavos, Eslovaquia, y el florón de su corona: Transilvania; y sin embargo los húngaros actuales no tienen nada contra Checoslovaquia, donde ahora está Eslovaquia, o contra Yugoslavia, donde está ahora Croacia; su rencor, curiosamente, se concentra en Rumanía, mientras todas las humillaciones

sufridas por Rumanía a manos de Rusia, Turquía, Bulgaria, Serbia, se suman ahora en un odio concentrado a Hungría. Cuando Hungría recuperó pasajeramente gran parte de Transilvania por donativo de Hitler, la política húngara de magiarización fue brutal; cuando los rumanos volvieron a recuperar Transilvania por donativo de Stalin, su política de rumanización volvió a ser, como antes de la segunda guerra mundial, más burocrática que violenta, a pesar de que los rumanos no se quedan a la zaga de los húngaros en brutalidad cuando llega el caso; pero en Transilvania, objetivamente, su política ha sido siempre de brutalidad o arbitrariedad si se prefiere, administrativa, burocrática, no física. Hubo un momento, bajo Briesniev, en que se habló de la posibilidad de que los rusos accedieran a las urgencias húngaras y dieran independencia a Transilvania, con lo que Hungría podría intervenir políticamente con tratados de cooperación económica y, apoyada por su quinta columna de más de millón y medio de húngaros transilvanos, acabar anexionándose el territorio, pero no hay prueba alguna de que tales rumores tengan otra base que los deseos de quienes los propalaron. Son indicio, sin embargo, de que la crisis rumano-húngara sigue viva. Yo he podido comprobar en Budapest y Bucarest el alcance de este odio recíproco, que bajo Ceausescu se tradujo en mil prohibiciones y cortapisas a los derechos minoritarios de los húngaros; sobre todo en el terreno cultural. *Nosotros* —me dijo un húngaro transilvano en Sibiú— *sólo queremos que el gobierno rumano nos trate igual de mal que a los demás rumanos.*

Es un odio recíproco que ya observó Ramón de Basterra en 1918, y que en la Rumanía de Ceausescu se tradujo en una obsesiva prohibición del aborto y de los medios anticonceptivos para aumentar lo más rápidamente posible la población del país, a fin de formar un ejército fuerte con el que hacer frente a la inevitable guerra rumano-húngara en cuanto la Unión Soviética retire su mano protectora de Europa Oriental, situación que hace unos años parecía imposible, pero que ahora ya se vislumbra. *Y entonces, dicen los rumanos, volveremos a entrar en Budapest.* Los húngaros prefieren no decir nada, pero añoran ardientemente lo que ellos llaman *nuestra Transilvania.*

Cuando, en los años veinte de este siglo, el poeta y político rumano Octavian Goga y el poeta húngaro Endre Ady hablaban de crear una comunidad danubiana cuyo núcleo sería rumano-húngaro y que, en definitiva, equivaldría a una reconstrucción del viejo imperio austro-húngaro, ambos sabían perfectamente que estaban pidiendo lo imposible. La larga enemistad húngaro-rumana, avivada por la anexión de Transilvania a Rumanía, sólo podría desembocar en guerra abierta, como había ocurrido, de hecho, pocos años antes cuando Bela Kun entró en Transilvania por la fuerza y los rumanos ocuparon efímeramente Budapest. Y como ocurrirá de nuevo en cuanto ambos países se vean en plena libertad de hacerlo.

A comienzos del siglo XIX se popularizó en Austria-Hungría una teoría sobre el origen de los rumanos que ha prosperado sobre todo en Hungría. Su iniciador, el erudito austríaco Robert Roessler, afirmaba que los rumanos actuales no son descendientes

de la población más o menos romanizada que se quedó en Dacia al abandonar esta provincia las legiones romanas, hacia el año 275 de nuestra era. Esto, de ser cierto, significaría que los húngaros ocuparon una Transilvania a la que los rumanos actuales no tendrían ningún derecho.

La teoría de Roessler es indemostrable, y no creen actualmente en ella más que periodistas y políticos. Ningún estudioso serio la apoya sin reservas o con absoluta certidumbre. Profesores húngaros como László Makkai o el recién fallecido Andras Mocsy se muestran favorables a ella y aducen sus razones, pero se abstienen de afirmar con seguridad absoluta que no hubiese protorumanos en Transilvania en el siglo IX, cuando llegaron allí los primeros magiares.

Políticamente, sin embargo, esta teoría es un arma ideal para justificar la colonización de Transilvania y reivindicar su territorio a pesar de que su población rumana es abrumadoramente mayoritaria. El profesor húngaro Srörgy Györffy me dijo a mí con toda seriedad que la sorprendente multiplicación de los rumanos de Transilvania a partir de cero en el siglo X u XI, hasta casi diez millones en el XX, se debió a tres razones: que no iban a la guerra como los húngaros, que vivían en casas más sanas que las de los húngaros y que eran más fecundos que éstos porque bebían mucha leche de oveja. Realmente, esta no es manera de hacer o explicar historia, y aquí no disponemos de espacio para presentar con detalle los pros y contras de la teoría de Roessler. A mí me parece evidente que los húngaros, al llegar a Transilvania, se encontraron allí con una población latinoparlante, esto es: protorumanos, refugiada en los montes y poco dada al ejercicio de las armas; esto, por sí sólo, justifica el derecho a ese territorio de sus descendientes, pero, aún cuando así no fuese, es pintoresco que los húngaros, como quien dice, recién llegados a Europa de las estepas asiáticas, quieran hacer valer sus derechos a un territorio habitado, en el peor de los casos, por descendientes de los habitantes de las tierras romanas del sur del Danubio, más cercanas sin duda a la actual Rumanía que el desierto de Gobi, de donde ellos proceden.

La teoría de Roessler, utilizada por eruditos mediatizados y por simples propagandistas y mistificadores, fue y sigue siendo un eficaz veneno político. En Budapest he oído yo a un poeta húngaro importante, hombre culto e inteligente, exponerme esa teoría, algo modificada, como prueba del entuerto que se ha hecho a Hungría al privarla de Transilvania, y raro es el húngaro de más de cuarenta o cincuenta años que no se hace eco de estos sentimientos. El eco que puedan tener en la población húngara más joven es cosa que no sé, pero cabe pensar que un cierto porcentaje de los húngaros jóvenes sean tan irredentistas como sus mayores.

Rumanía acaba de pasar uno de los períodos más trágicos de su historia: los casi cincuenta años de un sistema político, social y económico que la ha llevado al borde mismo de la ruina, y del que ahora va a tener difícil salida. Una tiranía social e ideológica cristalizada en el poder de un clan y una casta beneficiaria de

todos los bienes, recursos y esfuerzos de una nación esclavizada en el sentido más literal del término.

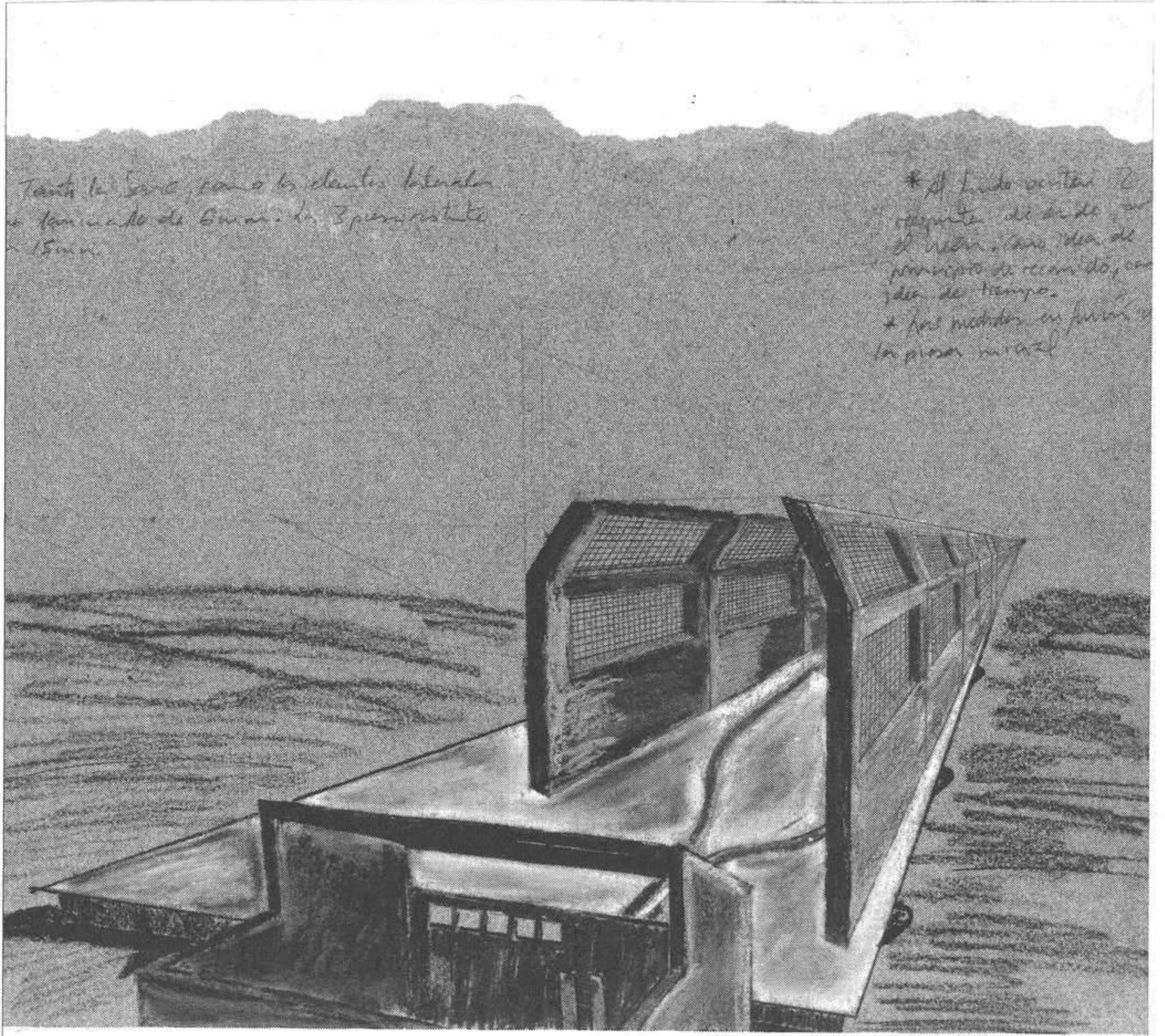
Durante ese tiempo el matrimonio Ceausescu se paseó por el mundo, honrados por todos, desde la reina de Inglaterra, que le dio el título de «Sir», hasta los estadistas de Francia y Alemania, el presidente Carter, que le dio privilegios comerciales, Mao Tsedong y Chu Enlai. Ella, supuestamente gran química, fue árbitro de la ciencia rumana sin haber descubierto ni manejado con autoridad una sola fórmula química; hacía escribir sus libros a negros egregios que recibieron privilegios de todo tipo a cambio de su trabajo anónimo que todo Bucarest comentaba. Pasaba oficialmente por «sabia de fama mundial» y era académica de ciencias, mientras los hospitales rumanos se cerraban a los mayores de sesenta años, la inscripción de los niños había de esperar a los seis meses de su nacimiento para reducir artificialmente el altísimo porcentaje de mortalidad infantil y las aspirinas se vendían en Bucarest en el mercado negro a mil pesetas la píldora.

En un país tiranizado, hambriento y vigilado, el libro se convirtió en casi la única fuga de la realidad: la censura era tolerante y las ediciones ingentes, aunque el papel fuera malo y la encuadernación endeble. En las ciudades casi a oscuras y en las casas casi sin calefacción, se leía a diario en la prensa que aquella era *la era más brillante y cálida de la historia rumana: la era Ceausescu*. De cada cuatro rumanos uno era confidente del régimen y en Rumanía se evitaba la política como tema impropio de conversación entre gente educada.

El régimen de Ceausescu se obsesionó por planificar, electrificar, industrializar, pero no había ni calefacción, ni bienes de consumo, ni electrodomésticos; se sistematizaba la agricultura, y no había otra cosa que patatas en el mercado. El dictador suprimió frenéticamente todo conato de mercado libre: acabó con las pequeñas parcelas campesinas, y sólo permitió algunas pequeñas cooperativas urbanas, como restaurantes y boites.

Al final de su vida, aunque había comenzado con relativo liberalismo y cierta capacidad de diálogo, el régimen se volvió dogmático, teológico, hierático. Pero se derrumbó al primer conato de auténtica oposición, quedando el dictador con la palabra en la boca ante una muchedumbre que le abucheaba.

Algún día se estudiará el final de la dictadura de Ceausescu y se verá en qué medida estaba todo preparado cuidadosamente desde Moscú, y en qué medida el actual régimen tiene otras apetencias que la simple continuidad en el poder. El poder por el poder. Que todo cambie para que todo siga igual. Yo temo que Rumanía parirá con dolor su democracia, y que la situación actual derivará hacia un despotismo liberal e ilustrado o acabará en una nueva revolución o una intervención del ejército rumano, la única fuerza del país que sigue siendo relativamente limpia y homogénea y cuyo prestigio continúa relativamente incólume después del descrédito total en que ha caído el partido comunista.



Tanto la Sala, como los clientes tolerantes
se terminan de construir. 3 personas
15 min

* Al Lindo verter 2
requiere de un...
el nivel, una idea de
principio de recorrido, con
idea de tiempo.
+ las medidas en función de
la presión natural

RUMANIA: REVOLUCION, HORA CERO

Jorge Uscatescu

Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid

No podría yo eludir en este lugar, la evocación de una gran figura muy ligada a la presencia de Rumanía en España. Me refiero a Ramón de Basterra, ilustre diplomático, escritor, ensayista e historiador, bilbaíno de pura cepa, de firmes convicciones. Iniciar un discurso actual y en gran parte de tintes dramáticos, referente a los últimos acontecimientos en que se ha visto envuelto el pueblo rumano y están sin duda destinados a cambiar radicalmente su rumbo histórico después de medio siglo de sufrimientos y degradaciones, con la presencia en Rumanía de Ramón de Basterra, significa en buena parte proyectar el destino mismo del pueblo rumano en su propia historia y en una perspectiva que parece lejana comparada con su situación actual.

Ramón de Basterra era un joven diplomático español destacado en Rumanía con la misión de su país en plena primera guerra mundial. Rumanía había entrado en guerra con la esperanza y decisión firme de acabar después de generaciones, de sacrificios y esfuerzos su integración territorial y su plena unidad nacional. Atacada por las potencias centrales, Rumanía se había reducido a un territorio mínimo y los reyes Fernando de Hohenzollern Sigmaringer y la reina María, y el gobierno conducido con mano firme por Juan Bratianu, se habían refugiado en la ciudad moldava de Iassy. Basterra se encontraba allí. Vivía en pleno la tragedia de un pueblo que luchaba heroicamente y en poco menos de un año asiste a las gestas heroicas del Ejército y del pueblo rumano y a la creación de la Gran Rumanía. La integración de Besarabia, Bucovina y Transilvania al Reino de Rumanía. Todo un patrimonio de aspiraciones históricas hechas realidad. En estas condiciones concibe y escribe Basterra su bellissimo libro, todavía fresco y actual titulado *La obra de Trajano*. En ella proyecta sobre la gestación histórica del pueblo rumano, la figura instauradora del gran emperador hispano romano. Traza los rasgos generales de la historia de la nación rumana, sus avatares, analiza su cultura, re-

salta la latinidad de su lengua y de sus valores temperamentales. Reactualiza las etapas más importantes de la historia de este pueblo latino de Oriente europeo y traza los momentos de su historia moderna, de su cultura, de sus dificultades políticas y de sus personalidades más destacadas.

La imagen que Basterra ofrece de Rumanía y del pueblo rumano en los comienzos de los años veinte de este siglo, nos ofrece un marco real y nada convencional, para analizar las circunstancias de la gran Revolución del pueblo rumano en vísperas de Navidad de 1989 y brindar a estos singulares acontecimientos una comprensión lo más adecuada posible. El gran pecado de nuestra época, señalado como tal por Ortega y Gasset, es el de vivir *sub specie instantis*. Por ello, cualquier posibilidad de considerar el acontecer histórico en un conjunto global de circunstancias históricas aparece como la única destinada a brindar una explicación adecuada y prever en la medida de lo posible los acontecimientos futuros. La Rumanía salida de la Revolución de diciembre aparece ahora mismo como una realidad caótica, donde conviene reconstruir todo o casi todo desde sus fundamentos. En el momento en que la ocupación rusa y la instauración del comunismo se producen con las consecuencias que se conocen en Rumanía, el Estado moderno rumano apenas tenía un siglo de vigencia. En enero de 1859, los históricos Principados de Valaquia y Moldavia se unen bajo el mando del Príncipe Alejandro Juan Cuza. La guerra de Crimea y el tratado de París que pone condiciones a una Rusia de Nicolás I derrotada, hacen posible una coyuntura política europea que brinda la ocasión de dar el primer paso hacia la unidad rumana.

En 1866 Cuza es sustituido por un Príncipe alemán, Carol de Hohenzollern Sigmaringen, instaurador de una dinastía rumana que se mantiene en el trono hasta el rey Miguel I, cuya figura recobra actualidad desde su exilio de Versoix (*Suiza*) en las actuales circunstancias. Con el sucesor de Carlos I, el rey Fernando, tras la Primera Guerra Mundial, Rumanía alcanza como se ha dicho su plena unidad. Se crea la Gran Rumanía soñada por el poeta nacional Mihai Eminescu entre el Niester y el Tissa, entre el Danubio y las fronteras de Polonia. Durante veinte años Rumanía es un país que fortalece su conciencia nacional. Se establece una vida democrática donde las libertades son respetadas y practicadas. Se realizan bellas integraciones políticas y diplomáticas. Rumanía está presente con dignidad en la Sociedad de Naciones y en la fundación de la Pequeña Entente (con Yugoslavia y Checoslovaquia). Culturalmente se consigue uno de los períodos más fecundos de la historia rumana. La producción literaria y artística, los valores de originalidad estética de la creación de esta época son y serán un modelo. La misma Rumanía comunista destructora de valores vivirá de la continuidad de aquella época y sus personalidades. Dos etapas hay en esta Rumanía comunista. Una etapa Dej y otra Ceausescu. La primera estrictamente estalinista. La segunda se inicia y aparece al principio como una distensión popular y aceptada, recordando los años de terrible represión stalinista (1948-1963) ordenada en toda Rumanía por los agentes de Moscú y su feroz instrumento rumano de terror y muerte, en las cárceles repletas, en el canal Danubio-Mar Negro y en sin número de campos de

horror reeducativos como el de Pitesti de terrible memoria. Tanto ganó en aquellos años Ceausescu las simpatías de la población y de algunos intelectuales, que alguno, como el exiliado Mircea Eliade, en una entrevista de los primeros años del setenta en la revista *Lucafarul* de Bucarest, llegó ingenuamente a pedir ... «el premio Nobel de La Paz para Ceausescu». Pero a partir de 1973/74 la situación vuelve a los cauces stalinistas en Rumanía. El modelo fue Breznev, gradualmente superado. Al poder omnímodo del nuevo dictador que había ido apartando cualquier sombra de *troika* en compañía de antiguos dirigentes, se une el de su mujer, Elena Petrescu, que nunca había tenido cargos de relevancia, a pesar de haber sido, como su marido, vieja militante del partido, desde la adolescencia, y del clan familiar, hermanos, hijos, cuñados, que ocupan cargos importantes en el Estado y el partido. El moderado primer ministro George Maurer, es excluido y las purgas de los altos cargos no puramente familiares son continuas hasta el final. No hay oposición interna, ni disensión, ni nada. Todo está controlado en forma férrea por una policía secreta personal y órganos de Seguridad en gran escala, fruto de una casta decidida a aumentar cada vez más su poder exclusivo y sus beneficios materiales. Así, hasta la catástrofe y el holocausto final, cuando todo un pueblo de desheredados está dispuesto al último sacrificio por el pan y la libertad.

Pero es preciso intentar en lo posible seguir el proceso y el drama rumano desde el principio. ¿En qué fecha se puede establecer este principio? Hay, sin duda, una fecha capital, fuente objetiva de todos los desastres internos de una nación, proyectada naturalmente en la gran coyuntura internacional y sus avatares durante medio siglo. Estamos en diciembre de 1937. El rey Carol II de Hohenzolern Sigmaringen, el tercero de una dinastía que había forjado una Gran Rumanía que alcanza su plena unidad de gentes y territorio de la misma lengua y la misma cultura en 1918, inicia una trayectoria que en el espacio de menos de tres años le convierte en un antecesor de Ceausescu. Aventurero, rey de opereta, traído del exilio donde lo había relegado su propio padre, por unos dirigentes políticos sin visión de futuro, el rey Carol accede al trono rumano en junio de 1930. Desde el primer momento persigue aprovecharse personalmente de la lucha entre los partidos políticos para su deterioro y pulverización. Con todo, la democracia rumana existía y se manifestaba eficazmente. En diciembre de 1937 el mandato del partido liberal encabezado por el primer ministro George Tatarescu, termina. Son convocadas elecciones generales. Ante el peligro de que estas elecciones fueran «manipuladas» por el rey y el partido en el poder, el nacional liberal, tiene lugar un pacto de «vigilancia» común entre Julio Maniu, jefe del partido nacional campesino y Cornelio Codreanu, en nombre del partido *Totul pentru Tara* (Todo por la Patria-Guardia de Hierro). Ambas organizaciones obtienen la mayoría y el rey, invocando el «peligro fascista», anula los comicios, para instaurar una dictadura personal, también al estilo «parafascista», con un partido único Frente del Renacimiento Nacional con el rey como jefe, con uniforme y saludo romano, imitando el ejemplo de su cuñado el rey Alejandro de Yugoslavia, asesinado en 1934 en Marsella. Se abroga la Constitución democrática del 1923 y en marzo de 1938 Carol somete a plebiscito una nueva

Constitución dictatorial, suprimiendo todos los partidos políticos, plebiscito que obtiene el 99% de los votos, obligatoriamente emitidos. El rey recluta sus colaboradores de los tráfugas de los partidos políticos. Su instrumento principal es Armand Calinescu, del partido campesino. Maniu es recluso con domicilio obligatorio. A Codreanu se le procesa por «alta traición» y algunos meses más tarde es asesinado junto a trece compañeros en el traslado de una cárcel a otra. Todos los dirigentes de la Guardia de Hierro son encarcelados o muertos. Algunos miembros de esta organización matan en septiembre de 1939 al primer ministro Armand Calinescu. En represalia, el rey manda asesinar en las cárceles a unos centenares de dirigentes de esta organización y a miembros de la misma cuyos cadáveres son expuestos en las plazas públicas. Casi inexistente en este período, el partido comunista no sufre persecución alguna. Algunos simpatizantes suyos, como el sociólogo Mihail Ralea, son ministros en el Gobierno de Carol. Mientras tanto, la situación internacional se complica. Carol navega entre las alianzas con las democracias occidentales y los intentos desesperados por conquistar las simpatías de Hitler a quien visita en Barchtesgaden en noviembre de 1938. Buena parte del petróleo rumano va a Alemania. El pacto germano-ruso de agosto de 1939 viene a complicar todavía más las cosas. En los acuerdos Hitler-Stalin se prevé ya la cesión de la Besarabia rumana a los rusos. Estos la ocuparán en junio de 1940, agregándose por cuenta propia, sin protesta alguna de Hitler que ya tenía in mente la guerra contra la URSS, la Bucovina rumana del Norte y el territorio del Hertza.

Pero la catástrofe rumana, preparada en gran parte por la dictadura de Carol, no termina aquí. En el verano de 1940 el *Diktat* germano italiano de Viena concede a Hungría una cuña notable en el territorio rumano de Transilvania. Para integrar en Hungría a la minoría húngara del centro de Transilvania, gran parte de un territorio poblado de rumanos es cedida también. Los acuerdos de Craiova ceden a Bulgaria la región del Cuadrilátero, al sur de la Dobrugia, entre el Danubio y el Mar Negro.

Carol cae él mismo en septiembre de 1940, abdicando a favor de su hijo Miguel. El poder real lo asume el general Antonescu, con el título de *Conducator* en colaboración con lo que quedaba de la Guardia de Hierro. Se inicia una estrecha colaboración con Alemania. En enero de 1941 Antonescu, con el consentimiento de Hitler, elimina a la Guardia de Hierro del Gobierno y en junio del mismo año entra en guerra contra Rusia al lado del Eje. La oposición democrática rumana encabezada por los jefes del partido liberal y el partido campesino, Bratiano y Maniu, piden a Antonescu que las tropas rumanas se detengan una vez conquistada Besarabia y Bucovina del Norte. Cosa de todo punto imposible en aquellas circunstancias, de modo que Rumanía sigue en guerra hasta agosto de 1944, cuando, con los rusos avanzando hacia el corazón del país, el rey Miguel y los reconstituídos partidos políticos «históricos» (liberal, campesino, social demócrata y —agregado por fuerza de los acontecimientos— un partido comunista constituido por poco más que mil militantes) firman un armisticio con los rusos y las Potencias aliadas. Los rusos y sus colaboradores improvisados se instalan en Rumanía. Son años te-

ribles. Antonescu y sus principales colaboradores son presos, procesados, condenados y ejecutados.

RUMANIA:
REVOLUCION, HORA CERO

En una carta reciente del autor del libro sobre Antonescu, éste nos comunica con sana cortesía que el material fue buscado por él y sus colaboradores en los archivos rumanos, la misma persona anuncia la inminente aparición de un libro titulado: *Veinte años de contactos con Ceausescu*.

Los gobiernos de la transición —1945-1947— y el rey Miguel no pueden detener la voluntad rusa de someter a Rumanía a un partido comunista improvisado. Debido a esta situación específica una realidad singular y paradójica será la realidad rumana en los últimos cuarenta años. Nunca hubo allí comunistas fieles a un líder social. El nacionalismo rumano, al ser el comunismo la imagen de una Rusia siempre amenazante de la existencia del pueblo rumano, hizo imposible un partido comunista en Rumanía. Fue precisamente un a posteriori, de Ceausescu mismo quien lo inventara y se reinventara a sí mismo y a su mujer «héroes socialistas» a los quince años. Toda una historia inventada *a rebours*. Proyectada hacia atrás desde una actualidad desoladora y sin esperanza. Pero recojamos el discurso desde mediados de los años cuarenta. Hambre, desolación y muerte. En vano el rey Miguel y los resucitados efímeramente partidos políticos intentan poner freno a los desmanes. En las elecciones de 1947, los partidos democráticos obtienen el 80% de los votos. Vishinsky amenaza en Bucarest, los mariscales rusos amenazan, el escaso grupo de comunistas llegados en los tanques rusos buscan instrumentos de la vieja política que utilizan para anular toda oposición. Uno de estos instrumentos es Petru Groza, elegido Presidente de una República Popular rumana al abdicar bajo amenaza directa el rey en diciembre de 1947. Durante el período de la transición, a saber, entre 1945 y el 1948, la escoria social rumana se precipita a engrosar las filas de un partido comunista en artificial gestación. Esta artificial gestación crearía, ya para siempre, como decíamos, una situación singular y paradójica para el llamado comunismo rumano. Esto hará imposible una disidencia interior. Faltan, con la excepción sola del de Lucrecio Patrascanu, intelectual comunista entre pocos, procesos de «purgas» interiores en Rumanía, a semejanza, a partir de la rebelión de Tito en Yugoslavia, el proceso Rajk en Hungría, el proceso Slansky en Checoslovaquia y algo más tarde la persecución de Gomulka en Polonia. Ni en esta primera etapa, ni después, ni a la muerte de Dej, ni a lo largo del imperio de Ceausescu, jamás hubo prácticamente rebeldes comunistas, renovadores o idealistas en Rumanía. La falta absoluta de un comunismo histórico hizo imposible la aparición de una disidencia interior, la única posible en otros países del Este satelizado.

Algunos elementos de la vieja clase política rumana, alguno de segunda fila como Groza, que nunca formó parte oficialmente del partido comunista, pero fue impuesto por Stalin consciente de la debilidad del «partido» en Rumanía, o el antiguo Primer Ministro liberal Tatarescu, el profesor Ralea, Iorgu Iordan, filólogo romanista de renombre, antiguo presidente del frente antifascista rumano, un escaso número de intelectuales de

segunda fila con la excepción del novelista Mihai Sadoveanu, Presidente de la Asamblea Nacional en los años cincuenta, crearon un conglomerado exterior para que los servicios rusos crearan sus propios instrumentos de acción y gobierno en Rumanía. Fue también Stalin personalmente el que decidió la jefatura del partido en los años 51-52. Dos grupos se habían formado una vez liquidada por completo la oposición democrática. De un lado el viejo comunista rumano, el ferroviario Jorge Gheorghiu Dej, encarcelado desde 1934 hasta 1944. De otro los hebreros Ana Pauker, famosa por su virulencia y fidelidad a Stalin (durante las «purgas» de Moscú denuncia a su propio marido que es fusilado y en Moscú tiene un hijo natural de su unión con Maurice Thorez), Vasile Lukáes y Kishinevsky. Los cuatro son convocados en Moscú por Stalin a principios de los años cincuenta, el cual declara: «El partido es muy débil en vuestro país y los instintos nacionales muy fuertes. No conviene que la dirección pertenezca al grupo hebreo. El jefe será el rumano Dej». Esto hará que en torno a Dej flote un cierto aura de nacionalismo, hecho que no le impedirá ejecutar al «nacionalista» Patrascanu, comunista de vieja data y beneficiario de cierta simpatía por su actitud crítica contra la ocupación cruel y despiadada, destructora de todo el patrimonio material y moral rumano, tres años después de la muerte de Stalin, cuando Krushov ya había iniciado cierta desestalinización en Rusia.

Tres etapas presenta el proceso de sovietización-stalinización y, en suma, comunización de Rumanía. Una etapa que corre desde el 1948 hasta el 1956, a raíz del discurso de Krushov denunciando en parte los crímenes de Stalin. Una etapa que va desde esta fecha hasta la muerte de Dej y la llegada de Ceausescu. Esta segunda etapa tiene un pequeño respiro entre 1956 y 1959. En esta última fecha, Dej desencadena una nueva ola de terror y detenciones en masa de supervivientes, enviados al Canal del Danubio y a las cárceles que habían llenado de espanto a todo el pueblo en la etapa anterior. Todo se suaviza a partir de dos años antes de la muerte de Dej, que deja tras sí otras dos conquistas además de una amplia evacuación de las cárceles: el abandono de las tropas rusas de ocupación, además la de convencer a Krushov para que renuncie a su plan de convertir a Rumanía a un nuevo Plan Morgenthau (país dedicado exclusivamente a la agricultura en el contexto de los países del Pacto de Varsovia) y lanzar a Rumanía a un proceso de rápida y en parte precipitada y costosísima industrialización. La tercera etapa pertenece al reino y los reinos de Ceausescu. Esta tercera etapa tiene a su vez dos períodos bien distintos. El período que llamábamos con breve metáfora histórica el *quinqueniun Neronis*, con reales repercusiones en la sensibilidad nacional, la creación cultural y en buena parte en la economía. Y el largo triste período en el cual Ceausescu y su clan dominan, pero su prestigio internacional es creciente. De Gaulle y Nixon lo visitan en olor de multitudes. El matrimonio Ceausescu se paseó por el mundo, honrados por todos, desde la reina de Inglaterra hasta los estadistas de Francia y Alemania, el Presidente Carter, Mao y Chu en Lai. América le brinda la cláusula de nación favorecida. Él recibe las mayores condecoraciones del mundo. Su esposa es nombrada académica de todas las instituciones de prestigio y doctora honoris causa de un sinfín de Universidades. Como

los personajes de Pirandello, es normal que, ante el Tribunal que dictaría la sentencia final, ya consumado el holocausto del pueblo rumano, la pareja acostumbrada a tantos halagos reaccionara consternada. Él.: «*No reconozco este tribunal. Quiero comparecer ante la Asamblea*» (Esta Asamblea le había ovacionado hasta cincuenta veces un mes antes y le había reelegido por unanimidad.) «El pueblo está conmigo. Sólo un puñado de traidores están contra mí». Ella: «¿Cómo podéis hablar así a una Académica?» Olvidando que, «científica» poderosa, no había escrito una sola página y no había descubierto ni manejado con autoridad una sola fórmula química. El Premio Nobel rumano-americano George Palade iba todos los años a Bucarest para dirigir un Instituto de Investigación y estuvo presente con todos los honores en la recepción que los Carter dieron a los Ceausescu. El pasado verano, Palade, en Bucarest, declaraba a la Revista *Tribuna Romaniei* que estaba «*muy satisfecho de una ciencia rumana muy avanzada*». En un momento en que los hospitales estaban en el mayor abandono, los laboratorios carecían de todo tipo de material y nuestro fraternal amigo, el doctor Constantin Velican, cardiólogo de fama internacional, moría en Bucarest de leucemia, enfermedad para la cual nos había pedido durante meses medicinas porque en su país «*no había absolutamente nada*».

Etapas y períodos distintos de una tragedia única. De una grandeza y un heroísmo único (grandeza, heroísmo, tragedia). Sin un instante de verdadero respiro. Grandeza en la resistencia armada, una de las más fuertes y sacrificadas de la Europa del Este, entre los años 1948-1955. Miles de caídos en la resistencia de los montes y pueblos rumanos. Toda la gran clase política diezmada en las cárceles: Maniu, Bratiano (Dinu y George, famoso historiador), Mihalache, Tigel Petrescu, universitarios, artistas e intelectuales perseguidos hasta la muerte o la degradación: Alexandru Marcu, Mircea Vulcanescu, Demetrio Caracostea, Lucian Blaga, Tudor Arghezi, Jon Barbu, Vasile Voiculescu, George Bacovia. Decenas, centenares de miles, preludio escalofriante del holocausto final, si es que de holocausto final se trata en la tragedia que parece sin fin de un pueblo digno de mejor suerte. Tras todo esto se pregunta uno, como se preguntaba Joseph De Maistre a raíz de la revolución francesa, en un agudo análisis «desde fuera»: ¿Dónde está la realidad rumana como nación? ¿Qué ha ocurrido con la sociedad rumana, la cultura rumana, incluso la economía y la creación de cuadros científicos y técnicos, en este grave y largo tiempo de angustia? ¿Ha podido apelar esta realidad tremenda y alerta a la famosa *Astucia de la Razón (List der Vernunft)* hegeliana, que tantas veces ha podido salvar a los pueblos en tiempos de angustia? ¿Cuál es, en definitiva, el balance? ¿Se puede hacer con todo un balance pese a la marea destructora de antes y durante Ceausescu y que con Ceausescu culmina? ¿La realidad es sólo el paisaje desolador que los corresponsales percibían a finales de un diciembre trágico sobre las ruinas humeantes de los viejos palacios del centro de Bucarest, Timsoara, Sibiu, Brasov, Cluj y Arad?

Veamos las cosas por partes. Primero la cultura. ¿Qué ocurrirá con la cultura, ya destruida la Biblioteca Central Universitaria, en el centro de Bucarest, la más rica del país, cuyos directores con

gran valentía personal habían recibido casi todos los libros de fuera durante los últimos años? Fue el centro de largo refugio y formación en la adolescencia de uno mismo y de otros miles y miles de jóvenes durante generaciones, hasta el triste día navideño de su destrucción. La cultura sufrió la máxima embestida de las primeras etapas stalinistas en Rumanía.

Se deformó la historia rumana. Se atentó contra la lengua rumana. Se mutilaron las obras de los escritores clásicos más relevantes. La creatividad fue reducida a cenizas. Se publicaron solamente textos comunistas o prorrusos. Los directores de las Editoriales fueron los sátrapas más temidos. Sus víctimas, grandes escritores libres en vida y escritores del pasado. Uno de estos escritores en los lejanos años 50-60 fue Walter Roman, que tuvo en aquella época, por sus lazos con España, frecuentes contactos con el Instituto de Estudios Políticos de Madrid y conmigo mismo. Otro fue Petre Dumitriu, hace tiempo refugiado a su vez en Alemania, novelista famoso, actualmente colaborador de una importante Editorial de Frankfort. Pero con los años 60 la cultura rumana resucitaba de sus cenizas, después de un *vacuim* casi total de quince años. La suerte hizo que, con su desprecio por la cultura, Ceausescu se contentara con la avalancha de sus propios libros y de su esposa y las alabanzas de la primera página, obligatorias pero también más de una vez «voluntarias». Tras ello, la *Astucia de la Razón* operaba de lleno. La reedición fiel y casi sin excepción de los rumanos. Cultivo de la filosofía y las ciencias humanas. Fue posible una obra ingente e independiente de un Constantin Noica, desafiante pública de la política y los políticos. Se han podido publicar las obras de Platón, Aristóteles, Homero, Cervantes, Shakespeare, Dante en nuevas traducciones. El gran poeta Lucian Blaga tradujo y publicó en un tiempo más que «indigente» la obra de Goethe, *Fausto*. El hispanismo rumano es un fenómeno de impresionantes proporciones. Incluso escritores del exilio rumano, adversarios declarados del comunismo, de antes y con Ceausescu, fueron traducidos y publicados enteros. Se ha publicado la obra entera de Eliade y una decena de estudios sobre él. Se han representado las obras de Ionesco y pese a su valiente y valerosa actitud contra el tirano de Bucarest hace bien poco han aparecido estudios sobre él. Ejemplo, la revista *Teatrul*. En nuestro libro sobre el *Teatro occidental contemporáneo* publicado en traducción rumana en 1987 en la Editura Stiintífica de Bucarest, ni una línea del capítulo sobre Ionesco ha sido tocada. A principios del 89 se ha publicado la obra casi entera de Cioran, durante años atacado con furia por su nihilismo y «anti-rumanismo», en Rumanía. La obra íntegra del filósofo Lupasco, las memorias del cineasta Negulescu, nuestro *Erasmus* (Premio Nacional de Literatura Menéndez Pelayo 1970) y otros diez libros de filosofía de la cultura y poemas, libros de los más valiosos escritores del exilio rumano, Cioranescu, Z. Barbu, Cotrus, Busuloceanu, Antoniade, Gafencu, Hurmuziades, Gutia, Coseriu (doctor honoris causa de la Universidad de Bucarest, en 1968 exiliado, catedrático de Tübinga), han sido publicadas en las últimas dos décadas. El escultor Brancusi y toda su obra, el músico y compositor Enescu y toda su obra se han colocado sin reserva en lugar de gloria de la creatividad rumana, que la conciencia rumana ha podido pro-

clamar públicamente. El director de orquesta Sergiu Celibidache, Ionel Perlea y otros han sido ovacionados en Bucarest y otros centros de Rumanía.

RUMANIA:
REVOLUCION, HORA CERO

Pero lo más importante ha sido la creatividad rumana en sí. El libro, el museo y la música han sido durante años los consoladores de toda una sociedad en desolación. El libro ha alcanzado ediciones ingentes. Un mundo en hambre, ha devorado durante largos años libros, música y arte. Un libro nuevo duraba una semana en las librerías. Ha sido éste un arma y una compañía contra la miseria impuesta en un país rico y la tiranía de una casta implacable. Los estudiantes y los jóvenes intelectuales que arrastraron en diciembre el pueblo a pecho descubierto en la gran plaza para desafiar al tirano y sus huestes fieles, son resultado de esta cultura que ha sentado sus bases, simplemente porque la censura la ignoraba y en parte la despreciaba. ¿Cómo se explicaría sino que en Rumanía las revistas hayan celebrado el centenario de Ezra Pound y los textos sobre Heidegger y los círculos heideggerianos sean sin número? Lo que podemos asegurar es que hace tiempo ha desaparecido en este país los círculos de estudios sobre Marx, Engels, Lukacs, Adorno o Brecht. Desafiamos a cualquiera que consulte en una hemeroteca las colecciones de buenas revistas como *Romania literara* (cuyo director fue hasta hace poco el disidente Mircea Dinescu), *Luceafarul*, *Contempranul*, *Viata Romaneasca*, *Steaua*, *Tribuna*, para confirmar esta realidad. Esto sí, lo que no faltaba tampoco en estas publicaciones era la primera o primeras páginas dedicadas a Ceausescu y a su mujer.

Pasada la primera fase del stalinismo en Rumanía, recuperada en buena parte la herencia cultural del pasado, reivindicada la obra de creatividad de excepcional valor e intensidad, de la generación rumana de entre las dos guerras mundiales, el proceso de la cultura rumana constituye una realidad indiscutible en el plano axiológico concreto. Sus escritores, artistas y poetas de las últimas generaciones se sitúan en el inconformismo, excluyen todo lo que sepa a marxismo-leninismo de sus opiniones y su potencia creadora, sienten la disidencia como una cosa propia, visceral aunque no la conviertan por imposibilidad material en disidencia abierta. No hay, hace mucho tiempo, uno sólo que en la intimidad y a veces incluso fuera de ella, no condene la intolerable acción o presencia del clan Ceausescu y su casta, incluyendo buena parte de sus altos funcionarios que hace años explotan su odio contra el tirano. Todo el mundo lo odia y él y los suyos no se fían de nadie. La prueba es su fuga con sólo su mujer sin confiar ni siquiera en su poderosa Securitate. El propio piloto del helicóptero que debería conducirlo al avión camino del exilio, desembarca al dictador y a su esposa en medio de una carretera y tienen que confiscar, como en las películas de *gangsters*, un coche a punta de pistola para ir a ninguna parte.

A una cultura que va en lo posible por su camino y cuyos hombres preparan una revolución que tendrá como aliado seguro todo un pueblo presa del hambre, el frío, la desesperación y el odio más profundo contra el tirano, se agrega una sociedad vasta de desheredados que se ensancha cada vez más. Es la expresión

misma de la situación misma y del destino del Estado configurado por Lenin. Trotsky le había prevenido. De concentración en concentración, todo se concentrará al máximo en manos del Secretario del partido. Él será el Estado, he aquí el destino utópico de la «desaparición del Estado», la sociedad concentrada, el poder máximo, el propietario único de todo. Sin saber una palabra de Marx y de Lenin, habiendo aprendido en forma primaria de verdadero analfabeto sin casi lenguaje articulado unas cuantas fórmulas, el hombre de Bucarest acabó siendo la encarnación última del marxismo-leninismo. No es extraño que quisiera ser el último en invocar sus formas y sus dogmas. Cuando Luis XIV decía, «*El Estado soy yo*», decía una ingenuidad. Ceausescu sí que podía decirlo, porque el suyo era el Estado de Hobbes, el Estado moderno, el nuevo Leviathan. En su nombre, hizo lo que quiso. Su instinto de campesino primitivo le decía, conociendo a los rusos, que si les entregaba el 80% de la producción de alimentos quitándoles a los rumanos hambrientos, nadie le tocaría. El mismo instinto —y no un plan de alcanzar la libertad para el futuro progreso de su país— le decía que si pagaba al céntimo, intereses incluidos, los 21.000 millones de dólares a Occidente nadie se preocuparía por la suerte de su pueblo y quedaría libre para los planes faraónicos, para un desarrollo industrial de magnitudes cuya utilidad se aplazaba siempre *sine die*. Mientras tanto, con fines exclusivos de seguridad y control de la población y con deseo loco y dogmático de matar toda iniciativa particular en la pequeña producción familiar de los campos, había empezado hacía tiempo a destruir pueblos y localidades de bello contenido artístico y cultural. Antes de destruir como se ha dicho, pueblos de la minoría húngara, lo había hecho para su utópico Centro Cívico con palacios históricos, iglesias, monasterios, hospitales y monumentos artísticos de valor inapreciable en Bucarest y en todas las pequeñas localidades que circundan la capital. Un poeta rumano me contaba llorando en Madrid, como, hace dos veranos, en Snagov, bella localidad cerca de Bucarest, él había visto máquinas arrancando una vasta zona de frutales repletos de fruta y pulverizando edificios de siglos. La imagen de Nerón incendiando Roma, para construir una nueva. Mientras tanto, en política exterior, a veces para admiración y estupor de propios y extraños, sus actos eran de independencia en política exterior a escala mundial. Viajes a los cinco continentes, sin descanso, con todos los honores. Jamás un Jefe de Estado de Rumanía había hecho tanto. En 1967 es el primer Jefe comunista que reconoce a la Alemania Federal. Reconoce a Pinochet antes que nadie. Y a Israel. Se alinea con China y Corea del Norte sin aquiescencia de Moscú. Es amigo íntimo de Gadaffi, Asad y Yasser Arafat. Tiene una guardia pretoriana libia y siria, reclutada de los miles de estudiantes becarios del Gobierno rumano, establecidos en Timisoara y Craiova, la que cortaría las piernas, quemaría las caras de los niños muertos en Timisoara y ejecutaría a oficiales y soldados que no dispararan contra la población inerme. Castro y Nicaragua son sus amigos en América, mientras Estados Unidos le recibe con honores y le brinda la cláusula de la nación más favorecida, que no le es quitada como se ha dicho, sino que renuncia él a ella, despectivamente.

Capítulo aparte, y no menos dramático es el del destino de la economía y del nivel de vida de la población rumana antes de

Ceausescu y durante la última etapa de su gobierno. Desde los famosos años del hambre 1946-47 de Rumanía que llenaron de horror al mundo entero, mientras el ocupante ruso reducía a la miseria esquilmandolo hasta la última expresión un país riquísimo que durante toda la guerra no había tenido ni un día de racionamiento alimenticio, hasta mediados de la década de los sesenta, la economía rumana se mantuvo en un estado de plena desolación. La colectivización del campo fue desde el principio y sigue siendo un desastre. Tanto Dej como Ceausescu estuvieron tras el mito de la industrialización de toda costa. Cuadros técnicos se fueron así formando, salieron ingenieros y profesionales preparados después de años de improvisación y destrucción de los cuadros existentes. A primeros de los setenta se instalaron fábricas sofisticadas como la de los motores Rolls que funcionaron a satisfacción, colmando los anhelos de crear una macroindustria siderúrgica, eléctrica, química, de aluminio (una gran fábrica de aluminio vendido bajo coste, cerca de Bucarest ha dejado hace años la capital en plena oscuridad). La acumulación de fortunas en el extranjero de la familia Ceausescu y sus clanes. La exportación masiva de bienes de consumo produjo una crisis total que afectó gravemente la conciencia del trabajador y de sus cuadros. La frase en uso: «*Ellos hacen como que nos pagan. Nosotros hacemos como que trabajamos*». La economía de servicios llegó a ser un escándalo. El turismo que tuvo su auge a finales de los sesenta y principios de los setenta, se había reducido últimamente casi a nada, pese a la enorme devaluación real de la moneda rumana, el *leu*.

En ningún país comunista el dogma de rechazo del mercado libre y la iniciativa privada en cualquier forma fue tan implacable, defendido con furia por el propio Ceausescu. Hace quince años autorizó un principio de comercio privado, suprimido de repente para que «nadie se enriqueciera», las localidades cerca de la capital y de otros lugares fueron sometidas implacablemente a la «sistemización urbanística», porque sus habitantes cultivaban con éxito sus pequeñas parcelas en torno a las casas, que incluso en Rusia fueron respetadas y estimuladas ya en tiempos de Krushov. La paranoia de Ceausescu en este campo lo convertía en loco furioso cada vez que se le insinuara algo en sentido favorable al menor signo de mercado libre. A todo ello se superponía continuamente la mitología del plan: planificar, electrificar, industrializar, pero nunca llegar a tener ni luz, ni calefacción, ni bienes de consumo, máquinas o electrodomésticos, que han ido faltando cada vez más. La clase obrera y los funcionarios fueron la gran víctima. Los privilegiados, los órganos y oficiales de Securitate. En segundo plano, el Ejército, aunque mucho más pobremente dotado. Ceausescu en los momentos de exaltación soñaba con el pueblo entero en armas contra el invasor ruso o húngaro.

Los primeros levantamientos fueron los de los mineros del Valle del Jiu, Hunedoara y Banat. Más tarde Timisoara, Moldavia y Brasov. En el Valle del Jiu, hace años se presentó él mismo entre los mineros sublevados que le recibieron con silbidos e insultos. Fueron duramente castigados. Hace más de un año en Brasov, los obreros de las fábricas se manifestaron en masa y la represión contra los dirigentes fue sangrienta. Todo esto estaba

motivado por el hambre y las condiciones de esclavos en el trabajo. La racionalización de los alimentos, las colas permanentes desde hace años. Al preguntar un día por la suerte de un antiguo embajador en Madrid, concretamente el que le representaba aquí durante su visita a la capital de España, de tan escandaloso recuerdo registrado por los medios de comunicación, me dijeron: «Cada mañana, a las cuatro, en la cola por las patatas que casi nunca se encuentran». Sus primeros tres embajadores en Madrid han tenido una suerte parecida. Y algunos de ellos han sido su hombre de confianza.

La locura de Ceausescu, lo que de veras ha contribuido a la identificación en su persona de la situación cada vez más desesperada de un país rico en recursos y productos y condenado a la degradación, la miseria, el frío y la oscuridad, ha culminado en los últimos años en las obras faraónicas de transformación de Bucarest. Quiso ser un nuevo Haussman. Derribó edificios y monumentos religiosos únicos en su valor. Echó de sus viviendas a miles y miles de ciudadanos. Todo para levantar la ciudadela del comunismo rumano, reducto arquitectónico último del marxismo-leninismo. Inauguró con gran alarde el Canal Danubio-Mar Negro en cuya construcción murió sacrificada la flor y nata de los intelectuales y dirigentes del pueblo rumano, proclamándolo como obra «histórica sin par», que en los cinco años transcurridos desde su inauguración delirante no ha servido para nada. Ha pagado una ingente deuda exterior, que junto con la exportación de todos los alimentos a la URSS, ha provocado cuatro años de hambre atroz en Rumanía. Ha llevado la «sistematización» urbanizadora de enteras zonas históricas rumanas de valor incalculable. En su lugar ha levantado edificios miserables, hormigueros sin servicios de ningún tipo donde nadie puede vivir humanamente. Mientras tanto, él, su familia y sus colaboradores vivían en un lujo asiático. Su ejecución precipitada deja una grande y grave interrogante sobre sus causas. Dentro y fuera del país la gente se pregunta si con ello no se ha perseguido solamente el callar la voz de los principales culpables, que acusarían a miles de colaboradores estrechos que acaso quieran perpetuarse después de su muerte.

Ceausescu ha sido la mala conciencia del mundo civilizado y tormento capital de la nación rumana. Ha hecho falta la *perestroika* y sus inciertos avatares, las transiciones pacíficas de los Países del Este, la apertura del muro de Berlín y la perspectiva de unidad alemana destinada a cambiar radicalmente la estrategia europea y a crear nuevas combinaciones donde no falte acaso la sombra de Rapallo, para que el mundo se alertara ante la presencia, entre los suyos, de «aquel hombre». Alguna vez se sabrá cuál ha sido el papel de Gorbachov en la caída de Ceausescu. En su última visita a Bucarest fue vitoreado por el pueblo, pero el jefe rumano no quiso cambiar ni una línea de su programa marxista-leninista despótico. Las noticias sobre la *perestroika* y los cambios en el Este no pasaban la frontera rumana más que a través de las emisiones de la Voz de América y de Free Europe de Munich, que, sin que nadie comprendiera porqué, nunca fueron interferidas por Ceausescu y los suyos. Sin la protección de Gorbachov, su amigo Ion Iliescu, comunista crítico, hace tiempo hu-

biera sido sacrificado como tantos otros opositores del dictador muertos en varios «accidentes». Igual ha pasado con el actual jefe del Ejército Nicolae Militaru (condenado a muerte y perdonado a petición de Gorbachov), cuya acción fue decisiva a favor de la revolución popular, una revolución de los estudiantes, verdaderos héroes de la gesta rumana en gran parte sacrificados en un holocausto sin par. Ni la entrega de la casi totalidad de los productos alimenticios rumanos a los rusos, ni los servicios constantes que el eficaz espionaje rumano en todo el Occidente y en Africa ha brindado siempre a Moscú, han sido suficientes para que en la hora de la verdad Gorbachov, doctrinario ahora de la Casa común europea, no haya de algún modo intervenido. La precipitada fuga de Ceausescu ante la primera manifestación de masas delante de su Palacio en plena arenga desencajada suya, tendrá algún día su explicación. Es difícil aceptar que haya sido tan fácil, tan inmediata, tan inesperada. Ni siquiera Nerón fue tomado por sorpresa por sus ejecutores.

La señal anticipadora y auguradora de la libertad rumana llegó el verano pasado en Chisinau, capital de la Besarabia rumana. Lo que ha ocurrido en aquella tierra rumana irredenta durante el último año ha sido impresionante. Durante cuarenta años, el ocupante ruso ha intentado como en pocas partes anular una conciencia nacional en aquella atormentada región. De repente, tres millones de rumanos y una clase dirigente que había atravesado la experiencia comunista incontaminada, como por una «catarsis» purificadora, reivindicaban allí su conciencia rumana en Libertad. Desde hace un año los rumanos de Moldavia pasaban el río Prut, para pedir ayuda y alimentos a sus hermanos que en la Unión Soviética emprendían el camino de la libertad, recuperaban el alfabeto latino para su idioma y proclamaban su deseo de unión con una Patria rumana. Pero una patria rumana libre y sin Ceausescu, como nos escribía desde Moscú pocos días antes de la Revolución de Timisoara y Bucarest el diputado besarabio del Soviet Supremo, Mihail Cimpoi. Antes que Timisoara, Bucarest, Sibiu y Arad, los rumanos habían manifestado su voluntad de ser libres en agosto del 89 en Chisinau. Y lo habían hecho masivamente, casi un millón de ellos, en una ciudad donde hace ahora diez años se oía hablar solamente ruso. Obligados a hablar ruso en Besarabia, obligados a ensalzar a voces a Ceausescu, en todo el territorio entre el Prut y el Tisa.

Una reflexión especial merece la situación de la iglesia rumana bajo el comunismo, antes y en tiempos de Ceausescu. Porque así, *in globo* es menester configurar las cosas. Hace días en la TV rumana —la única TV que ha hecho una revolución— el poeta Marin Sorescu, Premio Internacional de Poesía Mística de la Fundación Rielo de Madrid, me dijo: «Hoy ha terminado en Rumanía la segunda guerra mundial». Más de una vez han sido los poetas los que han proclamado las grandes verdades políticas. En este contexto hay que configurar la vida de las instituciones rumanas, primera entre ellas la Iglesia. En 1948 Gheorghiu Dej nombra patriarca de la Iglesia ortodoxa rumana a un modesto cura de pueblo, Justinian Marina, que se hace rápidamente monje para acceder al supremo cargo. Marina había ayudado a Dej durante la guerra cuando Antonescu le había encerrado en un campo de pri-

sioneros políticos en la ciudad de Targu Jiu. En 1948, por orden de Stalin y siguiendo lo hecho en Ucrania, la Iglesia uniata de Transilvania compuesta por dos millones de fieles es suprimida e integrada obligatoriamente en la Iglesia Ortodoxa. Cinco obispos mueren en la cárcel y centenares de sacerdotes sufren penas graves. No hay apóstatas en aquel Viernes Santo de una heroica comunidad. El obispo superviviente Julio Hossu, muere veinte años después en el monasterio de Caldarusani cerca de Bucarest, nombrado cardenal *in pectore* por el Papa Pablo VI. Había sido un gran patriota, portavoz del Consejo Dirigente en alba Iulia en 1918, en el acto de Unión de Transilvania con Rumanía.

La Iglesia Ortodoxa, comprende el 80% de los fieles rumanos. Tiene una fuerte tradición y arraigo en el pueblo y una aportación teológica notable en los últimos decenios. Durante la opresión comunista la fe es cada vez más viva y punzante. Las nuevas generaciones buscan en la fe su amparo. Centenares de jóvenes mujeres de la mejor sociedad rumana perseguida entran en los monasterios rumanos que tienen un auge sin precedentes. Centenares de sacerdotes sufren martirio y persecución, pero la Jerarquía se somete al estado y alaba en cada ocasión a sus jefes. Las alabanzas a Ceausescu alcanzan los peores tonos y harán que el actual Patriarca pida perdón en la última Misa de Navidad en la Catedral de Bucarest repleta de fieles, por el comportamiento suyo y de los obispos ante el dictador. Es el precio de una tolerancia privilegiada. Ceausescu, ateo militante, entierra a su padre en olor de multitudes y ofician tres obispos y treinta sacerdotes y asiste la familia y el Gobierno en pleno. Las revistas teológicas, las publicaciones, los institutos y facultades teológicas y los estudios bíblicos y de historia religiosa, la vida monástica están en auge. Los monasterios de Moldavia son lugares de peregrinación intensos y focos de vida religiosa auténtica y de patriotismo. Ceausescu morirá un día de Navidad. Cuando las campanas suenan en todas las Iglesias del país, su muerte es proclamada como la «muerte del Anticristo».

Ha caído estruendosamente la dictadura rumana. Todo el mundo se ha conmovido ante una acción heroica sin precedentes donde la juventud universitaria declarada anticomunista, ha sido la protagonista indiscutible y la más sacrificada en la represión. Los intelectuales y el Ejército la han seguido. La libertad y en parte el pan han sido conquistados por el momento a un terrible precio. A todo lo que queda atrás se le puede aplicar perfectamente una anécdota atribuida a la escritora rusa Ana Ajmatova. Un profesor americano pregunta a la vieja luchadora poeta, al final de su vida, que defina qué es el alma rusa. Ante su insistencia, Ajmatova le replica: «*El alma rusa no existe*». «*Y Dostoievsky?*», recalca a su vez el americano: «*Dostoievsky sabía muchas cosas*», concluye despectivamente Ajmatova, pero ignoraba también muchas. Creía que todos los criminales son Ras-kolnikov. Pero yo conozco miles de criminales que ejecutan por la mañana cien o doscientas personas y por la tarde van tranquilamente al teatro.

¿Qué ha pasado en el alma y la conciencia rumana en estos terribles cuarenta años o cincuenta de guerra mundial y de

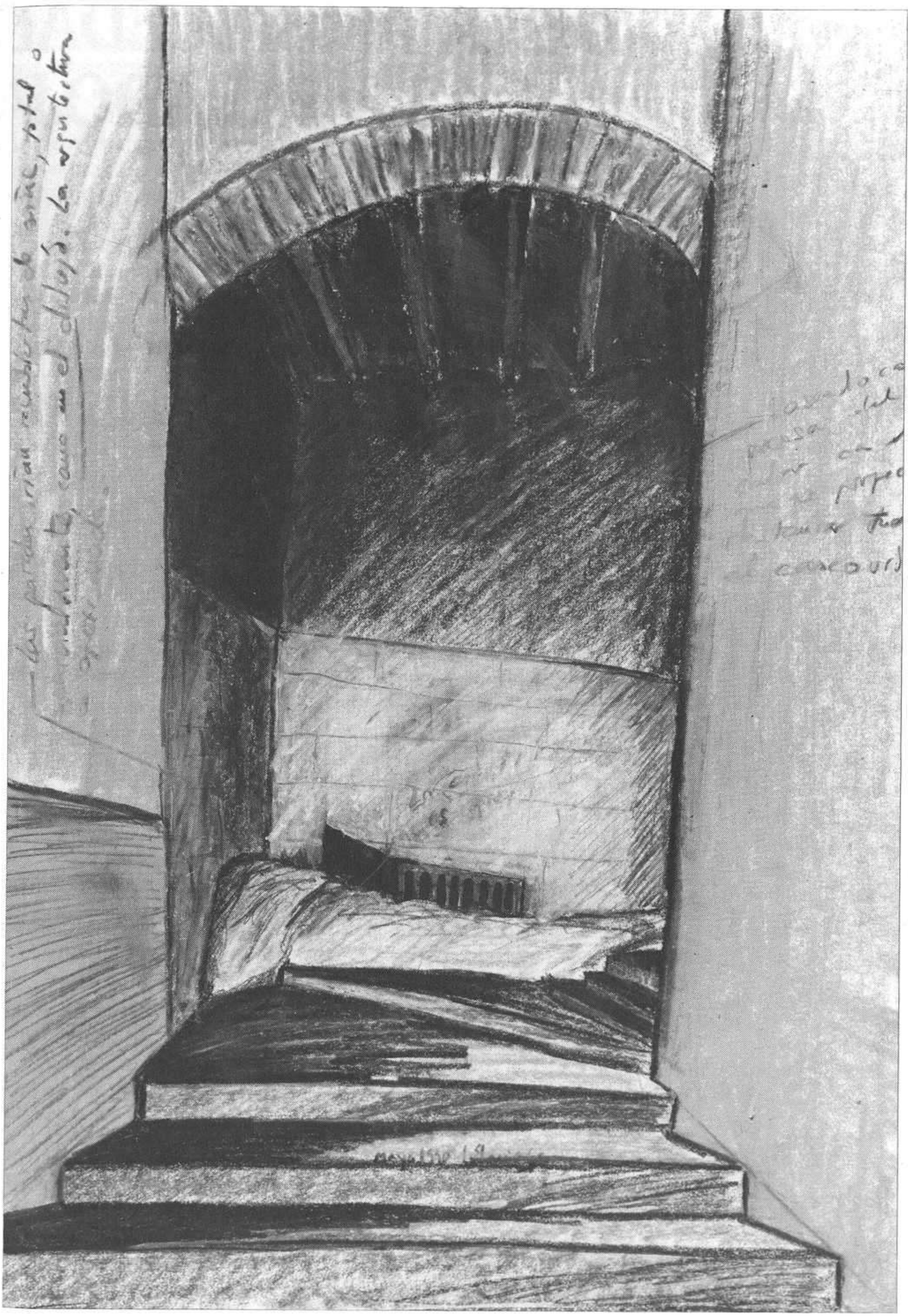
opresión? Lo que sí es cierto es un hecho. Esta alma y esta conciencia, que ha resistido con todos sus resortes a la presión y opresión comunista, no quieren nunca más oír hablar de comunismo. Pero la herencia es grave y complicada. La opinión pública es ahora abiertamente ésta, pero los mecanismos de un Estado que quiere funcionar de acuerdo con la estructura moderna del nuevo Leviathan, siguen siendo los que eran. En el trasvase, todos intentarán renegar del pasado y miles de millones de índices acusadores cortarían el aire de una Patria para mucho tiempo ensangrentada. En el equipo de la transición dominan hombres que «colaboraron» en uno u otro momento, y que en uno u otro momento fueron ellos mismos víctimas de los caprichos del dictador. Muchos intelectuales y la masa estudiantil nada quieren saber del comunismo y de los comunistas. Estamos como en Praga, en Berlín y en Sofía. Pero en Praga, Berlín y Sofía no hubo sangre en la transición. En Bucarest y las ciudades rumanas mártires, hubo mucha sangre y los muertos mismos fueron degradados por los esbirros de Ceausescu. Su misma muerte acaso no debió ocurrir en la forma en que ocurrió. Las interrogantes se acumulan. La misma situación de los países de la Europa hasta ahora «ausente» es absolutamente incierta, aunque absolutamente esperanzadora. Todo es para concluir como Indro Montanelli hace pocas semanas: «No me pregunte lo que ocurrirá mañana o pasado mañana». El ritmo trepidante e inesperado de las cosas hace toda profecía y todo pronóstico prácticamente imposibles. Pero permanecerá la imagen patética de la estudiante de Bucarest gritando, en plena batalla: «¡Fuera comunismo!». «*Withont comunisten*». «*Sin comunismo*», será pase lo que pase, así.

Pero, ¿cuál es la realidad en marcha que se proyecta sobre aquella imagen patética? La palabra comunismo ha desaparecido. De los cuatro millones de miembros del partido comunista rumano no queda por lo menos aparentemente ninguno. Todas las libertades han sido proclamadas. Han salido a la calle decenas de periódicos y sólo uno, que se sepa, «pertenece» todavía a los actuales gobernantes que se instalaron en un poder provisional en circunstancias todavía poco esclarecidas por sus propios protagonistas. Se ignora aún qué papel desempeñará Gorbachov y la KGB en la Revolución. Han sido autorizados decenas de partidos políticos. Se ha fijado para el 20 de mayo la fecha de las elecciones. La estatua de Lenin ha sido derribada estruendosamente en la plaza del monstruoso edificio de arquitectura stalinista que albergaba el periódico y las editoriales del antiguo régimen. La situación económica es sin duda grave y complicada. Abandonar rápidamente las estructuras burocráticas del antiguo Leviathan no es pensable. La agitación de los descontentos continúa. A una manifestación de la oposición o de la juventud que proclama el «rapto» de su revolución, alterna una manifestación de los partidarios del gobierno. Lo caótico de la situación da pie a la gran minoría húngara del centro de Transilvania a manifestarse con una violencia a la cual se opone una violencia no menos peligrosa de la población rumana.

El proceso democrático será sin duda irreversible en Rumanía. Pero las dificultades de este país en todos los órdenes son ya de por sí evidentes. A una transición sangrienta seguirá una estabilización difícil. Tras todo ello está un exilio rumano

**RUMANIA:
REVOLUCION, HORA CERO**

muy dividido e inoperante y un vacío de partidos de oposición que ha durado medio siglo. La situación del Ejército es ambigua y su papel imprevisible. Pero tras toda esta realidad caótica habrá una permanencia sin duda positiva, fuente de nuevas realidades, sin duda fecundas. Sin comunismo. Una gran esperanza a la cual conviene agregar un espíritu nuevo de trabajo, de organización, de libre iniciativa, productividad, creatividad en todos los órganos.



Las paredes eran revestidas de mármol, total o
parcialmente, como en el templo. La arquitectura
es...

...avanzada
...del
...en
...poco
...tra
...corro

capítulo 19

SOCIEDAD VASCA: DE LA AMBIGÜEDAD A LA PARADOJA

Ander Gurruchaga Abad

1. Introducción

La transición democrática se presenta en el País Vasco con características precisas. El nacionalismo consigue la mayoría en todas las consultas electorales y conquista la sociedad civil. Esta situación es nueva. Por primera vez en un siglo de existencia controla políticamente las instituciones autonómicas. Posee resortes e instrumentos como nunca antes había tenido.

Junto al triunfo electoral nacionalista se desarrolla la crisis económica que se manifiesta como crisis industrial y crisis del modelo de desarrollo dominante en ese territorio.

Unos cambios y otros repercuten en lógicas y mecanismos producidos por la sociedad vasca, así el unanimismo quiebra; el conflicto se traslada también al interior del mundo nacionalista; otro tanto ocurre con la victimización; el conflicto negativo se sigue manteniendo, aunque la carga dramática ha perdido fuerza; la tesis del carácter antidemocrático del Estado debe revisarse.

Por otra parte, la institucionalización democrática, con la racionalización que implica, reconduce la *calle* hacia soluciones institucionales.

El proceso de transición provoca la rutinización del movimiento nacionalista. Este es dominante en la escena vasca, pero carece de la carga dramática e incluso mítica que en otros momentos tuvo. Podríamos decir que se convierte en un sistema de creencias normal.

La normalidad significa dos hechos paradójicos, por una parte, el reconocimiento social de su fuerza, pero, por otra, el tono carismático de la propuesta nacionalista se resquebraja.

La pregunta que surge es: ¿podrá sobrevivir en las nuevas condiciones, cuando casi todos sus mecanismos y lógicas estaban preparadas para actuar a la defensiva, en condiciones objetivas excepcionales?

Probablemente, en las condiciones democráticas actuales, debe reinventar y refundar su propio dosel. Posiblemente las condiciones actuales no son más fáciles que las de otros tiempos, porque si bien es verdad que políticamente es dominante, le acecha el peligro inherente a todas las democracias occidentales; la privatización de la vida, el alejamiento de la calle, y su refuncionalización en tareas de gestión carentes de emoción.

El sistema democrático es sistema organizado, donde la despolitización estructural y el triunfo de lo privado son constantes del comportamiento social.

La rutinización del nacionalismo es la consecuencia de su éxito electoral y de la ocupación de las instituciones de gobierno. Con esto se cierra un ciclo de crecimiento para el nacionalismo.

La sociedad vasca enfrenta cuestiones novedosas. Ahora como nunca, en casi cien años de modernidad, debe resolver: la falta de *emoción* del nacionalismo, una nueva actitud ante el Estado central y la violencia y una reestructuración económica profunda.

Estas cuestiones no dejan de reflejarse en la estructura electoral.

El artículo plantea, por una parte, los cambios ocurridos en la sociedad vasca y que son las condiciones objetivas de su estructura electoral y su sistema de partidos. Por otra parte, formula la hipótesis de la profunda dimensión nacionalista de la sociedad vasca, porque si bien el nacionalismo vasco está atravesado de ambigüedades y paradojas, es básico para explicar la dinámica electoral vasca, pero es también un producto histórico, sujeto a cambios. Hoy tiene poco que ver con el que definiera su fundador a través de la doctrina central. Me interrogo sobre las dimensiones de su cambio y cómo éste afecta a dimensiones sociales básicas de la realidad vasca.

2. Entronización democrática en la sociedad vasca

Los últimos quince años representan, para la sociedad vasca, un dinamismo probablemente irrepetible. Una simple mirada a los acontecimientos demuestra que si bien la historia no se repite tiene procesos y mecanismos siempre presentes.

1975 es ya una fecha emblemática. Ese año es el origen de un proceso fundamental para la sociedad española en general y la vasca en particular.

Se inicia una doble reconciliación: de la izquierda y la derecha y del centro y la periferia. Muerto Franco se enterraba el es-

píritu de la guerra civil. Se firmaba la paz. Con este objetivo España se propone construir, en un breve plazo de tiempo, un régimen político homologable a las democracias occidentales.

El objetivo exigía la democratización y el consenso sobre las estructuras estatales, así como la puesta en marcha de un proceso que, a medio plazo, garantizara la nacionalización del Estado, es decir, el reconocimiento de España como realidad incontestable. España tenía que inventarse como creencia, especialmente en los territorios periféricos con nacionalismos pujantes. De lo que se trata es de fundar una comunidad democrática nacional que fomente la creencia en la unidad del grupo, en su indisolubilidad.

La respuesta a esta pretensión fue el Estado de las Autonomías y con él la pretensión de nacionalizar el Estado.

La reconciliación se plasmó en el texto constitucional. La Constitución representaba la paz, el final de la guerra civil, el símbolo del respeto a las diferencias y la creencia en la legitimidad democrática.

Esta situación tiene hondas repercusiones en el País Vasco. El nacionalismo, con un desarrollo histórico tan azaroso, se enfrenta a un sistema democrático, homologable al Occidente europeo, en clara hegemonía. No sólo controla el poder político, sino también el poder social. Podríamos decir que *la calle es nacionalista*, tal es el poder de esta forma de vida y pensamiento.

En este período se reproduce el desfase entre el desarrollo político y el desarrollo económico. Pero, los cambios que acontecen en la estructura económica, social, política y cultural anuncian un giro significativo.

El proceso de institucionalización democrática se representa en el Estatuto de Autonomía. Esta solución presenta dificultades adicionales. Pero, a pesar de las ambigüedades y paradojas del proceso y de la negativa a aceptarlo de las expresiones nacionalistas radicales, el proceso de racionalización y de diferenciación de una esfera política autónoma se ha impuesto en la realidad social vasca.

El proceso de producción democrática representa también la ruptura del consenso nacionalista. Este se había fundado en una conciencia antifranquista y en una tradición, mantenida y reproducida en condiciones difíciles. Es claro que las cuatro expresiones nacionalistas que hoy perviven mantienen entre sí ligámenes afectivos e incluso biográficos. Pero también es cierto que las diferentes estrategias políticas y el origen traumático de algunas de estas organizaciones (EA respecto al PNV y HB respecto a EE) no sólo crean la idea y la práctica de la separación, sino que interfieren la realidad debido al carácter performativo de aquélla y a la capacidad de las organizaciones nacionalistas en transmitir sus diferencias al escenario cotidiano donde, desprovistos de cualquier vínculo de racionalidad, los afectos (filias y fobias) encuentran su *terreno abonado*.

Detrás de las organizaciones nacionalistas siguen gravitando dos cuestiones clave: la violencia armada de ETA y las relaciones con el Estado. Junto al carácter vívido, biográfico del mundo nacionalista, esas dos cuestiones suponen el alejamiento o acercamiento de los actores nacionalistas y de sus expresiones políticas.

La democracia tiene otros efectos sobre la vida social. Así, si durante el franquismo la reproducción de la conciencia nacional se había fundado, en gran medida, en una red de relaciones sociales intersubjetivas muy densas, que facilitaban la integración en el código nacionalista y que tenía a la cuadrilla, vida asociativa, familia e iglesia como soportes más significativos; la creación de un espacio público y la normalización política desvía muchas de las preocupaciones que habían tenido su lugar de expresión en el mundo asociativo, de la iglesia o cuadrilla, hacia el mundo de los partidos. El proceso de racionalización, que acompaña a la institucionalización democrática, vacía de sentido político a estas instituciones. El propio proceso provoca la refuncionalización de este mundo. Estas instituciones dejan de ser centro de participación público-político y adquieren un carácter más específico. Este cambio genera la pérdida de funciones e incluso, en algunos casos, la desaparición de las instituciones que componían ese mundo.

La trama social interactiva que aseguraba la reproducción de la identidad nacional sufre profundos cambios. Se la despoja, más y más de su carácter político, funcionalizando sus actividades y disminuyendo su implantación social, cuando no desapareciendo.

Otro hecho significativo es la entrada a la historia de una nueva generación, no socializada durante el franquismo. Para los jóvenes el franquismo pertenece a la historia objetivada, es memoria colectiva, heredada, no vivida. Creen que es la *historia de sus mayores*. Si la generación anterior vivió un campo de objetivos políticos definidos y la política fue *dosel sagrado*, con la nueva generación no ocurre así. Su entrada a la historia se produce en un momento de pérdida evidente de dramatismo social. Las preocupaciones de los jóvenes no dependen, de manera tan directa, del hecho político, sino que sus problemas se desenvuelven, básicamente, en la esfera privada, en la búsqueda de comunidad, del pequeño grupo desde donde producir sentido en la vida social. La nueva generación parece tener los valores más individualizados que colectivizados. Esta situación no deja de tener ciertos ribetes paradójicos, y que, si bien por una parte se da un fuerte sentido individualizado de su vida, paralelamente se produce una fuerte búsqueda de comunidad a través de soportes asociativos, e incluso produciendo un asociacionismo *anarquizante*. No obstante, la política no absorbe la ruptura generacional. No parecen dispuestos a situar los valores políticos —la política— en el lugar más elevado de su escala grupal de valores.

Su concepción política es más *tranquila*, no necesita la valoración continua del otro para hacerse significativa. Incluso los valores políticos representan, en gran medida, el mundo de sus mayores. Su mundo es urbano, su cultura también. Sus preocupa-

ciones derivan de esta realidad. Es una generación que ha privatizado sus valores más significativos. Viven, de forma más rotunda, la profunda división entre esfera pública y privada.

3. La crisis de la doctrina central

La doctrina central nacionalista es definida por el fundador oficial del nacionalismo Sabino Arana. Su propuesta podemos resumirla en tres grandes ideas:

1. La existencia de una comunidad peculiar y diferenciada en el País Vasco.

2. Los vascos están identificados con su comunidad, pero no pueden afirmarse como tales porque no tienen los instrumentos políticos adecuados, ya que, la desidia de unos y la potencia del Estado se lo impide.

3. Para afirmarse como tales es necesario poseer una estructura política propia, diferente a la del Estado.

Al servicio de estas ideas se erigen una serie de mecanismos que se pretenden básicos para afirmar la doctrina y conseguir los objetivos. Así se gesta una visión particular de la historia, se eleva la lengua a vehículo mítico de comunicación, se alaban usos y costumbres propios, se construyen signos y símbolos de nuevo cuño, se crean estructuras propias de organización, etc.

El objetivo del nacionalismo es crear un espacio propio en conflicto con el estatal. En su praxis social ha debido desenvolverse en condiciones históricas difíciles y complejas. La falta de espacio democrático, junto con otras peculiaridades históricas (problemas en la construcción de la centralidad estatal, poco éxito en la nacionalización del Estado, revolución burguesa fallida, persistencia de la tradición y lo tradicional, peculiares procesos de modernización, etc.) han generado un tipo de comportamiento típico, tanto por parte del Estado como por parte del movimiento periférico.

El nacionalismo vasco ha sido defensivo, es decir, se ha desarrollado desde la consideración del otro (Estado) como el enemigo y el causante de su situación. Su praxis ha creado una serie de lógicas encadenadas, que han dado la impronta a esta expresión social y han sedimentado, con el paso del tiempo, una conciencia social peculiar, así como una imagen del País Vasco y de sus relaciones con el Estado. A su vez ha realimentado, a través de la praxis, esa imagen social.

Las lógicas más significativas que han sostenido esa imagen del País Vasco son:

1. El unanimismo, es decir, que todos los vascos supediten su visión de los hechos a la estrategia nacionalista.

2. La victimización. Afirma esta lógica: el territorio vasco es la víctima de la acción política del Estado.

3. Enemigo exterior. Según este principio, el *culpable* de la situación minorizada del País Vasco es el Estado español.

4. Conflicto negativo. El nacionalismo periférico si quiere persistir debe negar al Otro y *manipular* la referencia estatal.

5. Carácter antidemocrático del Estado.

6. La Movilización. La calle es el espacio de reivindicación, centro y lugar del encuentro social.

7. La Lógica Militar. Aunque su introducción en el acervo nacionalista data de fechas recientes, ha tenido mucha incidencia en los últimos tiempos. Considera que la violencia es un método clave para conseguir las reivindicaciones nacionalistas, debido a las características de la *opresión nacional*.

Los años de transición democrática suponen un significativo replanteamiento para estas lógicas.

Unos cambios y otros repercuten significativamente en lógicas y mecanismos. Así, por una parte, comienza a resquebrajarse la concepción defensiva del nacionalismo. Pero lo que aún es más importante, todo el conjunto de *aprioris* que conformaban la lógica discursiva deben revisarse. Así el unanimismo quiebra las diferencias que, más o menos, estaban contenidas afloran. Con ellas surgen formas diferentes de comprender lo que es ser vasco. En gran medida el conflicto se traslada también al interior del mundo nacionalista. Otro tanto ocurre con la victimización. Difícilmente se puede seguir sosteniendo esta idea cuando el País Vasco disfruta de instituciones democráticas, electoralmente es mayoritario, y controla el proceso de construcción autonómica. Con la tesis del enemigo exterior (Estado) ya no puede ser visto, exclusivamente, como el causante de la situación del País Vasco. El conflicto negativo se sigue manteniendo, aunque cuando se posee voz propia y cuando el éxito político-electoral es evidente, la expresión del conflicto es tan radical y está mediatizado por la situación objetiva del proceso. El carácter antidemocrático del Estado, por razones obvias, debe cuestionarse. En las actuales condiciones es muy difícil creer en esa idea. También la movilización conoce un progresivo decrecimiento en los últimos años. La institucionalización democrática, con la racionalización que implica, reconduce la *calle* hacia *soluciones* institucionales. Tampoco la lógica militar se puede sustentar de igual manera, ya que con el paso del tiempo, crea un espacio propio y transforma su base social en frente civil, lo cual genera el alejamiento de otros sectores nacionalistas y provoca que la violencia sea hoy uno de los elementos de la escena social vasca, más debatidos y cuestionados.

El proceso de transición democrática provoca la rutinización del movimiento nacionalista; sigue siendo dominante en la escena vasca pero carece de la carga dramática e incluso mítica que, en otros momento, tuvo. Podríamos decir que se convierte en un sistema de creencias *normal*. Los individuos, especialmente las nuevas generaciones, lo integran como un elemento más de su acopio de conocimientos. Incluso, en ocasiones, debe competir

como un sistema de creencias más en el recién inaugurado *supermercado del sentido*.

La normalidad del sistema de creencias significa dos hechos paradójicos. Por una parte, el reconocimiento social de su fuerza, es decir, el nacionalismo se presenta como una evidencia social más. Por otra parte, no debemos olvidar que, en toda su trayectoria, ha estado rodeado de unas circunstancias que le conferían carácter excepcional, dramatizado y mítico. La pregunta que nace de este fondo de problemas es: ¿podrá sobrevivir en las nuevas condiciones, cuando casi todos sus mecanismos y lógicas estaban preparadas para actuar a la defensiva, en condiciones objetivas excepcionales?

Posiblemente las condiciones actuales no son más fáciles que las de otros tiempos. Hay un peligro que le acecha, el alejamiento de la calle y su refuncionalización en tareas de gestión carentes de *emoción social*.

El peligro de la doctrina y de la praxis nacionalista, tal y como se ha desarrollado hasta la década de los ochenta, es su normalidad, el vaciamiento de su carga tensional y la racionalización de sus objetivos.

4. Dimensiones de los discursos nacionalistas

Este nuevo tipo de actitudes se nota, especialmente, en los discursos de las fuerzas políticas nacionalistas.

Así EE considerará que el discurso dominante en el nacionalismo tradicional está atrapado por sus orígenes rurales. La crítica deviene crítica a la doctrina central nacionalista, en definitiva, a la vieja formulación aranista. No se niega el nacionalismo sino que intentan adaptarlo al tiempo presente.

La pretensión de EE es racionalizar el discurso nacional, convirtiendo la relación Nosotros-Otros en dialéctica integradora, de tal suerte que el pluralismo vasco transforme al discurso nacional en elemento, no de división, sino de cohesión.

Ese intento les conduce no sólo a replantear la lógica discursiva del nacionalismo sino a criticar radicalmente la violencia armada y a desdramatizar los símbolos vascos.

El mecanismo básico que EE introduce es el cambio en el modelo de racionalidad. De la racionalidad con arreglo a valores, es decir, desde la ética de la convicción, se pasa a enjuiciar la vida social y política conforme a la racionalidad con arreglo a fines donde la ética de la responsabilidad y la acción racional pretende ser la panacea que interprete y diagnostique el nuevo marco político del País Vasco. La cuestión está en que este planteamiento choca con la doctrina central nacionalista y con la práctica político-social del discurso nacional dominante.

Pero quizá el caso más ejemplar es el del PNV. Ni el rechazo de los métodos violentos, ni la asunción de la cultura democrática

implica un gran desarrollo comprensivo de la sociedad vasca. Parece evidente que esto deba ser así, en tanto el PNV se identifica plenamente con las señas de identidad nacionalista, es nacionalismo puro, que creen que no necesita de excesivas demostraciones. La racionalidad con arreglo a valores preside todos sus actos.

Lo que ocurre es que la definición doctrinal del nacionalismo tradicional no anula las tensiones internas que se presentan cuando ganan las elecciones generales. Es lógico que la salida de un período de exilio y clandestinidad, la necesidad de reorganizarse, además del intento de dirigir políticamente la Comunidad Autónoma, imponga realidades y genere tensiones en la vida interna del partido, así como en su estructura organizativa.

La más significativa es la producida por la Ley de Territorios Históricos y, en general, por la distribución del poder en la Comunidad Política Vasca.

Claro está que también el proceso de construcción política significa el nacimiento de una clase política, en gran medida, no controlada por el partido. Asimismo se ha caído en la cuenta de que la ocupación del más alto cargo político imprime carisma a la persona que lo ocupa.

Esta tensión dio origen al nacimiento de EA y al intento del PNV por encontrar vías de acercamiento a la sociedad vasca. Estas vías son más instrumentales-pragmáticas que teoréticas. La concepción nacionalista del PNV permanece anclada en la defensa a ultranza de la doctrina central sabiniana. Creen que no se trata tanto de corregir el discurso teorético fundador que, a su vez, sigue funcionando como discurso fundacional, sino de ajustar las estrategias a la situación sociopolítica de la realidad vasca. El PNV sigue protegiendo *la casa del padre*.

Quizá el discurso más *original* está protagonizado por Herri Batasuna. HB sigue representando el *discurso de la resistencia*. Discurso gestado durante el franquismo. El ideal político que persiguen es la politización de la vida social. En este sentido es quien de modo más abierto se opone a la racionalización del discurso político nacional en cuanto supone autonomización de la vida política y social y, en general, implica despolitización. HB sigue defendiendo una teoría esencialista del hecho nacional. Mientras que en el PNV lo esencial de su discurso es la protección simbólica de la doctrina central junto a la moderación estratégica, en HB la protección simbólica del discurso tiene menos importancia. El énfasis se traslada al discurso político radicalizándolo, pensando que el discurso político es, sobre todo, discurso social y que uno y otro están interpenetrados.

El discurso político se pretende discurso comunitario, pero no de cualquier comunidad, sino de los oficientes de la resistencia. Persigue, con afán, la idea del *somos diferentes*. En consecuencia, la diferencia se transforma en estigma. Su realimentación depende cada vez más del mantenimiento de la misma diferencia. Se construirá una lógica social, donde cualquier instru-

mento, cualquier mecanismo diseñado, producido o simplemente citado se convierte en signo de diferencia.

La persistencia en la reproducción de la diferencia, a pesar de su fuerte papel socializador, puede terminar en la construcción de un *ghetto* donde mantener la diferencia no suponga tanto afirmación de la identidad propia sino negación de la del Otro. Esta lógica impide matizar la propia estrategia, darla un contenido en una palabra, positivizarla. Sólo se entiende como válido aquello que se niega.

En el movimiento-organización que es HB, la tensión se planteará cuando decidan racionalizar el discurso y el paso de la afirmación negativa a la positivización de su estrategia va a resultar significativa, porque no se trata de adecuar *la estrategia a los tiempos* sino de cambiar la lógica, e incluso los procesos de conciencia que han condicionado su lectura de la realidad vasca.

Junto a las diferencias en la *unanimidad vasca*, otras cuestiones básicas también sufren modificaciones.

El carácter defensivo del nacionalismo, si bien no desaparece del todo sí reconvierte parte de sus apoyos. Así, la tesis del enemigo estado queda relativizada, ya que, surgen cuestiones hasta entonces contenidas, que sitúan la problemática tanto en el orden interno, es decir, ya no existe sólo un causante de la peculiar situación del País Vasco, sino que las causas se pluralizan y el debate interior replantea cuestiones que habían funcionado, hasta ese momento, como axiomas.

El período democrático implica también la pérdida de funciones en la vitalidad del mundo asociativo, tanto desde una óptica cuantitativa —decrecimiento del número de asociaciones—, como por la disminución de la participación de los individuos en la red asociativa.

La nueva situación supone que el conflicto con el Estado, tan característico del momento franquista, pierda radicalidad. En gran medida, el conflicto se hace interior. Los diferentes mundos nacionalistas entran en colisión debido, sobre todo, a dos cuestiones: las relaciones con el Estado y la postura ante el problema de la violencia armada de ETA.

La realidad se presenta más compleja porque el nacionalismo comparte labores de gobierno y tiene un peso político-social que nunca antes había tenido.

Pero quizá uno de los cambios más significativos es la distinta actitud ante la violencia y sus significados sociales.

Es evidente que la institucionalización autonómica y los cambios a él asociados han supuesto una pérdida de apoyo a las acciones armadas y mayor autonomización de las acciones armadas, pero ETA ya no puede constituirse en expresión básica de la sociedad. La organización ha seguido su dinámica natural, especializándose en sus actividades. La estrategia que sigue cada

vez es menos social y política y más militar. La lógica militar acrecienta más y más su papel, imponiéndose a cualquier otro tipo de lógica. Tienen sus propias reglas de juego, no se explican, no requieren legitimación, únicamente se aplican. La legitimación es interna. Consiste en el cumplimiento de la estrategia diseñada. Los motivos están predefinidos en el espacio social que se dice representar. Únicamente los partícipes del espacio propio son llamados a comprender. Así, se gesta una estrategia que, eventualmente, podríamos definir como *estrategia del espacio propio*. Sólo se pretende generar adhesión en el espacio propio. Se habla para los convencidos, para la comunidad de creyentes que persiste en considerar a ETA como algo propio. De esta forma la lógica militar impone la estrategia. El espacio propio se transforma en frente útil. La lógica militar impone una férrea disciplina, adhesión sin sobresaltos, solidaridad con la estrategia y el espacio compartido.

Esto genera una profunda ruptura con cualesquiera otros sectores sociales.

La *ghettización*, el espacio propio sobreimpone su dinámica al mundo nacionalista. Este debe confrontar la teoría con la realidad de los cambios, mientras que el mundo social, que define la lógica militar, intenta mantener su comprensión de la sociedad vasca desde su espacio propio.

Esta nueva conciencia social y el orden de los discursos, se producen en un momento en el que el tradicional modelo de desarrollo económico entra en crisis y se anuncia el final del modelo industrial tradicional, base de la *riqueza vasca*. El final del pleno empleo, la reestructuración industrial, nuevas formas de trabajo, etc., plantean una situación que no tiene antecedentes inmediatos en el País Vasco.

La reestructuración económica plantea varias cuestiones: a) Agotamiento de las posibilidades de crecimiento acelerado de sectores y productos tradicionales; b) incapacidad de la economía y, en particular, del sector industrial de ajustar su sistema productivo, y c) carencia de tecnología propia para generar productos y procesos.

5. Paradojas y ambigüedades

El proceso de construcción autonómica ha estado dirigido por fuerzas nacionalistas. El nacionalismo vasco, en sus diversas versiones, es hegemónico y en algunas comarcas es la única fuerza política.

Lo que ocurre es que la doctrina nacionalista estaba preparada para funcionar en condiciones excepcionales. Cuando el marco político ha cambiado, el nacionalismo ha conseguido la hegemonía política, pero pierde fuerza *militante*, capacidad referencial.

La reivindicación de un nuevo dosel podría ser un buen título para las hipótesis formuladas.

Pero la construcción de un nuevo dosel en la sociedad vasca no puede hacerse sin el nacionalismo, es más, no se puede pensar una sociedad vasca del futuro sin la clave nacionalista. La razón es obvia; el nacionalismo es la fuerza social y política hegemónica. Con esto no quiero olvidarme de las dificultades existentes. Hemos comentado lo significativo que resulta la crisis del unanimismo y las diferencias internas del mundo nacionalista, pero me parece que esto supondría volver a lecturas fundadas en una única doctrina.

La construcción desde la diferencia podría ser una de sus características centrales.

El País Vasco es suficientemente rico en su historia como para aprender de ella y la realidad vasca ha sido siempre plural y sincrética.

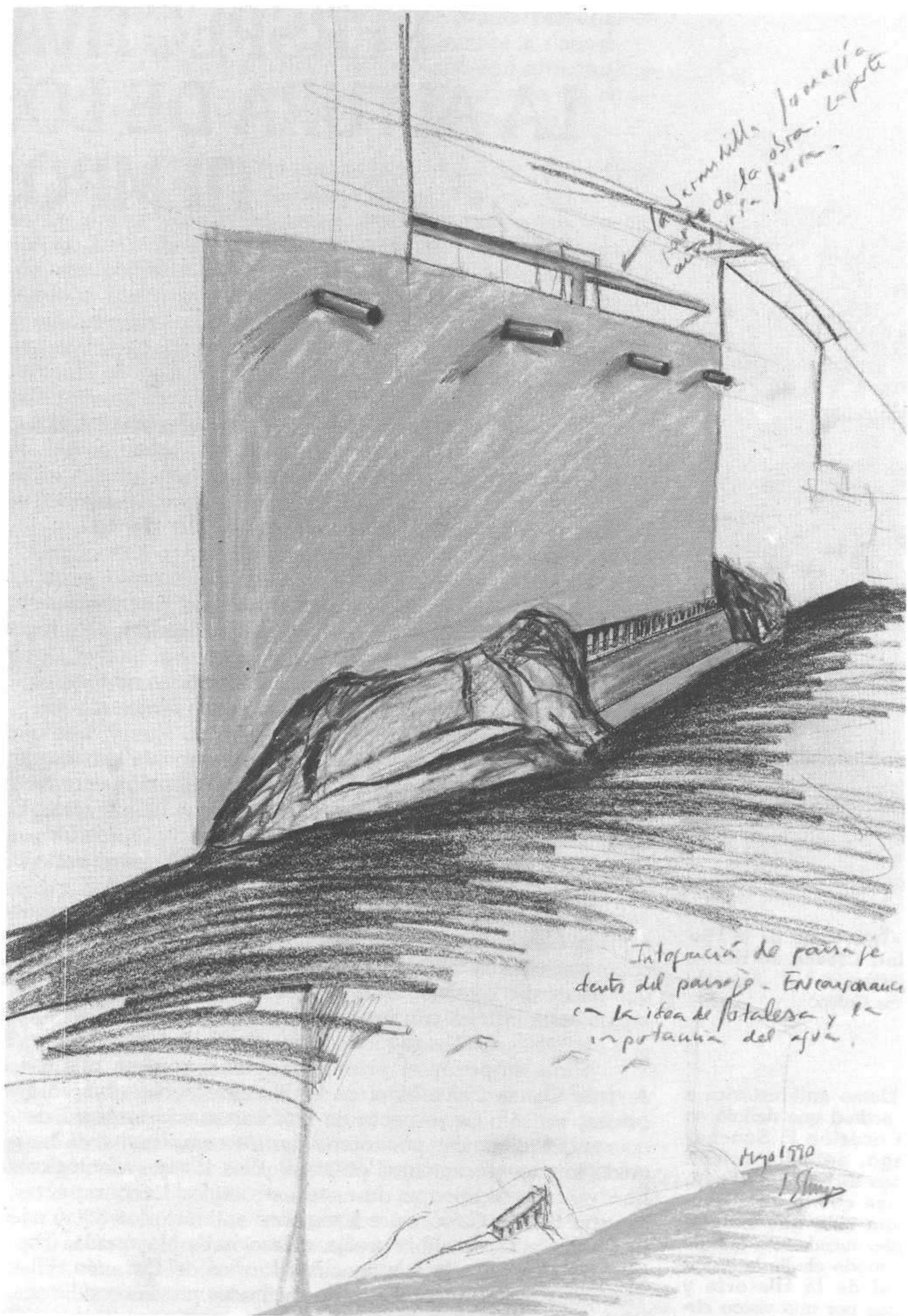
Encontrar los elementos básicos del contrato social es tarea problemática, porque la sociedad democrática replantea creencias centrales, definidoras de identidad colectiva y sentido, junto a la crisis del modelo de desarrollo.

La occidentalización de la sociedad vasca implica la normalización de sus marcos de convivencia. Esto a su vez, supone enfrentarse a tres problemas básicos que he ido presentando.

1. El proceso de construcción nacional, con dos problemas centrales: relaciones con el Estado central y el tratamiento de la violencia.
2. La reinención del dosel nacionalista.
3. La reformulación de un nuevo modelo de desarrollo económico.

El futuro del nacionalismo, tal y como lo hemos conocido, se afirma problemático. La implosión es un peligro permanente y el sistema democrático obliga a reinventar su propia estrategia. Lo que ocurre es que el dosel que guía su actividad social no puede mantenerse porque los mecanismos de defensa que creó el nacionalismo pierden sentido en condiciones democráticas.

La dimensión electoral es un excelente indicador de lo aquí apuntado, pero la estructura electoral no cierra el espacio comprensivo de la realidad vasca, sino apunta regularidades y externaliza otro tipo de dimensiones. De esta forma comprender cabalmente nuestra estructura electoral implica exponer las dimensiones sociales que, a su vez, explican la dinámica del País Vasco.



Sermiella, Jamallo
La casa de la obra. La parte
autónoma - Juan -

Intepreción de paisaje
dentro del paisaje - Encarconauca
en la idea de fortaleza y la
importancia del agua.

Ago 1980
J. Semp

HISTORIA Y PERSPECTIVA: LA ALTURA DE LOS TIEMPOS

Javier Otaola

1. Agustín García Calvo: «Tras el fin de la Historia»

El interesante y provocativo artículo de Fukuyama sobre el fin de la Historia (Claves de Razón práctica n.º 1), creo que merece mejor consideración de la que en general ha recibido. Sólo he leído referencias a Fukuyama para desautorizarlo y en algunos casos para cursar ante el mismo una enérgica protesta.

Que se trata de un artículo verdaderamente provocador se puede asegurar a la vista de la enorme atención que ha despertado y las críticas, glosas y comentarios que ha merecido. Entre otros, la última que he podido leer, la de Agustín García Calvo, esa *Raras avis*, pensador entre genial y simplemente estrafalario (1).

Debo decir que no es menos provocador el artículo de Agustín García Calvo, y tanto es así que me ha provocado a escribir estas líneas, al menos para poder aclarar ante mí mismo lo que encuentro de valor en el análisis de **Fukuyama** y porqué no puedo compartir las conclusiones de Agustín García Calvo.

Para empezar el primer problema que se plantea con Agustín García Calvo es el de la diferente perspectiva en que se coloca, no sólo ya respecto de Fukuyama sino respecto de cualquiera que digamos, por interés en las cosas humanas haya seguido los acontecimientos políticos y los hechos ideológicos que han agitado a Europa durante este siglo. La perspectiva de Agustín García Calvo es radicalmente anti-histórica (2), y además hiper-abstracta, de ahí la prolija utilización de Mayúsculas (Espíritu, Materia, Aparato de Dominación, formas de Dominio, Historia, Tiempo, Capital, Vida). Estas dos actitudes previas condicionan ya totalmente el valor de las conclusiones, desde esa altísima atalaya, Agustín García Calvo ya no entra en detalles, lo que le interesa

(1) «Tras el fin de la Historia». Claves de Razón Práctica, n.º 6. Agustín García Calvo.

(2) Llamo anti-histórica a esa actitud que definió en una ocasión F. Sánchez Dragó, ante los televidentes diciendo que para él «las cosas no se suceden, sino que simplemente, suceden»; y que de este modo eludía la visión lineal de la Historia y optaba por una visión circular en la que todos somos contemporáneos.

son las *formas de Dominación*, y tan *Dominación* es el Gobierno de su graciosa Majestad, como el III Reich, el sistema comunista, como el Régimen de Idi Amin. Me atrevería a decir que quizá encuentre cierta brutal inocencia en la franca tiranía personal de Bokasa o Idi Amin que le incline personalmente a considerar menos pesada la torpe dominación de un *Napoleón africano* que la sofisticada dominación democrática y consensuada del *American way of life*. Pero esto es sólo una opinión presunta.

Tengo que rechazar las conclusiones de Agustín García Calvo, pero no porque las considere falsas, sino porque de puro abstractas me parecen redundantes, llenas de brillo pero que no arrojan luz, inservibles para entender la realidad próxima de lo que sucede, son como un Mapa Mundi que no vale para hallar la carretera local que nos llevará a una sociedad más humana y más justa, valioso como referencia global, pero inútil para salir del paso en este momento, después de todo su mensaje se reduce a decir:

Las formas de Dominio son naturalmente, para cada momento, las que a cada momento corresponden; pero en las actuales, las que nos tocan mientras vivimos, están expresadas las eternas: el cambio del Dominio no es más que su ardid para seguir siendo el mismo.

Según esta amarga conclusión, nada nuevo de verdad se habrá hecho hasta que no se acabe toda forma de Dominación, y para este anarquismo metafísico nada diferencia un Régimen de Gestapo y Auschwitz respecto a otro Parlamentario y Mediático, salvo quizá la finura de la dominación ejercida. Naturalmente desde esta perspectiva el artículo de Fukuyama no es más que una loa a una forma de Dominación que se prueba más exitosa que otras, y cuyo propio éxito augura su extensión y predominio, en lo que a pesar de todo encuentra Agustín García Calvo motivo para congratularse:

Y ahora que parece que el Mundo se unifica bajo una sola forma de Dominio, que no nos queda más que una cara y nombre del Señor, que es ésta de la Demotecnocracia o Tecnodemocracia, puede que ello sea después de todo un beneficio para el pueblo, para la vida y la razón, al menos con ello podrá con más claridad sentir la gente con quien tiene que habérselas, contra qué forma de Estado y de Capital ha de rebelarse sin dejarse enredar en los fantasmas del pasado, en las añagazas de la Historia.

No podemos simplemente dejar de lado lo dicho por Agustín García Calvo: después de todo, es verdad. Lo que sucede es que se anticipa, su antihistoricismo no le permite colocarse en un *aquí y ahora*, habla con el aliento profético de quien no reconoce el tiempo ni la Historia: *Sub specie aeternitatis y urbi et orbi*; es demasiado para quienes pensamos sólo en décadas, y no digamos nada para quien está pendiente de las próximas elecciones. Es otra escala. Reduciendo la escala gana valor y detalle la tesis de Fukuyama, ajustando la perspectiva (Ortega) podemos percibir el interés de lo que nos dice; pero para ello tenemos que abandonar la visión hipermétrope de Agustín García Calvo.

2. Fukuyama: Hegel y Ortega

Desde luego es difícil decir algo concluyente sobre la tesis de Fukuyama y sobre sus antítesis, ya que la formulación del concepto Hegeliano de Historia es lo suficientemente abstracto, como para NO poder ser verificado empíricamente, y sólo cabe argumentar frente a él en términos de consistencia y verosimilitud. A pesar de ello y en resumidas cuentas, pienso que el esquema hegeliano es poco útil para explicar lo que está pasando y lo que ha pasado ya. No es casual que el Marxismo-Leninismo, fracasado estrepitosamente, sea tributario ideológicamente del Hegelianismo, y su fracaso económico, político y filosófico alcanza también a su antecedente: el idealismo de Hegel, y el hegelianismo de izquierdas. El llamado Hegelianismo de derechas ya tuvo su epifanía y su apocalipsis en el fascismo (Gentile) y el Nacional-Socialismo. Quizá sea ésta la objeción esencial que por mi parte pueda hacerle a Fukuyama: su reivindicación del Hegelianismo, a través de la positiva y elogiosa atención que le dedica a Kojeve y a su *Introduction a la lecture de Hegel* (París. Editions Gallimard, 1947). En definitiva hay una insuficiencia de partida en el Racionalismo idealista, por cuanto se basa en un presupuesto poco racional, a saber, *que sólo lo Racional es Real, y lo Real es siempre Racional*.

Pero a pesar de todo hay algo en el planteamiento de Fukuyama que es cierto y merece salvarse de la crítica y que puede formularse más precisamente usando la fórmula Ortegiana de *la altura de los tiempos* (O.C. IV, pág. 156). Parece bastante evidente, para quien no tenga un velo ideológico ante los ojos, que hay algo en lo que sí hemos llegado a un final, el siglo XX se ha agitado en un debate no sólo teórico, sino, desgraciadamente también práctico, o sea militar y político. Han quedado atrás los viejos imperios coloniales, el fascismo y el nacional-socialismo y parece que le ha llegado el turno al comunismo (3) y desde luego no son de recibo ya en Occidente los controles teocráticos o clericales; se ha alcanzado ya una convicción generalizada, en todos los países desarrollados, en toda Europa, sobre unos datos básicos que configuran el Marco más amplio de lo que puede considerarse Occidente; en lo político: la Democracia; en lo Económico: el Mercado, en cualquiera de sus fórmulas de mayor o menor regulación; en el pensamiento: la Ciencia como empresa colectiva, y los Derechos Humanos como referencia ética y política. La consagración de estos valores no está desde luego exenta de fragilidades prácticas que han de ser permanentemente denunciadas y solventadas, pero en todo caso parece que un capítulo del libro de la Humanidad ha sido ya cerrado, que a estas alturas del curso —como dice Savater— hay una lección que ya ha sido aprendida, un nivel ha sido alcanzado. No ha sido fácil, muchos han quedado atrás en este camino, la lección ha sido costosa, ha habido muchos tanteos, muchos desvaríos y muchas bajas.

3. Conclusión

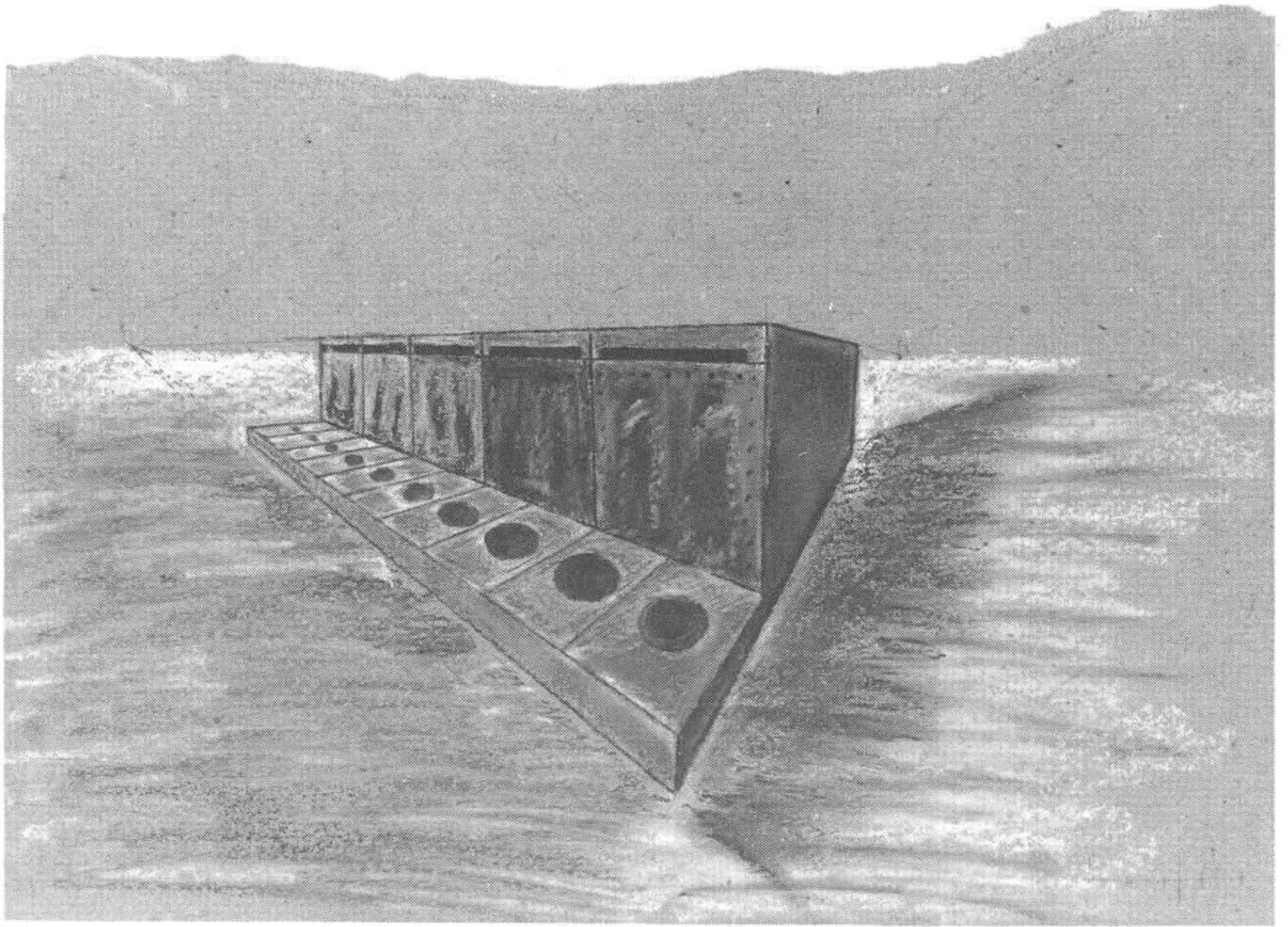
Los problemas no se han terminado: naturalmente. La Resolución de los viejos problemas nos permitirá plantear otros nuevos. Pero no cabrá ya, sin caer en anacronismo, desconocer la

(3) Manuel Castells. «El fin del comunismo». Claves n.º 1. Timothy Gaston Ash. Letra Internacional, n.º 18. «Europa del Este. El año de la verdad».

altura alcanzada, ni siquiera para errar puede dejar de hacerse desde esa altura, el nuevo tiempo tendrá sus errores y tentaciones propias, los problemas tienen ya que afrontarse desde esa altura, aunque no haya garantía sobre las soluciones; pero ya no pueden plantearse problemas viejos, o a la antigua. Se destaca aquí, también siguiendo a Ortega, la fecundidad del historicismo Orteguiano y su insistente filosofar *circunstanciado*, que implica la necesidad de descubrir en primer lugar el *Tema de nuestro tiempo*, incluso antes de empezar siquiera a abordarlo; el *Tema* que quienes nos precedieron dejaron maduro para nosotros o que la *circunstancia* colectiva nos exige afrontar en este momento.

En definitiva, quizá no sea el fin de la Historia, pero desde luego es el fin de un capítulo, de un paradigma de comprensión de los conflictos sociales (Kuhn), de toda una forma de pensar, en lo político. Se abren otros capítulos; si noviembre 1989 fue el punto final de uno de ellos, agosto 1990 ha supuesto bruscamente el comienzo de otro nuevo.

Pero esto, es ya otra historia.



JULIAN ZUGAZAGOITIA EN EL CINCUENTA ANIVERSARIO DE SU FUSILAMIENTO

Bilbao en su novela *El botín*

Elías Cedrún Roman

Julián Zugazagoitia Mendieta nació en Bilbao, según reza la Partida de Nacimiento del archivo de la Parroquia de San Vicente de Abando, el 5 de febrero de 1899, en el barrio obrero de Bilbao la Vieja. Fue en este barrio donde Facundo Pérezagua comenzó su tarea de captación y propaganda de las ideas socialistas entre los obreros que lo habitaban y en él abrió su taberna, que sería como el cuartel de operaciones de los pioneros del socialismo vizcaíno. Allí estaban los locales del Centro Obrero, del Teatro Romea, el de los grandes mítines socialistas, escenario de violentos, y a veces cruentos, enfrentamientos; con el tiempo fue adquirido por las sociedades obreras que lo destinarían a Casa del Pueblo. La alcoba de Indalecio Prieto, niño, daba pared con pared al teatro, desde ella escuchó las primeras zarzuelas, género al que luego le cobraría tanta afición.

El padre de Zugazagoitia fue uno de los componentes de los primeros núcleos socialistas que aglutinó Pérezagua a su llegada a la ciudad y, después, varias veces concejal del Ayuntamiento bilbaíno. Fue Fermín Zugazagoitia el encargado de la Cooperativa Socialista de Consumo y en ella tuvo Julián su primer empleo tras abandonar su instrucción elemental en las escuelas de Achuri.

Como él mismo testimonia al referir su asistencia a actos socialistas en su infancia, se puede decir que Zugazagoitia tuvo contacto con el ideal socialista desde niño. Uno de los socialistas con los que primero y más hondamente establecerá relación será con Emilio Beni, que era, en el socialismo vizcaíno, la figura que, desaparecido Meabe, representaba la vertiente liberal y humanista, que aquél había tratado de imprimir al partido y sus juventudes. De mano de Beni entraría Zugazagoitia en **La Lucha de Clases**, semanario de los socialistas vascos.

Sus artículos primeros en **La Lucha de Clases** se caracterizan por la crítica de las situaciones de discriminación e injusticia y

por el afán culturizador, aspecto éste por el que siempre mostró una especial preocupación como se puede observar en sus colaboraciones periodísticas y en su obra literaria.

En 1920 Zugazagoitia ocupa la presidencia de la Juventud Socialista de Bilbao a la vez que ejerce como tesorero del semanario. Este año surge de las Juventudes Socialistas el primer Partido Comunista de España. Zugazagoitia se mostró en sus artículos virulentamente crítico hacia los escindidos.

Desde 1921 ocupará la dirección de **La Lucha de Clases**, notándose un apreciable cambio en la publicación, con mayor variedad de temas, con mayor presencia de los de contenido cultural y literario, nuevos colaboradores y mayor cuidado en la presentación. Se conceden espacios más amplios a las ilustraciones de las páginas, aumentando en calidad y cantidad las colaboraciones plásticas. Constatará satisfecho: *Trabajan con nosotros los Arrue, Maeztu, Agüero, Mogrovejo, Dueñas* (1).

(1) *La Lucha de Clases*, Museo del Pueblo, Valentín Dueñas, 22-10-1921.

En los primeros años veinte colaboraba también en **El Liberal** y **El Socialista**.

Sus ideas sobre la literatura y el realismo crítico de preguerra

En los momentos en que Zugazagoitia produce lo más abundante de su obra literaria da importantes frutos en el panorama de la novela, la corriente del Realismo Crítico o Realismo Social, que vio recogidos sus postulados en obras como *El nuevo romanticismo*, de J. Díaz Fernández, y cuyos seguidores los defenderán en fuerte polémica con los de corrientes que, también por esas fechas, defienden un arte deshumanizado, despegado de la realidad.

La participación de Zugazagoitia en esta polémica fue resuelta y con tono violento a veces. Cuando habla de un arte y una literatura populares lo hace de un arte militante, de una cultura comprometida con una nueva sociedad.

Se le considera el iniciador, con la novela *Una vida anónima*, de la novelística del Realismo Crítico de preguerra y es también uno de los primeros intelectuales de izquierdas que se enfrenta al arte vanguardista desentendido de los problemas sociales.

Durante los años veinte surgieron una serie de obras que renovaron los procedimientos narrativos y que daban a la realidad un tratamiento distanciado, irónico o estetizante. Eran las novelas de autores como Francisco Ayala, Benjamín Jarnés, Antonio Espina, Ernestina Champourcin. Obras de difusión minoritaria y de difícil comprensión para la mayoría. *Literatura de alusiones y secretos, de la que aparecen proscritas todas las efusiones humanas, raída de emoción*. Literatura, decía Zugazagoitia, [...] que pretende confinarse en un círculo de sensibilidades despiertas y avispadadas [...]. Desde sus primeras colaboraciones periodísticas afirmaba la necesidad de una literatura dirigida a las masas (2), a la

(2) *La masa en la literatura*, Nueva España, núm. 2, Madrid, 15-2-1930.

mayoría, en la que estas capas sociales vean reflejadas sus inquietudes y sean, con ellas, sus protagonistas.

En repetidas ocasiones mostrará su admiración por la obra de Galdós, Baroja, Valle Inclán y, sobre todo, la de los escritores rusos, anteriores y posteriores a la Revolución, y considerará poco apta la lectura de los obreros a casi toda la literatura de autores españoles, tal como se lee en *Una vida anónima*.

La obra literaria

Su biografía de Pablo Iglesias inicia la *Trilogía de los trabajos* que quedará completada con Tomás Meabe: *Una vida humilde*, en 1927, y *Una vida anónima*, también de 1927. Esta novela, que apareció con ilustraciones de Cobreros Uranga es, según Gil Casado, la primera novela plenamente social de la Generación del 27, la que inaugura el Nuevo Romanticismo (3).

Junto al tono sentimental que impregna muchos de sus pasajes, esta obra presenta otros elementos del Realismo Crítico, como la presencia del obrero militante, de las organizaciones obreras, la huelga de metalúrgicos de Altos Hornos, de 1916, o las diferencias respecto a los fines y la organización del conflicto entre las distintas formaciones obreras. Si las dos obras anteriores eran las biografías de los fundadores del partido y las juventudes, esta es la del trabajador anónimo, el militante socialista de los primeros años de siglo. Las obras de esta trilogía constituyen claramente un homenaje a los hombres de los primeros tiempos del socialismo.

En un artículo autobiográfico, al que he tenido reciente acceso, que Zugazagoitia publicó en 1935, en una revista de Veracruz, *Ruta*, se refiere a una novela suya, titulada *Víctima*, de la que no existía antes de ahora noticia y cuya fecha está por determinar.

También en 1927 publicó, en **La Lucha de Clases**, *La aventura*, narración de corte sentimental referida a Tomás Meabe, y un cuento titulado *Los Reyes Magos*.

Su labor como biógrafo de Pablo Iglesias dio nuevos frutos más adelante. En 1931 se editó *Pablo Iglesias, de su vida y de su obra* y en 1935, a su vez, *Pablo Iglesias. Vida y trabajos de un obrero socialista*. Estas dos últimas habían desechado mucho el tono sentimental de la primera y eran dos obras más politizadas. La de más clara intencionalidad política es la tercera de ellas que incluye un capítulo final —*Pablo Iglesias y la República*— en el que pone el acento en la condicional adhesión al modelo republicano por parte del líder histórico, lo cual tiene unas referencias claramente interpretables en el momento en que se publica la obra. *En suma, la república vista por un socialista no podía ser fin, sino medio. En vez de estación de término, punto de partida. Con esta convicción la sirvió Iglesias.*

Cerrada la primera con *El Botín*, en 1928, iniciaba la *Trilogía de los trabajos*. *El Botín* es la novela del Bilbao enriquecido

JULIAN ZUGAZAGOITIA
EN EL CINCUENTA
ANIVERSARIO DE SU
FUSILAMIENTO

(3) *La novela española*,
Barcelona, 1975, p. 305.

por el buen momento que para el mundo de la empresa y los negocios supuso la Primera Guerra Europea y centra su atención especialmente en los acontecimientos políticos y sociales de 1917, que iban a culminar en el fracaso y la represión de la primera huelga revolucionaria.

Azorín en el capítulo *Obreros*, de su libro *Crítica de años cercanos*, en el que se refiere en tono elogioso a la labor literaria de Zugazagoitia, diría de la novela: *Lentamente como se leen los libros gratos, hemos ido leyendo El Botín, de Julián Zugazagoitia. La lectura, que era apacible en la primera parte de la novela se ha ido haciendo emocionante al entrar en la segunda e ir avanzando. La muchedumbre obrera está en efervescencia en estas páginas.*

En un cuadernillo en las páginas centrales del número extraordinario de **La Lucha de Clases**, con motivo de la celebración del Primero de Mayo de 1927, publicaba un comentario sobre la novela de Blasco Ibáñez, *El intruso*, que tocaba el tema de los primeros conflictos obreros en la minas de Vizcaya. Decía en este artículo que el tema necesitaba ser ampliado y que, por otra parte, requería un tratamiento más verídico.

Además, le parecía muy apropiado el tema como proyecto para la realización de una película sobre la crueldad del trabajo en las minas que se caracterizase por su tono épico, a la manera de los films rusos de los años veinte que tanto le habían impresionado. Habría de ser una película *conforme a la técnica que han descubierto los rusos, y donde el protagonista se oscurece y, en cambio, se ilumina la muchedumbre, que es la que tiene, en el problema social, importancia.*

En 1929 publicaba *El Asalto*, novela que recogía las primeras páginas de la historia del socialismo en Vizcaya, los conflictos mineros de los años noventa y las posteriores consecuencias de estas movilizaciones en las condiciones de vida y trabajo en las minas, que la novela recrea en su sordidez, violencia y crueldad. Retoma en ella otros empeños previos, desgranados en varios artículos, de mostrar en toda su significación la entrega y el éxito de las primeras luchas obreras. Se describen también los orígenes de taberna que el socialismo tuvo en los barrios obreros de Bilbao y en la narración desfilan toda una serie de personajes del más variado pelaje, constituyéndose en una muestra sociológica de aquellas circunstancias y de la época en la que transcurre la acción —entre 1885 y 1903—.

Es también *El Asalto* la obra donde lleva a la práctica más decididamente los propósitos educadores de su concepción de la literatura.

Se consideraba incompleta esta segunda trilogía, pero en carta reciente me comunicaba José María Villarías Zugazagoitia, nieto del político socialista, la existencia de una novela inédita titulada *Los trabajos clandestinos* que pertenece a ella y la completa.

En 1929, con el patrocinio de la Caja de Ahorros de Bilbao, publicó *Pedernales*. Este es el nombre de una colonia escolar,

asentada en esa localidad vizcaína y Zugazagoitia hace una breve crónica de la estancia en ella de un grupo de niños de origen humilde. Explicita la influencia de *Corazón*, de Amicis, en un prólogo de tono entrañable y nostálgico, dedicado a la memoria de uno de los personajes de esa obra, el niño Garrón. *Corazón* era, aparte de libro de lectura en algunas escuelas, como testimonio Zugazagoitia en el caso de las de Achuri de Bilbao, muy recomendado y leído en medios socialistas.

En 1924, a raíz de un artículo publicado en **El Liberal** en el que vierte críticas contra un sacerdote, es condenado a destierro durante tres años. No era la primera vez que padecía situaciones de este tipo, la participación en los sucesos de la huelga de 1917 le habían acarreado una estancia en la cárcel.

A su vuelta a Bilbao dedicará especial atención, desde **La Lucha de Clases**, a los problemas de los trabajadores del mar. En 1927 funda **Cuadernos Socialistas de Trabajo**, publicación mensual de cuidada presentación, alentada por su preocupación por acercar la literatura, el pensamiento y el arte a los medios obreros e intentar la aproximación a éstos de autores y pensadores relevantes como Unamuno, Ortega, Manuel B. Cossío, que figuraban, entre otros, en la lista de sus colaboradores.

Por otra parte, seguía colaborando asiduamente en las dos publicaciones socialistas. En el semanario vizcaíno lo hacía normalmente con artículos de opinión en su estilo conciso y directo y ocupándose de temas muy distintos. A las dos secciones fijas que había tenido anteriormente, *A través de las gafas* y *La vida*, había sucedido otra titulada *Desde la butaca* y en **El Socialista** mantenía *Asteriscos*, algunos de cuyos títulos eran reproducidos en **La Lucha de Clases**.

Seguía colaborando en **El Liberal** que tenía en Indalecio Prieto su principal inspirador. Este diario que siempre contó con un gran plantel de profesionales y con colaboraciones de las mejores plumas, debió ser una magnífica escuela de periodismo para el joven Zugazagoitia, que había empezado sus primeras colaboraciones en él a los veintiún años.

Por el papel que en los medios literarios se le reconocía como figura significada de la literatura comprometida, se encargaría en **La Gaceta Literaria** de una sección denominada *Los obreros y la literatura* que tuvo vida efímera y que culminó en un monográfico sobre el tema, con motivo del Centenario de Tolstoi, que vio la luz tras sucesivos retrasos el 15 de septiembre de 1928, y de cuya coordinación se encargó.

También verán la luz algunas colaboraciones suyas en la revista quincenal **Nueva España**, que aparece el 30 de enero de 1930 dirigida por hombres tan significativos de la novela del Realismo Crítico como J. Díaz Fernández y Arderius.

Ya era Zugazagoitia ese *periodista de talla que lo mismo hilvanaba un reportaje sobre la falta de bibliotecas para los*

(4) *Triunfo y tragedia del periodismo vasco (1900-1939)*. Madrid, 1977, p. 185.

(5) *Memorias políticas y de guerra*. Barcelona, 1981, p. 61 de 1932.

(6) *Julián Zugazagoitia y la guerra civil*. Artículo publicado en la revista *Triunfo*, núm. 733, 12-II-1977.

obreros de Bilbao que escribía de política internacional, a buen decir de A. C. Saiz de Valdivielso (4).

De otro signo sería la opinión que más adelante emitiera Manuel Azaña. *Sin ser un periodista sobresaliente, ni mucho menos, es discreto, sesudo y razonable, muy apto para el público al que se dirige, necesitado de cierta machaconería. Lo malo es que a veces pretende hacer estilo y debe creer, y otros lo creen sin duda, que es muy bueno (5).* Opinión que Roberto Mesa explica desde la absoluta arbitrariedad de sus opiniones sobre sus semejantes (6).

La dedicación política y periodística

Para finales de los años veinte Zugazagoitia ya es un miembro de cierta significación en el seno de las organizaciones y los medios socialistas. Lo veremos pronunciar conferencias en los aniversarios de la Comuna de París, en los Primero de Mayo, en los actos en memoria de Pablo Iglesias o de Tomás Meabe. Cuando llega a Bilbao alguna personalidad del socialismo nacional, como Fernando de los Ríos o el Dr. Ovejero, él será el encargado de su presentación. Y en el homenaje que, a su muerte, se tributa en Bilbao a María Guerrero por parte de los socialistas, allí estará leyendo sus cuartillas correspondientes.

Fue pieza importante, en 1930, en Vizcaya del intento de pronunciamiento republicano de diciembre.

En 1931, el desencadenamiento de los acontecimientos le llevará a una dedicación exclusiva a la acción política, con el desempeño de responsabilidades institucionales, siendo, en muchos casos, la aceptación de tales tareas debida a la intensa exigencia del momento y de la disciplina del partido más que por verdadera apetencia, según manifestó en alguna ocasión.

En la lista de las últimas elecciones municipales de la monarquía ocupará el segundo lugar en las listas, para Bilbao, del partido socialista; elegido concejal fue el portavoz de los temas de instrucción y cultura, de esa minoría. Una de las primeras cuestiones que planteó fue el panorama educativo, que en Bilbao ofrecía la vergonzosa situación —según sus palabras— de una desescolarización del 50% de la población infantil, durante los ocho años anteriores a 1931.

Desde **La Lucha de Clases** planteará en estos momentos una serie de cuestiones de interés para Bilbao. El 5 de febrero escribe un artículo sobre el significado del Instituto-Escuela, mostrándose partidario de su implantación en la ciudad. La semana siguiente reclamaba la Universidad para Bilbao. Y el 19 de febrero llamaba la atención sobre las necesidades del Hospital Civil de la Villa.

En febrero de 1931, la Federación Socialista Vasconavarra le encomienda la dirección de **La Lucha de Clases**. El semanario ofrecerá entonces un nuevo formato, modifica los caracteres

de los titulares e incorpora nuevas secciones. Con fecha del 14 de agosto se da cuenta en sus páginas de una reunión de la Federación en la que se ha aludido al aumento de la tirada y de la mejora de la economía, a la vez que se reconocía cómo las reformas llevadas a cabo habían colocado al semanario a la cabeza de los del partido.

Convocadas las constituyentes de 1931, fue, junto con Prieto y Araquistain, el tercero de los candidatos socialistas, por Vizcaya, por la circunscripción provincial con el republicano Ramón Madariaga. Según **La Lucha de Clases**, su interés y dedicación a los problemas del mar hizo que fuera designado por aclamación. El número de votos alcanzado no le otorgó escaño, que sí conseguiría en la segunda vuelta, formando parte de la candidatura de izquierda por Badajoz, que resultó triunfadora por las minorías.

En **La Lucha de Clases** inició entonces la sección *Las Constituyentes* y colaboraba a veces en la titulada *Temas Políticos*. Su estilo se adivina también en el *Comentario Político*, que a veces firmará, como el que tituló *El debate religioso*.

Es este período el de su más abundante y asidua participación en el contenido del semanario que, en la mayoría de los casos, es de comentario o juicio sobre los temas más relevantes o acuciantes del momento político.

Desde *Las Constituyentes* deja clara siempre su idea de la necesidad que la joven República tiene de asentarse sobre una libertad política que profundice en la libertad económica, tal como Besteiro había expuesto en su discurso inaugural como Presidente de la Cámara.

Otra de las cuestiones a la que más importancia concederá y a la que dedicará varios artículos de sus secciones es la religiosa.

Como se puede ver en sus novelas y especialmente en *Una Vida Anónima*, junto a una actitud crítica y de oposición a la jerarquía y al clero, sobre todo a la orden de San Ignacio, mantiene una actitud respetuosa, considerada para con las creencias y la fe. Una actitud similar a la de Meabe, R. Varela o T. Echevarría, cuyo ateísmo nunca fue definitivo ni carente de luchas y contradicciones. En consecuencia con ello, sus planteamientos sobre la cuestión religiosa durante el período constitucional fueron muy ponderados; ponderación que también pide al gobierno, *Transigir, se ha dicho, y volvemos a repetirlo, es gobernar* (7).

Sin embargo, la crispación ambiental le llevará a afirmaciones de este talante: *Si las derechas dicen «antes de libertad, guerra civil», hay que responder «antes de la supeditación del Estado a la iglesia, la revolución con toda su crudeza»* (8).

De dureza igualmente serán sus palabras al comentar la disolución de la Compañía de Jesús, a la que siempre había visto en Vizcaya como sustentadora de la religiosidad beata e insolidaria de las clases altas y, a la vez, como una fuerza opuesta al avance de

**JULIAN ZUGAZAGOITIA
EN EL CINCUENTA
ANIVERSARIO DE SU
FUSILAMIENTO**

**(7) *Las Constituyentes.*
La Lucha de Clases. 4-IX-
1931.**

**(8) *Las Constituyentes.*
La Lucha de Clases. 28-
VIII-1931.**

la libertad y el socialismo, sobre todo a éste y desde los primeros momentos de su implantación entre los obreros de las cuencas mineras.

En octubre de 1931 sale para la URSS formando parte de una comisión nombrada por los Ministerios de Hacienda y Economía. Fruto de este viaje sería su obra *Rusia al día*, que tendrá, al menos, una segunda edición en 1933 y que fue uno de los libros de éxito de la editorial España, constituida por Araquistain en torno a la revista **Leviatán**. Sería también, dicho viaje, tema de conferencias y artículos, como el publicado en el tercer número de **Leviatán**, *Notas de andar y ver* en el que manifestaba su punto de vista respecto a los logros de la revolución diciendo que si bien los soviets no eran un paraíso, Rusia había salido de las tinieblas y era un país en marcha y un país clave.

La Ejecutiva del partido decide encomendarle la dirección de **El Socialista** del que se hace cargo desde abril de 1932. Si, como ya hemos visto, las dos etapas en las que estuvo al frente de **La Lucha de Clases** fueron de profunda renovación y mejora, su gestión en el órgano nacional de los socialistas, en unos momentos en los que, entre otras cosas, el partido ha asumido responsabilidades de gobierno, va a suponer un cambio en los contenidos, haciéndolos más periodísticos, un aumento de la tirada del periódico y un saneamiento de su economía. Hasta ese momento el socialista seguía siendo un periódico para adeptos, con predominio de noticias referidas a cuestiones internas del partido y sus agrupaciones, prestando apenas atención a la realidad política en sentido amplio, con pocas noticias y contenido ideológico en tono divulgador y machacón. Zugazagoitia se propone, como expusiera ante el XIII Congreso del partido, en octubre de 1932, desprenderle de ese tono y hacer de él un diario que se haga un hueco entre los que ofrecen noticias y abrir el espectro de esas noticias como ya había hecho en **La Lucha de Clases**.

Y desde las páginas de **El Socialista** se analizará la realidad política del momento con una perspectiva de otra altura, y se pretende señalarán las grandes líneas que orienten el rumbo del partido ante los retos de las circunstancias que vive el país. En estos dos aspectos va a ser clave la labor editorial de Zugazagoitia a lo largo de los años de vida de la República y durante la guerra, hasta mediados de 1937.

Desde finales de 1932 se observa en sus escritos un tono de endurecimiento respecto a la situación política, así como al papel que el Partido Socialista había de jugar con respecto a la República, visto éste por él, siempre en relación muy directa con la estrategia de transformación de la sociedad, estrategia a la que el partido no debía sustraerse.

Son significativos de este cambio de actitud sus juicios, por ejemplo, sobre las actitudes de los intelectuales con respecto al régimen.

Ya en 1931, en uno de los artículos de *Las constituyentes*, comentando unas palabras de elogio de Ortega y Gasset para con

los diputados socialistas, le invitaba, y con él a los demás intelectuales, a ponerse al lado del socialismo y a ingresar en el partido. Ortega se había dirigido a él en el entreacto de alguna sesión parlamentaria diciéndole: [...] *consuela ver la falange de ustedes, con su sentido de disciplina y de trabajo.*

En 1932 comentaba duramente un discurso de Unamuno en el que éste mostraba su desencanto con algunas cuestiones de la nueva situación y su distanciamiento de las masas. Manifestaba en su artículo (9) que nadie había atentado contra su individualismo de hombre de pensamiento sino él mismo, que abandonando sus ocupaciones intelectuales se había lanzado a la zona política. *El individualismo de Unamuno sólo puede ser respetable en Salamanca. Sólo interesante en sus libros [...].*

Y volvía sobre el tema de los intelectuales que intervenían en política, un mes después. *Su pasión por la cosa pública no es tanta que les consienta ocupar su puesto con asiduidad y atención [...] Lo característico de la inteligencia española es su individualismo. El caso de Unamuno, el de Baroja, el del propio Ortega [...] En la raíz de ese individualismo hay, solapado y oculto, un fermento anarquista [...] La idea de que la República enfile su proa hacia las empresas proletarias puede más en ellos que el peligro de perderla. La prefieren muerta a socialista (10).*

El endurecimiento de sus posiciones le llevó a oponerse a la coalición republicana-socialista en las elecciones de 1932, que se mantuvo sólo para la provincia de Vizcaya, donde Prieto siempre la propugnó.

Con motivo del Primero de Mayo de 1934 pide que éste no tenga ninguna significación festiva por la situación que atraviesa la República y por los sucesos de que ha ido acompañada la ascensión del Fascismo en Alemania, Austria e Italia, y la suerte corrida en estos países por las organizaciones socialista y obreras. Y como un avance del próximo octubre termina: *¡Atención a las horas que hayan de sonar! Estamos en turno de escribir nuestra epopeya (11).*

Como muestra de su optimismo con respecto a las posibilidades del intento revolucionario de octubre de 1934, optimismo que no se ajustaba a las fuerzas reales del Partido Socialista y de la UGT, escribía en septiembre de 1934 en **El Socialista**, publicado en septiembre de 1934, *puede que el próximo mes sea nuestro octubre.*

Su actitud desde la dirección de **El Socialista**, en relación con la crisis interna del partido, ha sido enjuiciada como la de un portavoz de las tesis de Prieto —lo que, por otra parte, él negó repetidamente según testimonio de Manuel Azaña— frente a las sostenidas por la prensa afín a Largo Caballero, encabezada por **Claridad**. Quizá junto a esto haya que poner de relieve su gran preocupación y su actividad para preservar la unidad del partido por encima de todo, como claramente se observa a partir de la reaparición de **El Socialista** desde diciembre de 1935.

JULIAN ZUGAZAGOITIA
EN EL CINCUENTA
ANIVERSARIO DE SU
FUSILAMIENTO

(9) *La Lucha de Clases*, 2-12-1932.

(10) *La Lucha de Clases*, 26-I-1933.

(11) *La Lucha de Clases*, 26-IV-1934.

Su participación en los sucesos de octubre le ocasionará una estancia en la Cárcel Modelo de Madrid.

En las elecciones de 1936 fue incluido junto a Indalecio Prieto, Ruiz Funes y el comunista Leandro Carro en la candidatura del Frente Popular, que sería la ganadora por Bilbao.

Una de las cuestiones polémicas de la nueva legislatura fue la elección de nuevo Presidente de la República. En relación con ella, Zugazagoitia protagonizó con Luis Araquistain un incidente en el que se ha simbolizado la crisis socialista de la República. El escenario fue el Palacio de Cristal del Retiro madrileño, durante los actos de elección, el 10 de mayo de 1936, donde, ante alguna frase de Araquistain a la designación de Azaña, se ocasionó el enfrentamiento en el que llegaron a las manos.

En el primer gobierno de Negrín le fue encomendada la cartera de Gobernación, en la que sustituía al largocaballerista Galarza, tan criticado por su gestión. Atajar las acciones de los elementos incontrolados e irresponsables que se amparaban en las circunstancias creadas por la guerra, *desarmarlos física y moralmente*, fue uno de los principales empeños de su actuación como Ministro. Los estudios más serios sobre la guerra han reconocido los logros en su objetivo de evitar la represión indiscriminada y de mejorar los métodos policiales.

Durante su estancia en el Ministerio le tocó intervenir en asuntos tan delicados y polémicos como el de Andreu Nin —a raíz de cuya oscura desaparición forzaría la dimisión del Director General de Seguridad, el comunista Ortega— y la disolución del Consejo de Aragón, para la que, desde su cargo, emitió instrucciones.

La crisis de este gabinete es el origen de las desavenencias y luego ruptura entre Negrín y Prieto. Zugazagoitia fue el hombre que desde la adhesión al primero y la prolongada e íntima amistad con el segundo hará de *bisagra* entre ambos, procurando en sucesivos momentos, un acercamiento que no pudo propiciar.

Tras la constitución del nuevo gobierno pasará a ocupar la Secretaría General del Ministerio de la Guerra, cargo de nueva creación al que no fue posible dar una clara estructuración, según manifestó el propio Negrín y también Zugazagoitia que se quejaba de enterarse por la prensa de las noticias relativas a las operaciones de la guerra.

Convencido de que frente al pesimismo lúcido y desalentador de Prieto, la única salida posible era la firmeza en la prosecución de la guerra con dignidad, fue desde la Secretaría General uno de los más próximos y firmes colaboradores del Presidente del Gobierno. Zugazagoitia participó en la redacción de los Trece Puntos del 30 de abril de 1938 que contenían los propósitos del nuevo gobierno.

En enero de 1939 estuvo a punto de ser nombrado embajador republicano en México a propuesta del Presidente del Gobierno, tal como refiere Azaña en sus memorias.

Tras el final de guerra se instala en París, reanuda su trabajo periodístico, que había mantenido en territorio español hasta el final de la guerra en **El Socialista** y **La Vanguardia** de Barcelona, donde solía firmar con el pseudónimo de Fermín Mendieta, formado por el nombre de su padre y el primer apellido materno. Ahora lo continuaría, aunque por poco tiempo, en **La Vanguardia** de Buenos Aires, donde publicará alguno de los capítulos de su historia sobre la guerra. Fue en este tiempo también empleado del SERE (Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles). Hasta el mes de julio de 1940, en que fue detenido, tuvo tiempo de concluir su testimonio sobre la Guerra Civil.

Según relato de José Prat, Zugazagoitia no veía motivos para irse de Francia, según le recomendaban sus compañeros de partido, ya que confiaba en la inexpugnabilidad de la Línea Maginot, tal como manifestara en fuerte discusión con Jiménez de Asua y Prat. Además, según la misma fuente, veía muy complicado el traslado a América con sus cinco hijos de corta edad.

En las primeras horas de la mañana del 27 de julio de 1940 fue detenido, en su domicilio de París, calle de Commerce, en presencia de su familia, junto con su colaborador, Enrique López Sevilla, que estaba instalado en su casa.

Días antes habían sido detenidos también en suelo francés otros republicanos como Miguel Salvador, Carlos Montilla, Cipriano Rivas Cherif (cuñado y amigo de Manuel Azaña) en Pila-sur-mer, donde policías españoles y alemanes intentaron la detención del ex-presidente de la República española; y Teodomiro Menéndez y Cruz Salido, en Burdeos. Semanas más tarde coincidirá con todos ellos y Companys en la Dirección General de Seguridad, que había sido la sede del Ministerio de Gobernación, siendo él titular.

Hasta mediados de octubre en que tuvo lugar la visita de Himmler a Madrid estuvieron aislados durante más de cien días. Al preguntar el personaje alemán por la suerte de los prisioneros mostró su extrañeza e irritación porque no hubiesen sido fusilados todavía tras la participación alemana en las detenciones violando los tratados internacionales. Por ello se comenzó el proceso sumárisimo y de urgencia el día 21 de octubre con un tribunal constituido por oficiales generales. El día antes del Consejo decidieron los encausados que fuera Zugazagoitia su portavoz ante el tribunal. Su intervención fue *clara, ponderada y valiente*, según el testimonio de uno de ellos, Carlos Montilla. Al parecer la ejecución estaba decidida para ese mismo día, pero la intervención de familiares de Salvador y de Cipriano Rivas, el hermano de Montilla, comandante médico, amigo del entonces Ministro de la Guerra, Varela, y la del que era su defensor, Dalmiro de la Valgoma, que fue elegido al azar, por ser el primero de la lista que les presentaron, consiguieron el aplazamiento.

Según afirma Montilla, Zugazagoitia pensó siempre que los ejecutados serían él y Cruz Salido. El mismo Montilla dice que sabía por su hermano que sobre éste se concentraban los mayores deseos de venganza por sus artículos en **El Socialista** en los que

había criticado con dureza, entre otros, a los militares, y no podrían fusilar a Cruz Salido y no hacerlo con quien había sido su director en el periódico y, además, había ejercido altos cargos en la República.

El día 9 de noviembre, al amanecer, serían fusilados ambos en las tapias del Cementerio del Este de Madrid. El testimonio del sacerdote que les atendió en los últimos momentos, padre Félix García (misionero del Corazón de María y capellán de la prisión), ponía de relieve la entereza y dominio de sí mismo frente al piquete.

Las manifestaciones de Montilla, Rivas Cherif, el mismo padre Félix García, sobre los días del proceso se suman también reconociendo virtudes similares. Manifestaciones que se añaden a las de compañeros y correligionarios en el curso de su trayectoria desde los primeros años de su actividad política y periodística, aludiendo frecuentemente a su condición de persona íntegra y justa.

Entre febrero de 1939 y julio de 1940 concluyó su memoria sobre la contienda, que constituye su obra capital y una de las más reveladoras sobre la guerra. Fue la primera en aparecer, tras la obra del General Rojo, *Alerta a los pueblos*, y, en la inmediata proximidad a los acontecimientos en que fue escrita, destaca el espíritu de concordia que la impregna.

Se debe a Julián Zugazagoitia, quizá, el enfoque más humano de cuantos han tratado el conflicto español, afirmó Guillermo Cabanellas. Y junto al de este autor ahí están tantos testimonios de reconocimiento sincero, entre los que podríamos citar los de G. Jackson, Hugh Thomas, George Soria, Luis Romero, Roberto Mesa...

Es además una buena muestra de sus cualidades literarias, sobre todo en este tipo de empeños con ingredientes de crónica y de memoria personal, que alcanza sus mejores logros aquí en el relato de hechos o descripción de personajes y circunstancias que impresionan su sensibilidad.

En *Madrid, Carranza, 20* (domicilio de **El Socialista**), obra de características similares, se centra en hechos y personajes que adquieren relieve especialmente a través de su relación directa con la experiencia personal del autor.

Al parecer, tuvo tiempo, en los momentos previos a su ejecución, de concluir un cuento de aventuras de tres marineros vascos, destinado a su hijo mayor por su afición a los temas náuticos, que había iniciado en aquellos días.

El Botín

El Botín es la novela de la crisis de 1917 en Bilbao. Con el fondo de febril actividad que el comercio con los países en guerra provoca, veremos aparecer en sus páginas la ciudad que ha iniciado el definitivo despegue que la convertirá en importante emporio económico y laboral.

La obra se centra en la descripción del ajetreado panorama de la ciudad hasta tal punto que hay varios capítulos en los que, en realidad, deja de ser novela para, por la vía del reportaje, darnos jugosa información sobre la Ría, la actividad de la Bolsa, el chacolí, los astilleros...

La actitud del autor respecto al tema va, desde la simple descripción, al tratamiento nostálgico o a la ironía, a veces velada, a veces, directa. Este último será el caso cuando se apresta a enjuiciar las actitudes que el rápido enriquecimiento ha generado en algunos individuos, en determinadas capas sociales o en el conjunto de la ciudad. Así, al reflexionar sobre el carácter de pueblo joven que Bilbao tiene, sobre su transformación vertiginosa en menos de medio siglo, en algo radicalmente distinto a lo que secularmente había sido (una ciudad de pescadores, aldeanos y unos pocos comerciantes), dirá: *La verdadera historia de Bilbao arranca de las minas y el quiosco de El Arenal. Antes que la banda municipal ensayara el primer pasodoble, Bilbao era una nebulosa, un pequeño pueblo de menestrales y tenderos.*

Por las páginas de la novela visitaremos un Bilbao industrial y fecundo, lanzado a su destino de pueblo elegido. Entraremos en sus oficinas, en sus imprentas, en los hornos y astilleros, contemplaremos la Ría en su más alta marea, la Bolsa en cuyo recinto las voces ensordecían con sus gritos de ¡Iturris!, ¡Urdinos!, ¡Bermeos!, ¡Sotas!, ¡Vascovalencianas!, ¡Bachis!

Las mancebías, los sábados y fines de mes experimentaban un máximo de actividad insufrible; las tarifas habían subido e incluso el incremento de la demanda dio lugar a la presencia de un segundo ejército de origen francés: *el de las Cien mil hijas de San Luis.*

Entramos en los cafés, en los bares del Bilbao de 1917, cuya música invade las calles, en las que, por otra parte, las *veladas rescatadas y misteriosas habían cedido la plaza a otras, escandalosas y bullangueras.*

Tras los pasos del protagonista, Antonio Zúñiga, joven tipógrafo bilbaíno, militante socialista, las páginas de la novela dan cabida a los acontecimientos históricos que desembocarán en la crisis de 1917. El contrabando de armas dirigido por Indalecio Prieto; la espectacularidad por la Asamblea de Parlamentarios; el desencadenamiento de la huelga revolucionaria; la búsqueda —con precio a su cabeza— del mismo Indalecio Prieto, su huida por los montes...

Al final el ejército abortará el intento y con la normalidad llegará la represión, feroz y masiva. Las corridas de toros de la Feria de Agosto, interrumpidas por los sucesos, se reanudarán.

Joselito ponía broche de oro, en una de las corridas de la Feria, a la buena faena del ejército cuando antes de iniciar la suya con el toro que le había caído en suerte, alzando la montera a la andanada repleta de soldados voceó: *Brindo por España y por mis compañeros, los bravos soldados del ejército español.*

La actitud de simpatía hacia los personajes de humilde extracción de sus novelas; la toma de partido en favor del obrero, común a las novelas del *Realismo Crítico*, en el caso de Zugazagoitia —al igual que en otros, como Acevedo— se resuelve en la perspectiva de la lucha de clases.

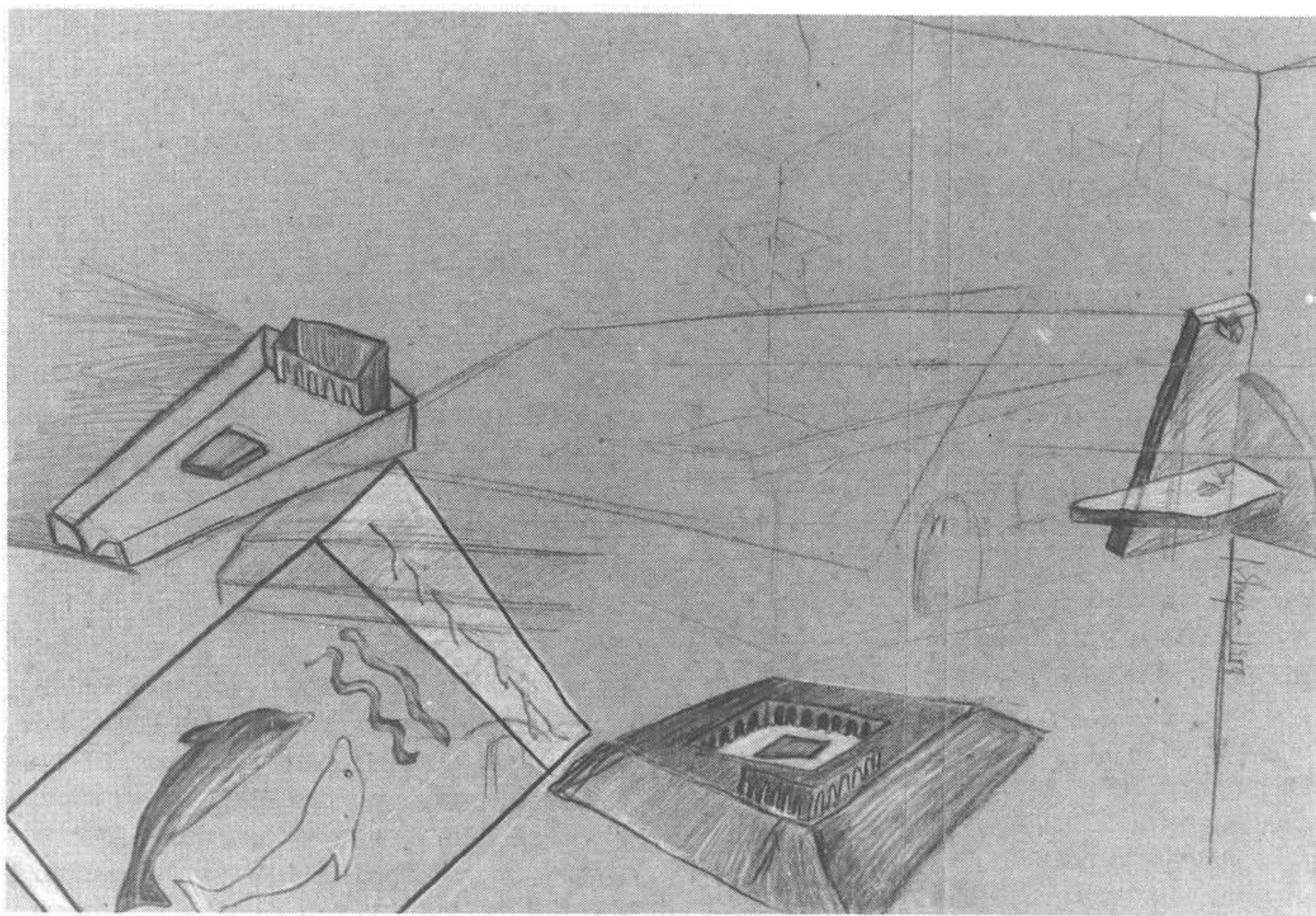
Desde esta perspectiva, *El Botín* no es sino el despojo que la burguesía vizcaína conseguirá gracias a la Segunda Guerra Mundial y a expensas de la explotación a que somete a sus obreros y que ni en los momentos de prosperidad remite.

Desde esa perspectiva se enjuicia a la burguesía vizcaína no sólo en sus comportamientos de patronos y empresarios, sino en sus principios y en sus gustos estéticos. Se enjuiciarán las condiciones de vida y trabajo del obrero y se pasará revista a los acontecimientos históricos y al papel en ellos de las fuerzas políticas y, sobre todo, el papel del Partido Socialista y sus militantes.

En la obra el joven tipógrafo Antonio Zúñiga simboliza al militante socialista y en el seguimiento de los pasos de su primera juventud por el Bilbao aludido desarrolla la novela su argumento. El plano propiamente novelesco está constituido por aquellas partes que se circunscriben más a los aspectos personales de la figura y la trayectoria del protagonista, a la vez que es en ella donde la obra se hace acreedora al calificativo de *novela sentimental*. Los otros dos planos en que se desenvuelve son el de novela histórica y el de simple reportaje.

No deja de contar *El Botín* con los ingredientes precisos para ofrecer al lector de nuestros días sobrados puntos de interés: su crónica del Bilbao de 1917 —cubriendo en parte la ausencia que Indalecio Prieto denunciaba, de una continuidad, para el primer tercio de siglo, de las *Memorias de un bilbaíno*, de José Orueta— sus noticias sobre las organizaciones socialistas y sus actividades cara a la huelga revolucionaria, la aparición de modas y costumbres nuevas, las transformaciones sociales, los juicios y opiniones sobre sucesos y personajes... Todo ello pone de relieve su vocación y valor histórico, que Azorín señalara en su día con estas palabras: [...] *la novela se convierte en historia, tenemos entre las manos un documento histórico de primer orden; cuando se haga la historia del movimiento obrero en estos últimos años habrá que tener en cuenta El Botín de Julián Zugazagoitia* (12).

(12) José Esteban y Gonzalo Santoja, *Los novelistas sociales*.



A LA SOMBRA DE CAIN

La Carta

Raúl Guerra Garrido

Plaza y Janés, Barcelona, 1990, 260 pp.

Verónica González Somavilla

De repente una carta le insta a reafirmar un argumento ajeno, mejor: un argumento enemigo. Cuando acaba de leer el remite Luis Casas comprende que donde terminan las palabras empieza lo decisivo.

Raúl Guerra Garrido inicia, así, la historia del miedo. Agil, a veces trepidante, la espiral que construye en torno a la soledad de un hombre que había vivido hasta entonces en un anonimato apacible. Haciéndole caer en la esclavitud de su infortunio, la angustia que atenaza al protagonista, alcanza, asimismo, a un lector tan ávido como él de soluciones.

Porque si aquel día otra persona, en cualquier otro lugar, hubiera recibido la carta, habría adoptado un elegante desdén filosófico rubricando aquello de que lo que no es inteligible no es nada. Pero por mor del eterno retorno él no es cualquier otro, ni vive de las antípodas: él es Luis Casas, cincuenta años, pequeño empresario y residente en el País Vasco. A él es al que ETA exige cincuenta millones de pesetas.

Imposible imaginarle unos instantes antes convertido en pobre antihéroe, en Quijote a cobro revertido. Sin embargo, la persistencia de la cuenta atrás ha convertido en evidente lo insensato.

Aceptado el calendario sagrado que, como gesto divino, le han impuesto, Luis Casas acepta también que la culminación,

como en un rito de tránsito, sea bífida: de consagración o de muerte. Había olvidado, sin embargo, que los ritos de iniciación conllevan también la sensación de intruso en tu propio mundo.

Como en súbita cascada se derrumba, entonces, la avalancha de la urgencia. Vivir en alarma convierte en cotidiano lo estrambótico. Hay que actuar, y con urgencia. Existe la convicción de que la paz final depende de un acto enérgico de voluntad. Hay veces, paradójicamente, que el imperativo de la eficacia rápida, atenaza tanto o más que dormir acariciando el pánico.

Luis Casas se decide por acudir a los únicos con quien puede contar: sus amigos, su familia. Necesita ayuda para conseguir imposibles: asegurar su destino, frenar el tiempo. Pero la peste genera deserciones. Y si la soledad íntima la asumía inevitable, la otra se le impone a baquetazos, mostrándole la señal del proscrito.

Cuando alguien vive la leyenda del maldito sólo le queda pensar. En el momento de máxima lucidez le asalta la duda. Algo ha hecho y no lo recuerda, algo ha dicho que ni siquiera oyó, algo ha pensado para merecer este castigo. Se impone la expiación por un pasado ficticio. Calumnia que algo queda.

Zarandeado por el vértigo de la velocidad, cegado por el abandono y mientras sostiene el fardo de la sospecha de sí mismo, Luis Casas se lanza a la calle, buscando solu-

ciones. Alguien debía de haberle avisado de que la mosca necesita guía para salir de la botella. Si no quedan tan sólo los intentos a la desesperada que la estrellan repetidamente contra el vidrio. Atolondrarse en matemáticas se castiga con un suspenso, a Luis Casas sólo le queda abandonarse a la sombra de Caín, deleitándose contemplando el paso de un minuto.

Valiéndose de la mirada envejecida súbitamente, e histérica, de un personaje premeditadamente agigantado, Guerra Garrido nos permite bucear a la boca de un volcán.

Al autor no le interesaba reescribir una función mil veces, desgraciadamente, reestrenada (cualquier variación del libreto se haría previsible). Ha preferido extraer de ella un personaje, estudiarle y enfrentarle a su particular interpretación. El es el que se encarga de dar a la obra una nueva perspectiva: la del protagonista.

Conocida la crispación que sufre el País Vasco, se hacía necesario sentirla. En la obra que presentamos sentimos la irracionalidad y la impotencia, pero sobre todo nos alcanza la angustia. Igual que le ocurre a Luis Casas el día en que recibe la carta.

UN CONGRESO SIN SORPRESAS

María Jesús Cava Mesa

Catedrática de la Universidad de Deusto

Según cuentan los clásicos, un banquete ateniense constaba de dos partes: el *deipnon* (comida) y el *sympotos* (bebida). Durante esta segunda parte, los comensales, animados por el vino, pronunciaban discursos, cantaban o se divertían de acuerdo con el programa. Si bien estos *symposia* degeneraban por lo común en orgía, eran ocasiones —como en *El Banquete* de Platón—, motivo para que se desplegara el ingenio y se trataran temas elevados.

Bien poco puede decirse en este sentido del encuentro celebrado en Madrid durante los días 26 de agosto y 2 de septiembre, organizado por la Asociación Internacional de las Ciencias Históricas.

No ha sido necesario entonar ningún peán en honor de Apolo para hacer del Congreso un evento más de los imprescindibles a los que la profesión obliga. Pero tampoco quisiera con ello apuntillar rotundamente, desde el inicio, el juicio de valor que nos mereció en su momento. Porque conviene expresar algo, también de inmediato y sin dilaciones; en Madrid quedó constancia de que la HISTORIA, como tal, no está en crisis y aún menos, acabada. Muy al contrario, la profesión de historiador está adquiriendo hoy por hoy, internacionalmente, tonalidades de inquieta creatividad que nace y se plasma sin excepción por todo ese complejo mundo que decidió darse cita en un caluroso Madrid de finales de agosto.

Hace ya más de un mes de su celebración cuando intento plasmar estas impresiones y no puedo silenciar el hecho de que

me gustaría focalizar esta reflexión con calma, a sabiendas de que éste no fue un Congreso, sino muchos *simposios* a la vez. Por consiguiente, resulta vano ponderar de golpe y porrazo todo el conjunto aglutinado por la Asociación y su Comité organizador, sentenciándolo unilateralmente, para bien o para mal. Pero a fuer de sincera he de decir que el deambular del encuentro estuvo presidido por la falta de sorpresas.

No fue seguramente el deseo de encontrar nuevos estímulos lo que, como en nuestro caso, movió al resto de los casi novecientos historiadores participantes. Sin duda, lo fue menos para los pesos pesados del acervo histórico universitario español, por cuanto éstos brillaron por su ausencia.

De lo habitual de un Congreso, la muestra recogida en Actas sólo expresa parte de lo sucedido. Pero bastarían solamente estos materiales a quien no hubiera tomado parte en él para saber que el XVII Congreso Internacional de la Asociación de Ciencias Históricas fue sin duda un Congreso plural, variopinto en su estructura, engañoso en determinados planteamientos y con una ausencia reiterada de debates en profundidad, lo que no excluye que existiera controversia, que la hubo de hecho (1).

Fue también un Congreso con excepciones notables, con marcado énfasis en la promoción de tendencias y líneas de trabajo cuya temática ha gozado en ocasiones de escaso interés, y en el que se ha desmitificado rotundamente el ensimismamiento de los grandes temas históricos que fagocitan por lo

general la discusión científica. Nos referimos positivamente a los apartados dedicados a la *conciencia nacional, unidad y movimientos populares en Asia y Africa, a la historia de las ciudades, la difusión de la Ciencia, etc.*

En mi modesta opinión no puedo incluir entre las sorpresas agradables esa faceta feminista acogida tutelarmente con intensidad en las sesiones del Congreso, por mucho que expresaran su satisfacción sus partidarios, ante el avance observado desde el anterior Congreso.

Satisfacción desbordante sobre todo entre las historiadoras norteamericanas, demasiado embebidas en sus historias de psicoanálisis.

Durante este encuentro madrileño hubo otros muchos protagonistas, no menos auténticos, que aportaron otras maneras de entender la *nueva (?) historia*, si cabe, con mayor atractivo.

Quizá lo más curioso del devenir de las sesiones estuvo en el hecho de que la marea de los trascendentales cambios políticos sobrevinidos meses atrás y de la misma dicotomía *reforma-revolución* —que el Congreso, precisamente, había asumido como campo de análisis—, se solaparan en la opinión de numerosos expertos de países totalmente distintos allí presentes.

No es intención de quien expresa estas espontáneas impresiones hacer crónica alguna. Pero me tomo licencia para apuntar que la apertura del Este europeo, el aroma de la Perestroika, la cerradura del gran Portal Chino, las resonancias del V Centenario, la búsqueda de *lo imaginario* y una preocupación por el concepto TIEMPO histórico, entre muchos otros relevantes problemas mostrados, consiguieron crear un caleidoscopio demasiado intenso y al tiempo, barroco. Sin pecar de eclecticismo, permí-

taseme añadir que, a priori, el reto de la muestra parecía apasionante. A la postre, desconcertante. Y pocos o ningún augurio pudo resultar de esta mezcla para nuestra disciplina. Bien es verdad, esto mismo es de por sí, ya, un resultado.

De los muchos y sólo algunos sugerentes campos abiertos a la reflexión de la estructura misma del Congreso, las propuestas quedaron a veces simplemente hilvanadas, en desigual situación, con reiteraciones palpables o con planteamientos demasiado pretenciosos como para creer en ellos. ¿Todo inválido, pues? Definitivamente no. Baste decir que, lejos de ser una heroicidad, algunos pudimos seguir con interés, por ejemplo, el balance sobre el Bicentenario de la Revolución Francesa que presentó el polémico M. Vovelle, en una sobremesa calurosísima y sin traducción simultánea. Una credencial nada minimalista para convencer al lector de que mereció la pena estar allí.

Pero lejos de ser tranquilizadora del todo mi conclusión, quisiera añadir finalmente dos últimos datos. Por una parte, me congratulo de haber constatado, por lo sucedido en Madrid, que el historiador suscite con progresiva relevancia un cierto interés, que consiga que suene su voz y atraiga la atención de la Sociedad en la que se mueve.

Por lo visto y oído, la rentabilidad social del hacer del historiador sigue interesando mundialmente a casi todos.

Es por ello digno de mayor lástima, el que nuestros Ministerios de Educación y Ciencia y de Cultura no creyeran necesario colmar las estanterías de sus stands en la pequeña Feria Bibliográfica instalada durante el Congreso. Este lapsus —seguro que explicable, pero simbólico—, obliga a recordar el soniquete de aquellas películas de antaño: *...cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia...*

(1) El 17 Congreso Internacional de las Ciencias Históricas establecía una distribución de las sesiones de trabajo, dividiéndolas en tres grandes apartados, correspondientes a «Grandes Temas, Metodología y distintas secciones cronológicas».

Durante los seis días en que se desarrollaron las sesiones se previó la celebración de distintos encuentros de los 38 Organismos Internacionales Asociados y de 21 Comisiones Internas. Además, tuvieron lugar alrededor de trece mesas redondas. Tras todo lo cual tuvo lugar la Sesión de Clausura con la alocución de los Presidentes y Secretarios Generales de los Comités Español e Internacional. En la Sesión de Apertura la lección inaugural había recaído en el Prof. Miguel Angel Ladero Quesada, quien habló del *Entorno histórico de Cristóbal Colón*.

LETRA

INTERNACIONAL

NUMERO 20 (Invierno 90/91)

LUIS GOYTISOLO: Más allá del horizonte inmediato de la cultura
ADAM MICHNIK: El espectro del nacionalismo

ALFONSO GUERRA: Homenaje a Carlos Barral

YVONNE HORTET: «Cuánta vida ha pasado...»

JUAN MARSE: El editor, el poeta, el amigo

ESTHER TUSQUETS: Elogio del seductor

MARCOS-RICARDO BARNATAN: Las sedas suntuosas de la piedra molida.

J. J. ARMAS MARCELO: ¿Qué hubo, poeta?

AMITAV GHOSH: Un egipcio en Bagdad

MIGUEL ANGEL MOLINERO: El adiós a las armas no es posible

NORMAN MANEA: La muerte

HARRY MULISCH: En un principio era la luz

JOSE MARIA MARTIN SENOVILLA: Diálogo sobre el infinito

VICTOR WEISSKOPF: El origen del universo

MARTIN J. REES: La expansión del cosmos

MARIO VARGAS LLOSA: Carta de batalla por «Tirant lo Blanc»

MARIO MERLINO: Amor tirante es luna roja («...paraíso en carne mortal»)

JOSE ANGEL VALENTE: Cinco poemas

XAVIER GÜELL: La flauta mágica y el Réquiem

LIBUSE MONIKOVA: Mozart. Escenas de la historia de la piedad

JOSE A. FERRER BENIMELI: Mozart y su encuentro con la masonería

THOMAS STEINFELD: París. La vieja dama está pasada de moda

PETER SAGER: Glasgow. ¿Ciudad de la cultura europea?

Michael Ignatieff, Giulio Giorello, Rosa Pereda, Tzvetan Todorov:
Correspondencias

Suscripción anual: 1.600 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:

Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid



NUMERO 41 (Otoño 1990)

ACTUALIDAD

Reflexiones sobre el proyecto socialista: Felipe González

Julián Besteiro, hoy: Alfonso Guerra

Los sindicatos y la democracia: Alvaro Espina

ANALISIS Y DEBATE

Besteiro y el ideal republicano: Manuel Contreras

El PSOE frente a Franco: Abdón Mateos

Las grandes potencias en la guerra y revolución española: Antoni Castells

El desafío de la democracia latinoamericana: Norbert Lechner

La radicalización de la democracia: Chantal Mouffe

El discurso del poder: la igualdad: Alicia Miyares

LIBROS

Alfonso Guerra, Miguel Porta

Suscripción anual: 1.400 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:

Monte Esquinza 30, 2.º dcha. Tel.: 410 46 96. 28010 Madrid

E D I T O R I A L

LABIO IGLESIAS



Siglo veintiuno
de España
Editores, sa

GERALD A.
COHEN

LA TEORIA DE
LA HISTORIA
DE KARL MARX
UNA DEFENSA

E D I T O R I A L
LABIO IGLESIAS



Siglo veintiuno
de España
Editores, sa

LA TEORIA DE LA HISTORIA DE KARL MARX

Gerald A. Cohen

405 págs.

2.000 ptas. (IVA)

La teoría de la historia de Karl Marx es un libro fundamental en la historia del pensamiento marxista y uno de los pocos textos absolutamente imprescindibles para el estudio de la obra de Marx. En primer lugar, supone una brusca ruptura con la tendencia dominante en lo que Perry Anderson llama el «marxismo occidental». Lejos de reinterpretar a Marx en términos próximos al idealismo, lejos de hacer hincapié en cuestiones de metodología o filosofía, Cohen trata de subrayar el aspecto esencialmente materialista de la obra de Marx, su creencia en el papel determinante del desarrollo de las fuerzas productivas y, subsiguientemente, del carácter de las relaciones de producción. Junto a esta vigorosa reafirmación del materialismo, su análisis se aleja de lo tradicional por desarrollarse en términos de extrema claridad, más próximos a la tradición de la filosofía analítica que a las habituales oscuridades de las posibles variantes de la dialéctica hegeliana. Y, por último, la justificación del razonamiento de Marx en términos de explicación funcional ha dado origen a una compleja y saludable polémica en las ciencias sociales y en el marxismo contemporáneo.

Pedidos:
Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
Tels. 410 46 96 y 410 47 98

Forma de pago: talón bancario
o giro postal

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

ALCANCE Y LEGADO DE LA REVOLUCION FRANCESA

M.^a José Villaverde (comp.)

Roger Barny, Guy Chaussinand-Nogaret, Alan Forrest,
François Furet, Jacques Godechot, Jean M. Goulemot, Norman Hampson,
Manfred Kossok, Oruno D. Lara, Guy Lemarchand,
Ted Margadant, Claude Mazauric, Denis Richet,
Michel Vovelle.

214 págs.

1.600 ptas.

El coloquio internacional «Alcance y legado de la Revolución Francesa», organizado por la Fundación Pablo Iglesias y presidido en sus diferentes sesiones por Antonio Elorza, Pedro Ruiz Torres, Gonzalo Anes y Miguel Artola, reunió por primera vez a algunos de los más destacados representantes de las distintas corrientes interpretativas sobre la Revolución de 1789, cuyas ponencias e intervenciones se recogen en este volumen.

Pedidos:
EDITORIAL PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30 - 2.º
28010 Madrid

Forma de Pago:
Talón bancario o
Giro postal

E D I T O R I A L

LABIO IGLESIAS


Siglo veintiuno
de España
Editores, sa

Manifiesto
por una nueva
izquierda
europea



Peter Glotz
Prólogo de Felipe González



E D I T O R I A L
LABIO IGLESIAS 

MANIFIESTO POR UNA NUEVA IZQUIERDA EUROPEA
Peter Glotz

Prólogo de Felipe González

91 págs.

540 ptas. (IVA)

«Este *Manifiesto* es un folleto publicístico que entronca bien con la vieja tradición de la agitación (de ideas) de la izquierda. No sería tan raro que con la perspectiva de algunos años descubriéramos que el pensamiento progresista, tras largos años de dogmatismo y parálisis, fue capaz de ponerse a la cabeza de la investigación y de las nuevas ideas en los años setenta, precisamente cuando se nos hacía creer que la ideología neoliberal (conservadora a secas, si hemos de ser precisos) estaba enterrando los valores de la izquierda en todo el mundo. Si así fuera, y yo creo que así es, con manifiestos como éste las ideas de progreso podrían comenzar a regresar del limbo de la investigación de vanguardia al mundo de la vida real. Y reconquistar la calle.»

FELIPE GONZALEZ

Pedidos:

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
Tels. 410 46 96 y 410 47 98

Forma de pago: talón bancario
o giro postal

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

LA PERESTROIKA

¿A DONDE VA LA UNION SOVIETICA?

Fernando Claudín (comp.)

A. Adamovich, A. Butenko, V. Chalidze, E. Etkind,
F. Fernández-Ordóñez, F. Iskander, Y. Kariakin, L. Kopelev,
V. Korotich, M. Lavigne, K. Liubarski, Z. Mlynar, A. Nove,
A. Nuikin, R. Orlova, L. Paramio, G. Popov, M. Reiman,
J. Sapir, L. Shelley, N. Shmeliov, V. Strada, A. Streliani,
C. Urjewicz, L. Vosnesenski.

316 págs.

2.000 ptas.

En este libro se recogen las ponencias presentadas en la Conferencia Internacional «La perestroika: ¿a dónde va la Unión Soviética?», que tuvo lugar en Barcelona. Destacadas personalidades venidas de la URSS discutieron, junto con disidentes y soviétólogos occidentales, los problemas más candentes de la gran transformación que está produciéndose en el «mundo soviético».

Pedidos:
EDITORIAL PABLO IGLESIAS
Monte Esquinza, 30 - 2.º
28010 Madrid

Forma de Pago:
Talón bancario o
Giro postal

LIBERTAD

54
55

**INTERESES INDIVIDUALES
Y ACCION COLECTIVA**

Fernando Aguiar

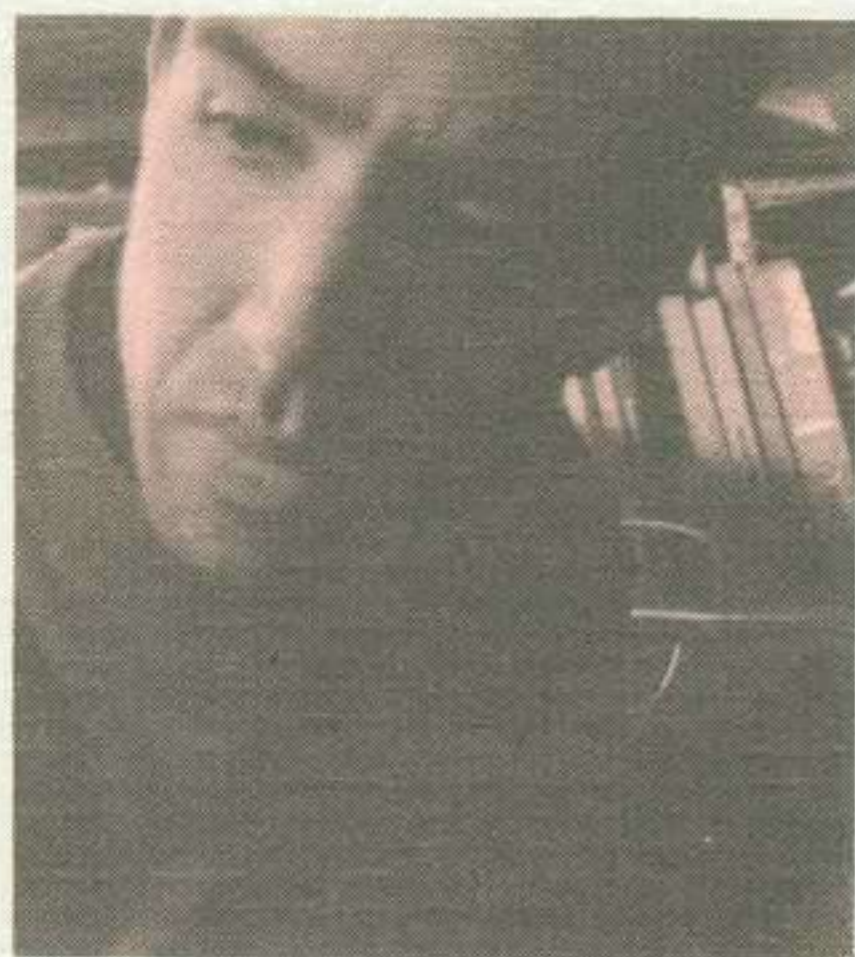
Jon Elster

Michael Taylor

Diego Gambetta

Mark Granovetter

Charles Tilly



JABIER ELORRIAGA ORIBE

Galdakao (Bizkaia), 1959

1978-82 Facultad de Ciencias de la Información de Bilbao.

1982-87. Facultad de Bellas Artes de Bilbao. Profesor de la Facultad de Bellas Artes de Bilbao.

EXPOSICIONES INDIVIDUALES

1987 Windsor Kulturgintza, Bilbao.

1988 Casa de Cultura de Basmari, Vizcaya.

Juana Mordó, Madrid.

1990 Val i 30, Valencia.

1991 Noviembre Windsor-Kulturgintza.

EXPOSICIONES COLECTIVAS

1986 VII Bienal de Artes Plásticas de Vitoria-Gasteiz. Exposición de seleccionados Certamen de artes plásticas «Bizkaiko Artea». «Pintura Ezkultura», Galdakao.

1987 Arco'87, Windsor Kulturgintza. Gernika 37-87, Vizcaya. «Arte Bizkaia», Bilbao. «I Taller de escultura al aire libre de Galdakao».

1988 «Veinte + Veinte», Galdakao.

1989 Exposición de seleccionados III Premio de Escultura Museo Pablo Gargallo. Espacio Pignatelli, Zaragoza. Exposición seleccionados Certamen de Artes Plásticas «Bizkaiko Artea». Exposición seleccionados Certamen de Artes Plásticas «Gure Artea».

1990 Exposición de seleccionados IV Premio de Escultura Museo Pablo Gargallo. Espacio Pignatelli, Zaragoza. ARCO'90. Windsor Kulturgintza. ARCO'91 Windsor-Kulturgintza.

PREMIOS

1987 Premio en la «Muestra de Arte Joven», Instituto de la Juventud. Círculo de Bellas

Artes, Madrid. Accésit en el certamen de artes plásticas «Bizkaiko Artea».

1988 I Premio «Bienal de artes plásticas de Amorebieta», Vizcaya.

1989 Mención honorífica en el III Premio de Escultura Pablo Gargallo. Primer Premio en el Certamen de artes plásticas «Bizkaiko Artea».

1990 Accésit en el IV Premio de Escultura Pablo Gargallo. Espacio Pignatelli, Zaragoza. Primer Premio Bienal de Artes Plásticas Vitoria-Gasteiz.

OBRA PERMANENTE

- Museo de Vitoria-Gasteiz.
- Museo Pablo Gargallo, Zaragoza.
- La Caixa.
- Municipio de Alquezar.

Las obras que ilustran este número han sido cedidas por cortesía de la Galería Windsor.